



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Facultad de Filosofía y Letras

El discurso especulativo en la teoría de la metáfora de Paul Ricoeur.

TESIS
PARA OBTENER EL GRADO DE LICENCIADO EN FILOSOFÍA
PRESENTA
José Roberto Juárez Soltero

Asesora: **Dra. Greta Rivara Kamaji**

2015

Ciudad Universitaria, D. F.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Con agradecimiento a mi familia y a mi asesora.

Índice

El discurso especulativo en la teoría de la metáfora de Paul Ricoeur

Introducción	2
--------------	---

Capítulo 1. La metáfora fuera de la predicación

1.1. Aristóteles y la metáfora	9
1.2. Ideología de Pierre Fontaneir	18
1.3. Estudio de la metáfora en la lingüística	27
1.4. Nuevo estructuralismo	43

Capítulo 2. La semejanza en la metáfora

2.1. La metáfora dentro de la frase	62
2.2. La semejanza	79

Capítulo 3. Referencia y discurso especulativo

3.1. La referencia	102
3.2. Discurso poético y discurso especulativo	129
Conclusiones	155
Bibliografía	161

Introducción

El propósito de este trabajo es exponer la postura adoptada por Paul Ricoeur, en su libro *La metáfora viva*, sobre la posibilidad de la reflexión dentro del postulado hermenéutico de la pertenencia. La elección de restringirse a este texto y a tópicos específicos en él, corresponde a que éste articula una argumentación completa, que por etapas hace a una propuesta central. Si bien es cierto que este libro toca una multitud de temas, los cuales pueden ser tratados de manera independiente, aquí nos enfocaremos únicamente a las partes que conforman o ayudan a entender el tema seleccionado.

El tema seleccionado versa sobre la posibilidad de la reflexión dentro del postulado hermenéutico de la pertenencia, esto es, la forma en que podemos reflexionar, no sobre, sino en nuestra condición existencial, histórica y lingüística, la cual envuelve, posibilita y condiciona nuestra propia reflexión.

En este sentido la tesis en cuestión se puede entender bajo la pregunta ¿Cómo es posible la reflexión en el ámbito de la pertenencia hermenéutica? El intentar responder esta pregunta, sin eliminar la polarización de los términos de reflexión y pertenencia, es el reto que enfrenta Ricoeur. Así, antes de definir los objetivos y la metodología de este trabajo, habría que situarse en el sobreentendido de porqué esta pregunta es un problema.

Básicamente el problema parte de que la reflexión supone la primacía de un sujeto que es capaz de captar en sus operaciones la actividad espiritual en todos sus dominios. Es decir, es un sujeto transparente para sí mismo. En esta transparencia del sujeto, la reflexión se encamina a hacia los actos del “espíritu” y a sus producciones, (sus creaciones artísticas, teóricas o prácticas) para apropiarse de su significación, de manera que se dé cuenta que detrás de estas acciones se encuentra un sujeto independiente y responsable de sí, (aunque este sujeto independiente no se sostendrá en la propuesta de Ricoeur). Así, la problemática es la comprensión de sí, como sujeto de las operaciones de conocimiento, de volición, de estima, etc.

Esta noción de sujeto, supuestamente libre, intenta ser una teoría sin presupuestos que surge únicamente del sujeto (en orden de afirmar su independencia y libertad), pero muy pronto encuentra sus límites en todo lo que atraviesa al sujeto real, es decir, no sólo el sujeto de la reflexión, sino un ser lingüístico e histórico. Este es el paso que nos lleva al

concepto ya casi clásico de pre-comprensión, el cual diría que toda comprensión humana se guía por un entender anterior, el cual es dado en cada situación existencial, ofreciendo un horizonte que delimita la validez de toda interpretación. Si bien este entender previo posibilita la apertura al mundo ofreciendo un horizonte de sentido, esta no es una estructura trascendental pura, sino un acontecimiento dado por cada ser-ahí, es decir, por cada situación existencial, y no apropiable en su totalidad por la reflexión. De esta manera el yo trascendental pasa a ser un ser-ahí, como un ser ya inmerso en el mundo, provocando que toda supuesta descripción sin prejuicios del mundo sea realmente una interpretación. Esta postura se justifica, más allá de cualquier teoría epistémica, al intentar posicionarla como la forma fundamental en que tenemos un mundo con sentido, es decir, es un posicionamiento ontológico.

La conclusión obvia de lo anterior es que estos dos conceptos, reflexión y pre-comprensión, parecen anularse. La propuesta de Ricoeur es sacar partido de esta tensión y mostrar que la reflexión es parte constituyente de la forma en que tenemos un mundo con significado, sacando a la luz lo que está latente en la pre-comprensión, en este sentido se vuelve parte de lo ontológico y no sólo una forma derivada que nos aleja del mismo plano ontológico.

Más interesante que la respuesta es la articulación de la solución. El punto de partida es el posicionamiento del lenguaje como mediación universal, el cual provoca que este sea el lugar de articulación de ambas perspectivas. Como no podemos pensar el lenguaje fuera de él, su estudio se ha enfocado más a su capacidad para abrir mundos, horizontes de sentido etc., y menos sobre la reflexión sobre él mismo, en orden de entender su regulación. Sin embargo, el intento de estudiar el lenguaje en la forma en que crean nuevos sentidos es un tópico que, según Ricoeur, es posible de abordar con intenciones reflexivas-rationales y ontológicas. Así, se defenderá que aunque estas dos posturas no se impliquen, ser y conocer no son totalmente excluyentes.

El campo de batalla que Ricoeur ha seleccionado para defender su propuesta reflexiva es el de la metáfora. El motivo de esto parte de que donde hay metáfora viva hay una intención significativa. Esta intención significativa tiene la marca de la innovación, la cual al ser expresada por un lenguaje cotidiano hace que su sentido requiera ser descubierto. De esta manera, cuando hay una estructura de doble sentido se requiere una

interpretación. En este sentido la obra de *La metáfora viva* trata sobre como significamos y, tan importante como lo anterior, como recuperamos lo que significamos.

Para el despliegue de este trabajo he elegido un camino un tanto conflictivo. Esto no significa que la empresa no sea esencialmente expositiva, sino que en algunas ocasiones se hará énfasis o se cuestionará el por qué se hizo determinado movimiento, qué intenta contestar, etc. Esto principalmente para mostrar las problemáticas y a partir de éstas encadenar la obra, aunque en pocas ocasiones éstas no sean tan explícitas en el autor. Asimismo me he dado a la tarea de proponer alguna forma de ver algún tema, ya sea porque no se explica lo suficiente o porque parece contradictorio. Esto no se realiza para defender al autor, sino para ir lo más lejos que se pueda en la explicación de un tópico.

Ahora bien, antes de explicar el camino metodológico, hay que responder a la pregunta ¿Qué importancia tiene este estudio?

Como acordamos el objetivo de esta tesis es explicar la forma y los argumentos que Paul Ricoeur utiliza para defender su proyecto especulativo sobre el presupuesto de la pre-comprensión, que al final tiende a una reconciliación que no elimina la tensión. Mostrar que esta reconciliación es la columna vertebral implícita en el estudio de la metáfora es el reto que nos proponemos. Si bien considero difícil que alguien dude de lo anterior al leer la obra detenidamente, no faltará quien diga que la reconciliación es un producto marginal que intenta cerrar la obra y que los estudios anteriores tienen un valor independiente y específico. En contra de lo anterior me bastará mostrar el sentido orgánico de la obra y por medio de la pura explicación de la misma, dejando de lado algunas acotaciones, dejaré ver como los conceptos y críticas a otras teorías tienen este propósito uniforme. El supuesto del que parto es que si es justificada esta reconciliación, Ricoeur tendría que mostrar que del análisis de la metáfora se sigue que la pre-comprensión y la especulación ya están trabajando en la forma en que significamos el mundo. Aunque esta pretensión no sea perfecta, por momento sin justificar o pasajes oscuros que tendré que desarrollar, hacer la reconstrucción cumpliría el objetivo.

La principal justificación de este esfuerzo es la correcta comprensión de la obra en su conjunto. Lo anterior se entrelaza con el objetivo trazado, es decir, se intenta mostrar a lo largo del trabajo, al señalar como la elección de algunas posturas teóricas sobre otras o incluso correcciones a las mismas, así como ciertos conceptos, son respuestas a problemas

específicos y tienden a construir un marco para la reconciliación de las posturas ya señaladas.

Tomemos, por ejemplo, el caso recurrente del uso del concepto “mundo de la obra” que es usado para sostener propuestas de interpretación, ya sea aplicado a otras áreas o dentro de un estudio filosófico. Si bien esto es posible, lo cierto es que este concepto implica tanto una respuesta a una teoría contextualista de la significación, así como un ataque a una postura interpretativa que tienda a la arbitrariedad. De la misma manera este concepto implica y sirve como argumento a la noción de referencia metafórica, y con ello la necesidad de un discurso racional que elimine la ambivalencia inherente a la metáfora y que funciona como respuesta en contra de un discurso vitalista, lo que significa que la metáfora encuentra sus límites para poder completar su sentido. Si bien se puede argumentar que el concepto “mundo de la obra” tiende a un sentido completo, el análisis que realiza Ricoeur lo lleva a otras consecuencias, es decir, no es un concepto final ni la última palabra sobre la teoría de la interpretación que en su obra se desarrolla.

De esta manera cuando se toman momentos aislados de la obra, muchas veces ignoramos las consecuencias que implica utilizarlos y los problemas que intenta resolver. Esto nos lleva a considerar otro aspecto del estilo de Ricoeur, el que los conceptos se vayan siguiendo unos a otros. Retomando el ejemplo anterior, tenemos que no es el caso de que Ricoeur utilice o tome prestado el concepto “mundo de la obra” como excusa o inspiración para realizar su proyecto. Él intenta mostrar, a partir de un estudio detallado de la metáfora, la capacidad significativa de la misma, como parte necesaria de ella, y concluye que entre las teorías que mejor responden a esta capacidad y que libra la mayor parte de problemas (no todos), está esta teoría que entre su aparato conceptual incluye la noción de “mundo de la obra”.

Lo anterior nos lleva a nuestra segunda justificación, que es no sólo hacer entendible la obra, sino mostrar lo que la hace sólida o no. En este sentido no se trata de compartir o concordar con lo que dice o no dice la teoría, sino qué tanto se sostiene (aunque por mucho que se intente tal vez no sea posible una explicación totalmente parcial). Esto es congruente con Ricoeur, ya que él intenta hacer ver como los conceptos se van siguiendo uno de otros, eligiendo los pensamientos que mejor cumplan ciertos requisitos, aceptando incluso consecuencias que no son de su mayor agrado.

Los criterios que Ricoeur sigue son bastante sencillos, principalmente toma en mayor consideración las teorías que excluyen menos problemas, las que menos contradicciones internas tengan, las que expliquen más fenómenos y las que dejen ver otros; en general la explicación más completa, que contribuya a la intelección sin reducir el fenómeno. Aunque sean criterios muy amplios sostienen un ideal de racionalidad, que aunque con plena conciencia de su parcialidad, vale la pena mostrar.

Dado los motivos y objetivos de este estudio, el paso consecuente sería una propuesta crítica que señale ciertas inconsistencias, sin embargo lo anterior no se intenta realizar (aunque no siempre sea posible) y mejor se enfoca en el paso anterior, es decir, una exposición de los argumentos de la obra. Sin embargo, y esto nos lleva a nuestro tercer motivo, un proyecto que se mueva dentro de la teoría de la hermenéutica filosófica y que aún intente encontrar el modo de hacerla compatible con algún tipo de reflexión y racionalidad, encuentra en Ricoeur un gran antecedente. Lo anterior justifica el estudio de *La metáfora viva* desde los objetivos planteados.

El itinerario de la obra se reduce a tres preguntas: estas son ¿Cómo integrar a la lingüística con la intensión significativa de la metáfora? ¿De dónde surge la innovación semántica? ¿Cómo recuperamos el sentido?

El primer capítulo trata sobre el estructuralismo. Aquí se toma como centro de análisis de la metáfora la teoría de la sustitución, de la mano Aristóteles y Fontaneir. Se analizará el marco conceptual del estructuralismo y las diferentes propuestas que teorizan a la metáfora, como es la polisemia y el análisis sémico. Partiendo de estas teorías se llegará al punto más cercano entre la lingüística y el estudio de la intensión significativa de la metáfora en la frase, esto es la reducción de desviación. Se pone especial énfasis en las críticas, ya que la intención de la lingüística estructuralista es defender que la estructura semiótica no puede contener ni explicar el sentido desplegado por la metáfora. De esta manera Ricoeur, de forma radical, defiende la prioridad del sentido sobre la estructura, mostrando que la estructura no rige ni limita la innovación, al contrario, la permite.

El segundo capítulo intenta llevar la innovación del sentido hasta la pertenencia (desde el mundo que nos precede). Se empezará explicando tres teorías que analizan la metáfora dentro del enunciado (una nueva retórica, una gramática lógica y una crítica literaria) para mostrar que aunque van en el camino correcto, son incapaces de decir de

dónde viene el sentido. Partiendo de aquí se intenta explicar esta innovación desde mediaciones, como son los términos de semejanza, el esquematismo y el ver como. Todos estos términos implican el dinamismo y acercamiento de nociones que pueden parecer contrapuestas, como es la intuición, lenguaje, imagen, etc. Finalmente se llega a vislumbrar una unidad anterior a estas dualidades que es desde donde brota la innovación, y como todo sentido fue en algún momento nuevo, deducimos que es desde donde todo tiene algún significado. Esta unidad no es otra cosa que nuestro ser en el mundo.

En el último capítulo intentamos ver cómo se puede recuperar el sentido. En este punto recuperar el sentido significa exponer desde donde se forma, ya que como el mundo siempre me aparece de una forma inteligible y dado que esta inteligibilidad viene de un horizonte al que pertenezco, recuperar el sentido es traer a la reflexión este horizonte. Si esto es posible implica teorizar sobre el surgimiento del sentido en general. El primer movimiento toma una posición respecto de la intencionalidad del lenguaje, la existencia y la referencia. Aclarados estos conceptos se defiende la referencia de la metáfora con la teoría de modelos y de la denotación generalizada y se indica que la referencia segunda que abre el discurso poético es nuestro ser en el mundo, aquí ya hay una vía para reflexionar sobre este horizonte. Finalmente se encara el problema de la verdad metafórica mediante la dialéctica de un momento ingenuo y un momento crítico. La cuestión no es únicamente darse cuenta de nuestra pertenencia a un horizonte, sino pensar y ordenar las significaciones que brotan de él. Aquí es donde se requiere la necesidad de otro discurso diferente del poético. Teniendo en mente que lo que el discurso poético presiente es la pertenencia, a través de los horizontes que abre, se defiende la necesidad del discurso especulativo al mismo tiempo que se le va definiendo. El discurso especulativo es esta capacidad de sistematizar y hacer, por decirlo así, un mapa del horizonte (aunque no sea total) en el que nos encontramos, esto implica que intenta pensar la relación entre los significados y el horizonte desde donde brotan los significados, o digamos, la relación entre el ser y el ser dicho. Finalmente se profundiza en dos principales problemas que tiene que enfrentar este discurso. El primero es mostrar que la posibilidad del discurso especulativo es independiente de la tensión metafórica (no depende de sus contenidos, aunque es lo único que piensa) y el segundo es que los dos discursos pueden interaccionar sin anularse (al ser impulsado lo especulativo por el excedente de sentido del discurso poético). Para el primer

problema abordamos la crítica de Benveniste respecto a las categorías de Aristóteles, para mostrar como el discurso especulativo no está atado a contenidos específicos, y para el segundo la teoría de la significación de Husserl, en donde se muestra como se puede pensar las ambivalencias del excedente de sentido, mostrándolas como una unidad y rompiendo la tensión metafórica. Finalmente analizamos si este discurso puede pensar la forma en que el sentido brota y cuáles son sus límites.

Capítulo 1

La metáfora fuera de la predicación

1.1. Aristóteles y la metáfora

El primer paso obligatorio para identificar los motivos y argumentos que nos indica que la metáfora es parte de la predicación y no de la sustitución de nombres, es Aristóteles. Así, consagrándonos a los postulados aristotélicos, se destacan cuatro funciones de la metáfora, las cuales Ricoeur toma como poderes efectivos de la misma y cuya elucidación acompaña a toda la obra. Estas funciones son: hacer entender, poder de acercamiento, crear imagen y la exteriorización del pensamiento. Las cuatro funciones son tratadas dentro de la disciplina de la retórica, aunque la última función es más propia de la poética. Dentro de la poética, en un estudio de la *lexis* dirigido a la composición de la obra, el estudio de la metáfora se acerca al campo referencial con la pareja *mimesis* y *mythos*.

Para su exposición se parte de la estructura formal de la metáfora. Con esto en mente se caracterizan las funciones ya citadas y se establece el campo conceptual que servirá más adelante para la teoría de la sustitución. Así mismo se hace notar que la estructura formal de la metáfora es parte de la cadena que establece el carácter sustitutivo de la misma, pero cuando se analiza dentro de la función de la *lexis* se ve que su función tiende a lo predicativo y con ello representa la primera crítica a la teoría ya citada (de la sustitución). En orden a no perder el orden de ambos movimientos, estos se exponen juntos.

Estructura de la metáfora en Aristóteles

La definición formal de la metáfora es la siguiente: “La metáfora es la traslación de un nombre ajeno, o desde el género a la especie o según la analogía” Esta definición tiene el motivo de identificar y de clasificar, mas no de decirnos qué función cumple o revela. En efecto, cuando existe una traslación (*epífora*) del nombre puedo afirmar que existe una metáfora, por ejemplo: “tus ojos son noches por su color oscuro”, en donde la traslación de “noches” por “oscuro” me indica que estoy frente a una metáfora. De esta manera dice Ricoeur, “La definición de Aristóteles y de Fontanier son nominales, en cuanto

permiten identificar la metáfora entre los demás tropos; al limitarla e identificarla, se limitan también a clasificarla.” Sin embargo el simple hecho de identificar conlleva una metodología que afecta al objeto de estudio.

Partimos de la identificación que realiza la *epífora*, la cual crea las características de la estructura de la metáfora. La primera característica es la del préstamo, que se deduce del medio que define el tropo, la *epífora*. Este término se toma del campo del movimiento físico representando el cambio de lugar. Esta metáfora de la metáfora evidencia el préstamo, en tanto que al no haber un término propio de la lingüística se toma prestado un término de la física. Gran parte de esta noción de préstamo depende de que la metáfora en Aristóteles es una trasposición que se le es extraña a aquello que significa (*allogrios*) que en vocabulario de Aristóteles se opone a ordinario (*kyrion*).

Esta oposición marca la segunda característica, a saber: existe una oposición entre sentido propio y el figurado, indicando la suposición de que todo término tiene un campo originario. Así el movimiento tiene su origen en el campo de la física y cualquier uso de este término en otro campo es impropio. La tercera característica indica el motivo de la trasposición: suplir un vacío semántico y la última característica involucra su aplicación, en donde la nueva palabra sustituye a la ausente, si es el caso que no exista.

Esto conlleva dos consecuencias: por principio la desviación implica una elección, en el momento de determinar qué sustitución es pertinente. Esto implica un elemento psicológico, la libre acción del poeta, lo cual depende de su talento particular: “[...] lo único que no se puede tomar de otro, y es indicio de talento, pues hacer buenas metáforas es percibir lo semejante.” La segunda consecuencia se basa en la suposición de que las palabras vienen de campos propios, los cuales hacen que la desviación sea restituible, como si el término en consigna (prestado) mantuviera una relación con su original que no se pierde en la trasposición, por lo tanto podemos saber el sentido original que enmascara la metáfora. Así la idea de sustitución implica que el término metafórico pueda ser desplazado por el término que sustituyó, haciendo que pierda todo valor epistemológico y que pueda ser reducida posteriormente por un simple adorno.

Esta teoría iría más allá de la simple identificación, si se supusiera una metafísica que la sostuviera. En efecto, si la palabra estuviera unida a lo que denomina, como una sustancia que le diera unidad, entonces toda palabra tendría un sentido primitivo. Sin

embargo Ricoeur resalta que Aristóteles no confundió el uso ordinario del primitivo. El uso ordinario se puede decir del modo en cómo se habla en un momento dado. Decir que a algo se le llama de ordinario de una manera no significa que esa palabra esté pegada a lo que se denomina, como dirá Ricoeur, no implica que el uso ordinario pertenezca a una idea.

Así la teoría de la sustitución tiene dos aspectos, uno negativo y uno positivo. La desviación cumple un carácter negativo, al hacer que la elocución se aleje del uso corriente y el préstamo corresponde a su carácter positivo, que es aquello que lo diferencia de las otras desviaciones.

Para desplazar el lugar del nombre por el del enunciado tendría que ser arbitrario el uso del nombre como unidad de la significación. Partamos de que hay dos disciplinas que estudian la metáfora, Retórica y Poética. Ambos estudios sitúan a la metáfora dentro de la *lexis*, la cual traducimos como: proceso de combinar palabras dentro de un orden inteligible. Ahora bien, la *lexis* tiene un diferente tratamiento según la disciplina. En la retórica se estudia según los modos de la elocución, es decir, hechos de discurso (orden, súplica, amenaza, etc.) mientras que en la poética se estudia según las partes de la elocución: letra, sílaba, conjunción, (carentes de significación) nombre, verbo, caso y locución (con significación propia).

En cualquiera de las dos modalidades de análisis el eje es el nombre. El criterio radica en partir de un sonido complejo dotado de significación, justificando la primacía del nombre al ser la unidad más pequeña con significado (unidad semántica). Por ejemplo; el verbo incluye un nivel de significación cercano al nombre, pero se diferencia por la inclusión del tiempo. Del lado de la locución tenemos que no es sólo un sonido complejo, sino una significación compleja que se divide en frase y definición. La frase es la unión de verbo y nombre (Sócrates camina) y la definición es un compuesto de nombres (hombre-animal-racional). Ambas caen dentro de una significación compleja, tal que dice Ricoeur: “La frase carece, pues, de todo privilegio en la teoría semántica. La palabra, como nombre y como verbo, es la unidad básica de la *lexis*.”

La arbitrariedad radica en que la expresión “sonido complejo dotado de significación” es una unidad semántica común al nombre, al verbo y a la frase. Si esto es un núcleo semántico común ¿qué razones podemos aducir para que se centre su análisis en la

palabra? Se justificaría si fuera el caso de que la significación de la frase se reduce al conjunto de nombres, de manera que se sostuviera una homogeneidad de niveles. Esto implicaría que la significación del nombre no se diferenciara de la significación de la frase más que por su longitud. Sin embargo, la significación de la locución (logos) no parece que proceda de la significación de la palabra. La unidad de significación del logos le es propia (el sentido de una frase no se reduce a la suma de las palabras en ellas) al igual que la significación de una obra, como conjunto de significaciones. En este sentido se vislumbra una distinción de niveles, uno de las palabras y otro de las frases.

En general este privilegio de la palabra responde más al método (teoría explícita de la *lexis*) que al partir por divisiones y aislar las partes de la *lexis* no vislumbra un núcleo común y ya que la significación más pequeña es más fácil de manejar. Si bien el privilegio del nombre servirá posteriormente a una empresa taxonómica, paga un precio alto al perder el estudio de una función que se encuentra en todos los niveles del lenguaje, palabra, frase u obra.

En este sentido podemos aislar el fenómeno del cambio de significación y el caso particular de este cambio, en donde la *epífora* es lo que da unidad de sentido al cambio de significación (aunque no reducida al nombre). Esto quiere decir que una cosa es hablar de la metáfora como *especie*, es decir, como un tropo de semejanza, y otra cosa es hablar de la figura, es decir, del *género* de la trasposición, que sería un proceso que pueda afectar el núcleo semántico no sólo de la palabra si no de la frase: “[...] todas las entidades portadoras de sentido y que este proceso se refiere al cambio de significado en cuanto tal.”

La metáfora dentro de la lexis

La estructura que expuse de la metáfora, como *epífora* del nombre, sirve de estructura para dos disciplinas con intenciones disímiles y para ver la función que cumple en ellas. Lo que hay que remarcar es que las funciones que son empleadas en la *lexis* retórica tienen como base una función más general correspondiente a la *lexis* poética, la cual sólo es aclarada hasta el estudio de la semejanza (hacer imagen, que en ese estudio será el “ver como”).

Empezando por la retórica, Ricoeur dice que es el intento de domesticar la misma por medio de la filosofía, a través de una teoría de la argumentación. El principal problema

es que existe en la retórica un divorcio entre la *tecne* que usa la palabra para la dominación y la verdad. Como es bien sabido esta *tecne* se desarrolla en el espacio público. Esto implica que los temas sobre los que trata son cuestiones humanas, y al no ser fijas escapan a la necesidad, a diferencia de otras disciplinas que si llenan este requerimiento, (filosofía fundamental, geometría, etc.) Sin embargo su función pueda restringirse a un ámbito que evita la arbitrariedad. El intento en si consiste en acotar este espacio de las cosas humanas al campo de lo verosímil. Al ser lo verosímil parte de una teoría de la argumentación, la retórica queda unida a la filosofía. De esta manera se le lleva a la esfera de la validez, en donde regulando el abuso se crea un equilibrio entre razón y violencia.

Ahora bien, esto marca su función; la de encontrar especulativamente lo que es verosímil en cada circunstancia. Este elemento especulativo hace que sea una investigación teórica de los medios para la producción. A su vez esta producción de lo persuasivo se realiza por medio de un argumento de lo verosímil (entimema), en contraposición de un argumento demostrativo (silogismo). El entimema es la prueba que la retórica usa en su búsqueda de la persuasión y lo une a una teoría de la argumentación.

De esta manera lo esencial es la demostración “[...] porque lo justo sería disputar con los mismos hechos, de manera que todas las demás cosas sean, fuera de demostrar, algo superfluo” Pero aún con ésta afirmación no son suficientes los argumentos, ya que hay que presentarlos de manera convincente. Esto divide lo que dice el discurso (el que) y como se presenta el discurso (el cómo). La *lexis* en éste sentido vendría subordinada a la acción persuasiva. Así mismo las funciones de la metáfora se relacionan con el cómo del discurso, es decir, con la manifestación del mismo, aunque esté subordinado.

Dentro de la acción total del discurso retórico, cuya principal virtud es la claridad y la instrucción por medio de ésta, la metáfora tiene la misión de sorprender y hacer noble el discurso. Ambas características están sostenidas por la novedad que crea la metáfora. Por principio el desvío de las expresiones usuales, en una suerte de admiración por lo insólito y el genio que lo acompaña.

El sorprender se liga con el desvío y lo explica, ya que el valor instructivo de la metáfora se cumple cuando acerca cosas que parecían no tener relación “[...] la metáfora tiene como función instruir mediante una relación imprevista entre cosas que parecían en principio totalmente ajenas.” Así, el desvío no es arbitrario, no es crear algo insólito porque

sea absurdo, sino crear algo insólito dentro de cierta coherencia. A su vez esto nos pone ante la pregunta de si la relación se encuentra o se crea. Independientemente de la respuesta la traslación del nombre no soporta esta nueva relación imprevista, ya que ésta implica un nuevo saber.

Una última función que destacamos de la metáfora en la retórica es la de hacer imagen, según Ricoeur dar al género un aspecto concreto o describir lo abstracto bajo los rasgos de lo concreto. Esta función pone en juego dos términos; por un lado el carácter sensible (lo concreto) y por otro lado los conceptos (abstracto), como en el ejemplo: figurar el concepto del “ciclo de la vida” con la imagen de un árbol en las estaciones. Esta concreción implica la actualidad del pensamiento, ya que se hace actual al dejar su virtualidad en el momento en que se manifiesta (hace aparecer el discurso). Esto nos lleva a la segunda implicación en donde mi pensamiento se manifiesta no sólo en un fenómeno que se cierra en sí mismo en el medio que transporta el pensamiento (como puede ser el sonido). Este no cerrarse sobre sí mismo hace no sólo que el discurso aparezca, sino que al hacerse actual significa lo que es actual. Ricoeur lo expresa como pintar la realidad o poner ante los ojos, en otras palabras, que la realidad se manifieste al significarse. Más tarde en el capítulo de la semejanza veremos cómo lo sensible y lo lingüístico se enlaza, en la medida en que sólo vemos lo que entendemos. Lo que hay que entender es que éstas características que acentuamos no encuentran explicación en la teoría de la sustitución, lo que implica que en la teoría de la metáfora-enunciación, es donde se articulará alguna explicación.

Al margen de lo anterior tenemos un efecto de acercamiento, en donde el hacer esto como aquello (lo abstracto y lo concreto) implica encontrar una proporcionalidad, una suerte de similaridad entre lo inteligible y lo sensible, al tiempo en que se concreta por medio de la figuración (lo sensible toma forma inteligible) de aquí la expresión: “[...] la metáfora puede asumir el momento lógico de la proporcionalidad y el momento sensible de la figuratividad.” El resultado es significar la actualidad, en donde, al margen de cualquier teoría causalista de la percepción, lo que late es una teoría de nuestra experiencia.

Esta última característica nos lleva a la *lexis* poética, la cual se articula como una de las seis partes de la que consta la tragedia. La tragedia tiene el concepto rector de la *mimesis*, específicamente la imitación de los hombres en acción. Así, el papel de la *lexis* dentro de la tragedia es instrumental, ya que es uno de los medios aplicados en la imitación.

Ahora bien, las seis partes se articulan en la trama (*mythos*). En general el fin de la imitación sólo se realiza en la trama, tal que dice Ricoeur: “[...] entre el *mythos* y la tragedia no hay sólo una relación de medio a fin o de causa natural a afecto, sino una relación de esencia [...]” El *mythos* en este sentido es la puesta de un orden que se realiza gracias a los seis elementos.

Ahora bien, siendo que la *lexis* se subordina a la *mimesis*, hay que ver cuál es su acción específica, para lograr la *mimesis*. Aristóteles dice que es la traducción del pensamiento por las palabras. El alcance de esta definición es muy amplio, no sólo es la interpretación de las palabras o la disposición de las mismas, en este caso de los versos, sino la manifestación hecha por el lenguaje. Según Ricoeur, bajo estos términos, la *lexis* sería tanto la exteriorización como la explicitación del orden interno de la trama, una correspondencia entre la forma interna y la externa, lo que nos lleva a la última característica de la metáfora en la retórica. Este lazo común entre Retórica y Poética pone el acento en la función de exteriorización, ya que como lo vimos todo discurso que empieza en el pensamiento requiere una forma de ser, un cómo. Suponiendo que todo “cómo” requiere un “qué” tenemos que en la tragedia el *mythos* es el “cómo” y la *mimesis* se encamina al “qué”.

Para entrar a la *mimesis* hay que distanciarla de la noción de imitación, en el sentido de copia o sumisión a un objeto natural. Para esto Ricoeur parte de la distinción entre el concepto de *mimesis* en Platón, el cual le otorga un rango ilimitado, (artes, discursos, etc.) Bajo la metodología de la dialéctica (procedimiento del diálogo) las palabras se van modificando por el contexto abriendo un campo de múltiples significaciones. Dice Ricoeur que la única vía para sortear este dilema es marcar una relación entre lo que es y lo que aparece, mediante una semejanza que camina por grados hasta llegar a modelos ideales.

En Aristóteles la *mimesis* está más acotada por el discurso científico y por lo tanto se aleja de la dialéctica. Aquí las palabras, que tienen variadas significaciones, quedan normadas por un discurso. El discurso que norma la *mimesis* es la poética, en donde la producción de la creación poética termina en una singularidad y no en un modelo ideal.

Bajo esta acepción de *mimesis* la relación con el *mythos* se define, tal que su conformación crea la *mimesis*. Esto le permite decir a Ricoeur que aquello que se intenta

imitar es aquello que se construye, evitando la duplicación de la realidad. Esto nos lleva a un orden no imitativo, más universal que los sucesos particulares creando la experiencia de clarificación. De ésta manera el *mythos* organiza las acciones humanas dentro de una forma coherente.

Podemos sintetizar lo anterior de la siguiente manera: la poética desarrolla el ordenamiento de fenómenos particulares (acciones humanas) en una representación (*mimesis*) la cual es una re-configuración (*mythos*) en un orden más general. Así, el ordenamiento de una serie de fenómenos particulares implica la creación de la serie (ordenamiento de acciones humanas), ya que antes de la creación de la serie, la serie misma no es un fenómeno, pero cuando la serie se crea, en cierta forma adelantándose o presintiendo la serie, ésta se manifiesta volviéndose fenómeno (obra singular). Si asumimos que la referencia sólo se entiende como sentido y estableciendo que el sentido implica una mediación lingüística como fuente de inteligibilidad, la referencia se parte según el escalonamiento del sentido, implicando niveles del uso del lenguaje.

Estos usos del lenguaje implican la *lexis*, ya no sólo como desviación de la palabra, sino como una desviación del sentido. Así, el lenguaje entra en el juego de la doble tensión. Por un lado la sumisión a la realidad y por el otro la invención de la trama unida a la referencia. En general el fenómeno de las acciones humanas no se nos presenta de forma aislada, sino que ya se encuentran en cierto orden, llamémosle un sentido. Así, para poder ordenarlas dentro de un *mythos*, dentro de otro orden más general, es necesario el desplazamiento de un orden anterior, propiamente una desviación.

Más adelante veremos que la referencia está ligada a la intencionalidad del sentido, lo que acotado a éste caso, implica que la desviación del sentido cambia nuestra comprensión de la referencia. Dicho de otra manera, restitución y elevación son parte de la función referencial de la metáfora, sin la cual, advierte Ricoeur, sólo queda un adorno, un juego de palabras o una capacidad de sustitución.

Esta doble tensión (sumisión a lo real y creación) nos ofrece un nuevo problema. Esta sumisión a la realidad, estrechamente ligado a la imitación de la naturaleza da un paso más allá de la poética, dice Ricoeur, para llevarnos a la metafísica. Si fuese el caso de que nuestras creaciones del discurso están restringidas a la naturaleza, la desviación ejercida por

la metáfora sería imposible. Entonces el problema a tratar es el de la coordinación del concepto de naturaleza con la metáfora.

La estrategia de Ricoeur es el de plantear que el concepto aristotélico de naturaleza no coacciona la creación. Para realizar lo anterior dice que la expresión “imitación de la naturaleza” es un discriminante entre la producción de la naturaleza y la creación humana y no tanto que lo poético no tenga más posibilidades que lo que ofrece lo natural. Dice que el poema imita la acción (cómo son o eran o debieran ser) lo que permite una amplia gama de posibilidades, esto implica que la naturaleza, aún como referencia, sigue permitiendo la labor de imitación. Si éste es el caso lo poético no tiene que adecuarse a lo real, aunque haga referencia a la acción humana.

Pero por el otro lado vemos que si no existe la función referencial, la metáfora se queda en un vacío juego de palabras. Retener el concepto de naturaleza (*physis*) bajo un esquema moderno, le dará un objetivo a la misma desviación hecha por la metáfora.

Por principio *physis* no tiene que identificarse con algo inerte, sino como vida, como creación en sí misma, lo cual no impide que su imitación se pueda dar por la creación, incluso puede ser condición para la misma. Así mismo dice Ricoeur: “¿No podría haber un oculto parentesco entre significar la actualidad y decir la *physis*?” Bajo esta pregunta Ricoeur enlaza el término *physis* con el término hermenéutico de pertenencia, con el horizonte de sentido que es fuente de posibilidad de toda actualización de sentido.

El paso aquí es mayor, ya que va de lo se devela a aquello que permite la develación o la develación misma. En este sentido el *mythos* intentaría, mediante el agrupamiento de fenómenos en un orden de amplia inteligibilidad, hacer presente la condición para que algo se haga presente, como la última referencia. Esta pertenencia a nuestro mundo sería aquella referencia que el *mythos* hace presente. De esta manera lo ontológico y lo poético queda enlazado y agrupa las dos funciones de la metáfora, la innovación y la significación de la actualidad, como parte de las condiciones para explicitar nuestra experiencia.

Esta última parte nos queda como esbozo muy general del proyecto que Ricoeur intenta realizar y que sólo serán aclaradas con posterioridad. Lo que nos interesa retener para este capítulo es la propuesta formal de clasificación.

1.2. Ideología de Pierre Fontaneir

En el apartado anterior vimos parte de los conceptos que iremos utilizando y el esbozo de la propuesta de Ricoeur. Pero para seguir con este proyecto hay que enfrentarse a un problema que amenaza que este pueda empezar, la reducción de la metáfora a un adorno o a una simple sustitución. Siempre se puede uno cuestionar si Ricoeur está forzando a la metáfora para que encaje en su teoría, en vez de explicar la metáfora por la teoría. Así Ricoeur al señalar la insuficiencia de la teoría de la sustitución, si bien no hace cierta su propia teoría, si indica los espacios que hay que llenar y hace más plausible su propia teoría. Este es el intento que se realiza en este apartado al criticar la ideología de Fontaneir.

En este apartado veremos la insuficiencia de la tropología, con lo que paralelamente se figura como una crítica a un modelo, que cercano al empirismo, da muestras de quedarse corto al momento de dar cuenta de los fenómenos de producción de la metáfora. Ricoeur toma de guía el texto *Les Figures du discours*, de Pierre Fontaneir, por ser uno de los últimos tratados de retórica. Este tratado tiene como forma de análisis una ideología, en el sentido de que las ideas son los objetos que ve nuestro espíritu y las palabras son los nombres de estas ideas. Bajo este presupuesto y herramienta teórica se intenta hacer la tropología o clasificación de las figuras posibles del lenguaje.

Las principales preguntas que se pueden plantear son: ¿Cuáles son las críticas de Ricoeur a esta teoría?, lo cual queda unido y justifica la siguiente pregunta ¿Por qué pasar de una metáfora puesta en términos de denominación, por estar al nivel de la palabra, a una puesta a nivel de la frase? Si bien en los pasados apartados se señaló cómo Aristóteles desarrollaba un análisis centrado en la palabra, también se vio que el valor que le da a ésta no es puramente retórico, en el sentido de que sólo intenta agradar. A su vez vimos que aunque su enfoque podía ser dirigido a una reducción de la metáfora en los términos ya señalados, no era una conclusión necesaria y que incluso podía dirigirse a un espectro más amplio de la metáfora, propiamente predicativo.

Postulados tropológicos y su aplicación en la ideología

Paul Ricoeur sintetiza los nueve postulados del análisis retórico, de la mano de Gérard Genette, que a continuación reproducimos.

a) Postulado de lo propio y de lo impropio: algunos nombres pertenecen a determinadas clases de cosas, siendo este el sentido propio del nombre. En cambio los tropos son sentidos impropios o figurados.

b) Postulado de la laguna semántica: designar algo por un nombre impropio se hace por dos razones, por carácter estilístico o por carencia real. En cualquiera de los casos el término impropio se usa para llenar una laguna en el léxico.

c) Postulado préstamo: la laguna se llena recurriendo a un término extraño.

d) Postulado de la desviación: aplicar el nuevo término implica una desviación del término usado impropriamente.

e) Postulado de la sustitución: el término nuevo sustituye a una palabra que no existe o que se pudo haber usado. Cuando se hace por preferencia, es decir, cuando existe la palabra que pudo haber sido empleada, hablamos propiamente del tropo. Cuando la sustitución viene de una laguna real se llama *catácrexis*.

f) Postulado del carácter paradigmático del tropo: entre el sentido figurado de la palabra que sustituye y del sentido de la ausente sustituida, existe una relación (la razón de la trasposición), siendo ésta el paradigma para la sustitución de términos. En la metáfora es la semejanza.

g) Postulado de la paráfrasis exhaustiva: explicar un tropo es encontrar la palabra ausente, siendo guiados por el paradigma de la sustitución. Así se hace una paráfrasis exhaustiva entre la sustitución y la restitución.

h) Postulado de la información nula: de lo anterior se desprende que el tropo no da nueva información, ya que la restitución anula la sustitución al existir la paráfrasis exhaustiva.

i) Como conclusión el tropo sólo adorna al lenguaje.

Como ya se mencionó estos postulados se estudian sobre la obra de Pierre Fontanier, los cuáles encuentran su aplicación bajo una metodología y una teoría que no surge del análisis del lenguaje, sino de una ideología. El análisis se centra en el fenómeno del pensamiento y de su expresión, en donde el pensamiento se compone de ideas y la expresión de estas ideas se compone de palabras.

Elementos del pensamiento y de la expresión. Por principio nuestra relación con el mundo es por medio de la representación, es decir, somos seres que reciben impresiones del exterior. Esta relación se da de forma no mediada, tal que un objeto individual al afectar mi “espíritu” se transforma en representación, la cual llamaremos idea. Así, decimos que las ideas son los objetos que ve nuestro espíritu. Estas ideas tienen un valor objetivo por tener de base una existencia sustancial: “[...] la idea individual en cuanto se relaciona de modo inmediato con tal objeto particular e individual que existe como sustancia.” El postulado “a” está implícito, en el momento en que la idea sustantiva tiene una relación de propiedad (primitivo) con la palabra que la exterioriza. De esta manera la palabra expresa un sentido propio, ya que está en relación con el objeto designado.

A estas representaciones les podemos llamar ideas individuales ya que designan un ser individual. Así mismo puede haber ideas simples, las cuáles no se pueden segmentar, como puede ser un color. Del otro lado tenemos ideas complejas, como podría ser la taza que ahora veo, la cual puedo segmentar en diferentes propiedades, color, forma, etc., lo cual nos hace pensar que algunas ideas individuales pueden ser segmentadas en nuestro espíritu, aunque representen un existente real. Esto da paso a que de la misma manera en que somos afectados por objetos, tenemos la capacidad de relacionar representaciones (ideas simples) con otras representaciones, creando diferentes asociaciones.

Ahora bien, los elementos de la expresión corresponden con los elementos del pensamiento. De esta manera el elemento mínimo del pensamiento, la idea, tiene su expresión correspondiente en una palabra. Si concedemos que la idea es la representación de un objeto, entonces tenemos que la palabra es el nombre de la idea, y por lo tanto del objeto.

Bajo la anterior definición podemos dar paso a una gramática, la cual se divide en dos tipos de signos que corresponden a dos tipos de ideas: signos de ideas principales (objetos) y signos de ideas secundarias (de relación). En el primer grupo están: nombres (idea sustantiva), nombre propio (idea individual), nombre común (ideas generales), adjetivos (ideas concretas de cualidad), participios (ideas concretas de acción), artículos y pronombres, y en el segundo: verbo, proposición, adverbio y conjunción. Con el verbo nos referimos únicamente al verbo ser (los demás se hacen con su participio), en donde se indica una relación de coexistencia entre una idea sustantiva y otra concreta, la cual es

susceptible de verdad o de falsedad. Por lo tanto el verbo está a disposición y subordinado a las ideas sustantivas y con ello a la palabra.

La idea de verbo nos presenta otro elemento del pensamiento, el juicio. Por principio el verbo afirma o niega la coexistencia de una idea sustantiva con otra concreta, por lo tanto el pensamiento sería también el acto de unir dos ideas. A lo anterior se le llama juicio, cuya expresión es la proposición y que junto con la idea manifiesta las vertientes del pensamiento.

La tropología

Una vez explicados los elementos del pensamiento se pueden dividir los tropos, cuyo eje será el sentido. El sentido es extensivo de la palabra, la frase o el discurso. En el caso de la palabra es aquello que significa o aquello de lo que es signo, y por lo tanto es aquello que nos quiere hacer entender. El sentido de la frase es idéntico al de la palabra, sólo que con la condición de que exprese un sentido completo.

Bajo la anterior definición existen en la proposición tres tipos de sentido (objetivo, espiritual, literal). El sentido objetivo se da en la palabra en cuanto es el signo de objetos representados. En éste sentido es una relación entre ideas que tienen una base sustantiva. El sentido literal y el espiritual se dicen de la proposición, no de las palabras, aunque se distinguen por el uso de las palabras en determinada frase. Así el sentido literal es cuando las palabras se usan en su acepción primitiva, es decir, una relación inmediata en una representación con su signo correspondiente. El sentido espiritual surge de la conjunción de las palabras tomadas dentro de su sentido literal, pero mediado por las circunstancias del discurso, modulación de la voz y la conexión entre ideas relacionadas.

La diferencia entre tropo y figura. La definición de tropo es: “Los tropos consisten en determinados sentidos más o menos diferentes del significado primitivo, que ofrecen en la expresión del pensamiento palabras aplicadas a nuevas ideas [postulado “b”].” Hay dos vías dentro de los tropos: El tropo extensivo o *catacrexis* es aquel que intenta encontrar un sustituto de un término que no existe y el tropo figurado que intenta presentar las ideas con imágenes más vivas.

En esta taxonomía la figura es una forma de tropo y no un género cuya especie sería el tropo. Así, el segundo rasgo restringe la noción de figura en tanto que involucra la libertad de su uso. Por el contrario la *catácrexis* es un uso obligado, cuyo uso viene de la necesidad de denominar algo, de tal manera que por no ser libre no es propiamente una figura. La restricción de la figura implica que la desviación es momentánea (postulado “c”). De la misma manera al ser un uso deliberado, implica que se hace una sustitución por elección (estilístico). Esto nos asegura el paso al postulado “e” ya que sólo el tropo figurado encuentra oposición con un sentido literal, lo cual marca la posibilidad de la sustitución. Este criterio no se llena en el caso de la *catacrexis*, ya que no hay un sentido literal que se oponga al término que llenó la laguna semántica y por lo tanto tampoco puede existir una restitución de la sustitución.

Tropo de una palabra o más palabras. Empezamos por definir la figura. Ésta es el movimiento o giro por la que la expresión de ideas se desvía de su posible expresión sencilla. Al incluir las “expresiones” se nos señala que la figura se refiere indistintamente a cualquier extensión de la expresión, palabra, frase o discurso.

Ahora bien, las figuras pueden ser de una sola palabra (las cuáles se llaman figuras tropológicas) y las figuras de más de una palabra, las cuáles se llaman figuras no trópicas. Aquí hay una paradoja: Primero indicamos que hay tropos que son figura y tropos que no son figura, luego indicamos que hay figuras que son tropos y otras que no son tropos. Según Ricoeur esto pasa porque la figura (indistinta entre palabra, frase o discurso) es una unidad que clasifica el tropo pero la desviación que rige como fundamento de la clasificación es la desviación de la palabra, la cual es un tropo, dicho en palabras de Ricoeur: “De ahí el carácter extraño de este tratado en el que el tropo es a la vez una clase entre las otras y el paradigma de toda figura.” En cierta forma el paradigma crea el modelo que lo clasifica. En este mismo apartado Ricoeur dice que esto viene de la necesidad de distinguir entre *catácrexis* y tropo libre, que es la distinción que salva el postulado de la sustitución “f”.

Uno de los motivos por lo que se hace esta distinción es para mantener la primacía de la palabra. Si nos vamos al postulado “g” en donde un tropo (y con ello su sentido figurado) es restituible al encontrar la palabra ausente, nos encontramos con que esto sólo es posible si la desviación se da en la palabra. A modo de hipótesis podemos decir que si la

desviación se da en la frase significaría que tendría que sustituir la misma, lo cual causa más complicaciones, indicando que tal vez sólo se realice en una interpretación. Por un lado la frase marca la relación entre dos ideas la cual es posible de afirmar o negar. Esto significaría que hubo un desvío en la relación, obligándome a encontrar la relación primitiva. Pero aparte de decir si es verdadera o no tal relación, lo cual a lo mucho sería la relación objetiva o propia, parece no haber una base para realizar una paráfrasis exhaustiva dentro del sentido figurado de una frase.

De aquí que se diga que es impropio decir que el sentido tropológico que pudiera tener una frase es figurado, ya que sólo es una especie de sentido tropológico, esto puede querer decir que el tropo se sigue dando en la palabra y que la frase sólo es su extensión o una especie de este sentido, la cual no se forma en la frase. Así, aunque la frase pueda tener un sentido figurado, este es causado por la desviación de las palabras la cual si es restituible. Esto implica que no hay frase metafórica ya que esta queda reducida a una especie de tropo de una sola palabra.

Una vez que se ha definido el tropo se le puede clasificar. El tropo es un acontecimiento, es decir, algo momentáneo en donde una palabra adquiere un nuevo significado (carácter que sólo se cumple si se elimina la *catácrexis*). De lo anterior se sigue que el tropo no es una relación sino lo creado por la relación. Lo que se relaciona son dos ideas, una relacionada con la palabra (significación primitiva) y otra idea que uno le atribuye a la palabra. Esta concepción está muy cercana a la *epifora* de Aristóteles, que aunque con ciertas diferencias de vocabulario, expresan que el tropo (*epifora* en Aristóteles) se da entre dos, es decir, el tropo se sustenta en una innovación semántica de una palabra, pero para que esto suceda se debe de dar la trasposición de una idea a otra.

Estas relaciones de ideas que propician la trasposición pueden quedar reducidas en tres grupos: De correlación: Esta relación rige el funcionamiento de la metonimia y es la relación entre dos objetos los cuales forman entidades apartes. Existen varias relaciones que satisfacen la condición de la metonimia: de causa a efecto, de instrumento a fin, de continente a contenido, de la cosa a su lugar, de signo a significante, de lo físico a lo moral, del modelo a la cosa.

De conexión: Fundamento de la sinécdoque. Esta figura se da cuando dos objetos forman un todo, en donde la existencia de uno se encuentra comprendida en la del otro. Sus

especies son: de la parte al todo, de la materia a la cosa, de la singularidad a la pluralidad, de la especie al género, de lo abstracto a lo concreto, de la especie al individuo.

De semejanza: Fundamento de la metáfora que consiste en una relación de semejanza, no entre objetos si no entre ideas, la cual no tiene especies.

Aquí se marca una disimetría entre los dos tropos anteriores y la metáfora. La primera diferencia radica en que abarca muchos más campos que los demás tropos. Como se vio la metonimia y la sinécdoque son relación entre objetos, tal que las ideas representan a estos objetos y los nombres en su sentido objetivo representan a las ideas. En cambio la metáfora al no limitarse a objetos sino a ideas tampoco queda restringida por el nombre, siendo que la semejanza se puede dar entre verbos, participios, etc.

Por otro lado la mayor amplitud del tropo metafórico implica un problema al intentar regularlo o clasificarlo, lo cual es algo indispensable para restituir su sentido. Dice Fontaneir que el principio de clasificación viene de la naturaleza de las cosas, aunque se haya dicho que era relación entre ideas. Pero se recordará que las ideas son las imágenes de los objetos que el espíritu ve, de manera que la semejanza se establece del carácter de las cosas dentro de las opiniones, por lo que es posible remontarse del carácter en la opinión a las cosas que lo engendraron. Pero aun así esto no permite clasificar desde donde se realizan los préstamos y su posible aplicación, sobre todo tras haber dicho que estos préstamos se toman de todo en cuanto hay.

Sin embargo el principio se toma del campo de lo animado y de lo inanimado que sirven para dividir la semejanza en cinco clases, las cuales se pueden reducir a dos: “[...] la metáfora física (comparación entre sí de dos objetos físicos, animados o inanimados) y la metáfora moral (comparación de algo abstracto y metafísico, de algo de orden moral, con algo físico y que afecta a los sentidos, sea que la trasposición tenga lugar de lo segundo a lo primero o de lo primero a lo segundo.”

Críticas a la tropología

1.- La caracterización fuera de la denominación. Por principio, denominar lo entendemos como ponerle un signo a algo, lo cual va del objeto a la idea y de ahí a la palabra. Así, dentro de este marco teórico, denominar es ponerle nombre a una

representación que mantiene relación directa e inmediata con un objeto. Ahora bien, los tropos como la metonimia y la sinécdoque consisten en llamar algo de diferente manera, tal que no se pierda la relación con el objeto. Así, un niño puede llamar a un perro por el sonido que éste produce, en una relación de causa a efecto que al tener como base un objeto, sólo intenta nombrarlo.

Otra cosa diferente es la caracterización. El primer requerimiento es que aquello que se caracteriza o califica debe de ser nombrado con anterioridad. De esta manera si nombro a un cigarro clavo (para mi ataúd) no es que simplemente sea nombrado de diferente manera, sino que es comprendido bajo otra vía, es decir, se le hace presente bajo determinado aspecto. En este sentido al trasladar el nombre no sólo se desvía éste, sino que se desvía la forma de comprenderlo.

Pero el problema con lo anterior es que la palabra, en tanto nombre, no puede por sí misma caracterizar, dicho en palabras de Ricoeur: “¿Qué es el empleo metafórico de un nombre? Hacer de un hombre feroz tigre o de un gran escritor un cisne, ¿no es mucho más que designarlos con un nombre nuevo? ¿No es ‘llamar’, en el sentido de caracterizar, de calificar?” Si bien la metáfora no relaciona objetos sino ideas, tenemos al final de cuentas que las ideas son los objetos que ve nuestro espíritu. Una forma de entender lo anterior es diciendo que una cosa es el objeto que el espíritu ve y otra cosa lo que es provocado en el espíritu que ve, lo que nos hace entender que el objeto no sólo provoca una representación del mismo, sino una opinión, e incluso podemos decir que la representación cae dentro de ciertas valorizaciones. Esta distancia entre el objeto representado y la valorización del mismo hace, por lo menos, que la metáfora no dependa absolutamente de las representaciones de los objetos y por lo tanto de las palabras que portan su significación.

Si consideramos que la función de la metáfora es presentar algo con mayor viveza, tenemos la disyunción de si lo más vivo depende del objeto o de la valorización que se tiene del mismo. Admitiendo que lo más vivo no es algo en sí mismo sino algo que depende del contexto que lo enmarque, tenemos que este efecto se da mediante una relación. Si a esto añadimos que la metáfora no sólo afecta nombres sino adjetivos, verbos, etc., la palabra y el objeto que significa no crean la viveza efectuada por la metáfora.

De esta manera la opinión o valorización se separa del carácter de impresión instantánea que se tiene con el objeto y en este sentido su vía de expresión no puede ser una

palabra, sino una relación entre ellas, lo que propiamente es un juicio. La expresión de este es la proposición, la cual es la relación de dos ideas.

2.- Muy unido a la crítica anterior esta la capacidad de la figura de hacer imagen, en donde viveza también tiene la vertiente de sensible. Ejemplificamos esto con la definición de alegoría y ficción: La ficción es la presentación de un pensamiento con los rasgos de otro pensamiento, con el fin de hacerlo más agradable. La alegoría es una proposición de un doble sentido (literal y espiritual) que funciona al mismo tiempo. Como ya se dijo, mantener dos sentidos juntos es un acto del espíritu, sin dejar de lado que el sentido literal y espiritual se ha definido en relación a la proposición. Si se recuerda la definición de metáfora se puede ver en las figuras de expresión, antes mencionadas, un núcleo común: la presentación de un pensamiento bajo la imagen de otro para más sensible. De esta manera todos los tropos, aparte de expresar el pensamiento, le dan mayor viveza, o dicho de otra forma, les dan una forma exterior. Este carácter de la figura, nos dice Ricoeur, sólo se puede reconstruir dejando el plano de la denominación para unirlo al de la predicación.

3.- La tercera crítica se relaciona con el intento de clasificar la metáfora dentro de una relación con los objetos, como la relación entre lo animado y lo inanimado. Se puede ver que la clasificación es externa a la definición de la metáfora, la de presentar una idea con el signo de una más incisiva o conocida, la cual no contiene lo animado y lo inanimado. Realmente esta clasificación depende de una forma de clasificar la realidad, entre lo físico y lo moral. Si se dijo que la metáfora se clasificaba en relación a la naturaleza de las cosas, parece que primero se clasifican estas cosas y de ahí la metáfora. Esta puntualización personal nos hace volver al carácter de la metafórica inicial, en donde los campos reales de aplicación hay que derivarlos de los caracteres de vivacidad dentro de la opinión y no al revés, según indica Ricoeur, dicho de otra forma, el proceso metafórico engendra estos campos.

4.- El culmen de la necesidad de pasar al nivel de la frase queda expuesto en la diferencia entre uso forzado (catacresis) y metáfora libre o de escritor. Esto resalta lo dicho anteriormente. Que sea libre o forzada la metáfora corresponde al uso que se le da a la metáfora, al ser un acontecimiento del habla. Si la metáfora libre se vuelve habitual ésta tiende a volverse en su último momento metáfora forzada, porque se convierte en el

sustrato de la lengua. Esta habitualidad dada por el desgaste del lenguaje hace que las metáforas habituales (en medio del camino entre libre y forzado) pongan en evidencia el origen de los tropos, que es la disimilitud entre un lenguaje finito y lo infinito de la experiencia, en donde la desviación intenta suplir esta pobreza. Este continuo hace que sólo el uso pueda distinguir las metáforas de invención de las de necesidad, y el uso no se da en palabras aisladas sino en su configuración como discurso.

La crítica, así desarrollada, no sólo se dirige a la palabra sino al intento de clasificar este tropo dentro de un marco que intenta ignorar el aspecto contextual y de acontecimiento que se expresa en el juicio y en el que el lenguaje y la metáfora se desenvuelve. En este caso la crítica se dirige a una gramática fundada en una ideología en donde el juicio, como relación de ideas, parece estar encerrado dentro de la representación de objetos. Si esto fuera cierto sería factible, aunque sea en principio, determinar en una unidad teórica todas las figuras del lenguaje. Las figuras de una sola palabra (tropos) como desvío de denominación representan la base ideológica que Fontanier usa para sistematizar estos usos. Que la metáfora requiera, como se mostró, la expresión del juicio para empezar a analizarla, implica o bien que la metáfora no es un tropo de una sola palabra, o que la base ideológica dentro de la representación de los objetos y una estructura gramática auto-contenida no agota los usos del lenguaje. Aunque este asunto no se resuelve por completo hasta el final de la obra, podemos decir que la crítica 1 y 2 enfatizan el paso de la metáfora en términos de una palabra a un análisis en el plano de la proposición. Pero esto sólo es el corolario de las críticas 3 y 4 en donde el lenguaje no es un sistema auto-contenido, estando en mutua relación con el acontecimiento.

1.3. Estudio de la metáfora en la lingüística estructural

Aunque Paul Ricoeur estableció un diálogo muy temprano con el estructuralismo, el cual ha madurado a través de sus obras y se puede distinguir un doble movimiento que va de la crítica a la reapropiación como parte analítica de la interpretación.

En la época de *El conflicto de las interpretaciones* el movimiento crítico se dirige a la noción de sistema cerrado, que en su exclusión de la historicidad hace de su desenvolvimiento algo irreflexivo e inconsciente. Así lo define Carlos Emilio Gende:

“[...] un orden categorial que se ignora así mismo; de allí que, por ejemplo, no le sea tan extraño a la corriente estructuralista homologar ‘este espíritu inconsciente a la naturaleza’ [...]” Si una capacidad reflexiva quiere dar cuenta de aquello que posibilita la objetividad de un saber, así como los límites para agotar su objeto, ésta queda truncada al ser engullida en un sistema irreflexivo que es requerido como medio para la misma reflexión. La reflexión requiere el medio del lenguaje, ¿pero cómo podemos reconocer determinada interpretación u objetivación del mundo como propia, si estas mismas determinaciones son parte de la estructura de la lengua? La clave está en el análisis de la metodología que crea un objeto homogéneo para su estudio, dejando fuera la historicidad de la realización del lenguaje en habla. Bajo esta exclusión es posible la reducción del espectro lingüístico en un formalismo.

Para poder dar cuenta de estas interpretaciones y reconocerlas como propias, se apela a la parte no formal del lenguaje, a su dimensión de acontecimiento realizada en el habla. La parte temporal empieza a desarrollarse cuando consideramos que toda interpretación requiere un intérprete que se confronte con una obra. A su vez tanto el intérprete como la obra se realizan en el marco de una sociedad y una cultura, arrastrando la historicidad en el elemento formal del sistema: “[...] la temporalidad de la tradición y la interpretación mostrarían que no alcanza con un principio de totalización lingüística, como sistema completo y cerrado de relaciones, para alcanzar el sentido de las palabras [...]”

La inclusión de la temporalidad, que asciende de lo particular a la dimensión social-cultural, encuentra su mayor oposición del aspecto formal con el concepto hermenéutica de pertenencia. De esta manera, si el estructuralismo plantea esta objetividad radical, el concepto de pertenencia presenta la condición anterior a cualquier división entre el sujeto y el objeto, en la historicidad que permite que algo sea revelado y posteriormente objetivado.

En *Del texto a la acción*, Ricoeur intenta hacer del análisis lingüístico una fase de la comprensión de un texto (fase de explicación) en donde se parte de la estructura de los códigos que rigen la formulación de las obras como un sistema auto-contenido, representando un momento de objetivación. Si consideramos que las ciencias humanas aplican metodologías para consolidar y estudiar su objeto, la explicación también es una fase en el que el diálogo con estas disciplinas y con su labor epistémica se encuentra con la

tarea filosófica, específicamente, para Ricoeur, el movimiento hermenéutico de la comprensión.

Finalmente, la explicación no es el único objetivo de la confrontación con una obra. Como es sabido, la fase de comprenderse dentro de una pertenencia consiste en explicitar este horizonte, así como las condiciones de posibilidad para que este movimiento se realice. En general la reapropiación de la fase de la explicación se realiza por la necesidad de pasar por los modos de la objetivación hacia el horizonte que la posibilita, siendo, entonces, un movimiento de segundo grado con respecto a la pertenencia.

Ahora bien, podemos situar la importancia del diálogo con el estructuralismo dentro de este proyecto general, que funcionando sólo como guía, nos presenta una serie de problemas teóricos. El principal problema es que prácticamente toda reflexión y comprensión son atravesadas por la mediación privilegiada del lenguaje, por lo que mostrar que el análisis estructural es constantemente atravesado por la condición temporal de la realización del lenguaje en habla se vuelve en una tarea constante, principalmente para liberar este medio privilegiado dentro de un proyecto reflexivo.

Si no nos queremos quedar con la simple afirmación de la temporalidad del habla fundada en la crítica de la dualidad de la sincronía y la diacronía, este proyecto deberá llevarse a cabo dentro de estudios particulares y bajo la problemática de un único fenómeno, que en el caso de Ricoeur es la metáfora. Ahora bien, ya en *La metáfora viva* la crítica de Ricoeur sigue dos constantes:

Independencia de la lingüística. La crítica remite a la independencia de la lingüística estructuralista respecto a otras disciplinas. Considerando a la lingüística como el estudio de las lenguas, tenemos que bajo la descripción de éstas surgen modelos que detallan su funcionamiento deslindándose de prácticamente todas las disciplinas ajenas a la misma. Sin embargo no es ajena a una noción general sobre el lenguaje (las cuales unifican su objeto) ya sea sobre la naturaleza del signo o sobre las operaciones universales de toda lengua. Estas nociones generales dejan ver fenómenos correlacionados: por un lado el intento de explicar “todas” las operaciones del lenguaje bajo nociones generales y por el otro el remitir a aspectos que se toman como no lingüísticos, pero cuya explicación son requeridos para formular la constitución de la lengua. Bajo esta correlación, y siguiendo la exigencia de independencia de otras disciplinas, todos los aspectos del lenguaje que puedan

tener relación con aspectos no lingüísticos (v.g., la relación con el mundo de las representaciones, de lo social, del pensamiento, etc.) se excluyen para dar cuenta sólo de su estructura.

Este planteamiento se adelanta a la posible duda que platee que es imposible explicar todos los aspectos del lenguaje de manera formal, aunque nos interroguemos por su independencia con el aspecto extralingüístico. Otra consecuencia de este planteamiento es que en algunos casos no sólo se marca la independencia sino que el aspecto no formal parece contenido dentro del aspecto formal, como si el pensamiento, lo social, lo psíquico y otros caracteres que consideramos como no lingüísticos se realizaran como simple producto de la estructura de la lengua. En este contexto la estrategia crítica de Ricoeur es mostrar, en aspectos singulares, la dependencia de los análisis lingüísticos con otras disciplinas y posibilitar su acercamiento.

El aspecto temporal del lenguaje. El aspecto temporal del lenguaje se refiere al uso del lenguaje como habla, el cual al realizarse como acontecimiento quiere dar cuenta de los sucesos de nuestra experiencia. Este aspecto está muy unido a la parte no formal del lenguaje, siendo precisamente lo temporal lo que puede dar paso a la primera crítica.

Esta característica temporal adquiere una defensa formal en el tema de la metáfora. Consiste en dividir dos aspectos del lenguaje bajo dos constituyentes, de tal manera que el aspecto virtual del lenguaje tiene como centro la palabra y el aspecto discursivo, es decir, de acontecimiento, se centra en la frase. La resolución obvia de esta división consiste en que si la metáfora pertenece a una estructura de la denominación centrada en la palabra, entonces se puede explicar dentro del sistema virtual, si por el contrario la metáfora es parte de una relación que se realiza en la frase, entonces pertenece al plano de la atribución y por ende al acontecimiento temporal. Finalmente si la metáfora pertenece a una interacción entre la frase y la palabra, significa que pone en juego el aspecto virtual del lenguaje con su aspecto discursivo.

Semiótica y semántica

Para dar cuenta de esta distinción de niveles partimos del desarrollo de la lingüística. Por principio la lingüística trata de conceptualizar el lenguaje, para poder estudiarlo tal como se

hace con los objetos de la ciencia. Este movimiento intenta hacer de un hecho fugaz una materia concreta que se pueda disecar y cuyos niveles y partes son aislables. En este sentido, nos dice Benveniste, que la lingüística en su pugna científica quiere constituir su objeto, definir como lo examina y los métodos para estudiarlo.

En este ideal cientificista el lenguaje tiene que dejar de ser objeto de especulación y pasar a ser objeto de observación. Así se cree que la observación rigurosa necesita una técnica para poder describir y explicar el funcionamiento de su objeto, haciendo que cualquier presupuesto teórico o histórico sobre.

Pero el mismo ideal crea las condiciones para que el objeto sea visto de modo científico. De esta manera se limita el objeto a lo observable, a una lengua dada, acotándolo a sus elementos y a la relación entre los mismos.

De esta acotación surge la noción de sistema o estructura. Un sistema es una serie finita de elementos formales que se combinan según ciertos principios. Si consideramos que en realidad las lenguas no realizan todas las combinaciones posibles que puede haber entre los elementos, sino que se reducen a una mínima porción, tenemos que la variación de esta mínima porción en las lenguas le da cierta configuración específica a las mismas, es decir, formas particulares de relaciones entre los elementos, a esto le llamamos estructura.

En este punto hay dos formas de entender el valor que tienen los elementos. El primero los consideraría como datos objetivos independientes de la estructura, que pueden ser tomados aisladamente. La otra forma de verlos se logra al anteponer los elementos a la estructura, en donde los elementos no valen por sí mismos. Uno de los motivos por el que el estructuralismo opta por la segunda opción, es por el método que implican. En la primera opción habría que considerar la causa de este elemento autónomo, remontándose a espacios fuera de la lengua, como la historia o el mundo de las representaciones. Bajo la segunda consideración sólo se parte de lo lingüístico, la estructura observable que le da valor relacional a cada elemento. Al desprenderse de toda consideración extralingüística se crean dos dimensiones, una que se refiere a la estructura, la sincrónica, y otra que se refiere al uso temporal del lenguaje, la diacronía.

Ahora bien, en el análisis estructural se encuentran cierta morfología de las palabras. Al estudiar la forma interna de las palabras se encuentra que estas son finitas y que por consiguiente son clasificables, mostrando leyes de transformación o el proceso de

formación de palabras. Si consideramos que la estructura lingüística mantiene un equilibrio entre los elementos, de manera que lo que afecta a un elemento afecta al conjunto, vemos que tras un desequilibrio dado se gesta un proceso de reestructuración del sistema, formando una nueva disposición. Con estos principios se puede dar cuenta de la sucesión temporal desde el análisis sincrónico. En efecto, independientemente de lo que afectó al sistema, lo que importa es el desbalance creado y las operaciones internas de la estructura que la restablecen. Asumiendo lo anterior se puede analizar el aspecto temporal, es decir, la diacronía, por medio de la sucesión de sincronías, viendo que partes del sistema ha cambiado entre dos sincronías sucesivas. Así el espectro del cambio (*i.e.*, la diacronía) se mide mediante la estructura.

Bajo estos conceptos no hay más en la lingüística que signos y la relación entre signos. Dejando fuera, intencionalmente, otra cosa que no sea esta interacción interna, sucede que el signo sólo puede tener significado mediante su relación con otros signos, tal que no hay nada sustancial. La naturaleza de esta relación es bilateral, entre una imagen acústica (significante) y un concepto unido al sonido (significado). Esto no puede ser de otra manera, por ejemplo el sonido “taza” está asociado con el concepto de taza. Si bien en mí interior se siente muy necesario este lazo entre sonido y concepto, esta relación no se sustenta en el objeto representado, ya que otro sonido podría asociarse con el mismo concepto, tal como las diferentes lenguas del orbe lo demuestran.

Partiendo de estas definiciones la separación entre lo semiótico y lo semántico es consecuencia de la necesaria distinción entre los niveles empleados en el análisis lingüístico. Dentro de la semiótica el estudio inicia delimitando los elementos según las relaciones que las unen: la segmentación y la sustitución. Digamos que una palabra se segmenta en partes constituyentes, sus fonemas. Al segmentar de esta manera la palabra se pasa a ver qué sustituciones acepta y al extenderse de manera exhaustiva se llega a tener el total de sustituciones admisibles, primero de un signo y después de todos los signos de una lengua dada.

Partiendo de aquí se analizan sus relaciones; por un lado está la sintagmática, que es la relación de los elementos que se encuentran simultáneamente presentes. Por otro lado está la relación paradigmática, la cual relaciona los elementos del mismo tipo que no están presentes, pero que son susceptibles de ser sustituidos. Este es en general el método

distributivo, el cual consiste en segmentar sus elementos identificándolos al poder ser sustituidos por elementos del mismo tipo.

Aparte de la relación distribucional está la integrativa que intenta dar cuenta de cómo diferentes unidades pueden formar una unidad de grado superior, por ejemplo, como los fonemas forman palabras. Esto da la noción de sentido; un elemento es significativo si puede ser integrado en un nivel superior. Por ejemplo, la palabra filosofía puede formar parte de un nivel superior, por lo que tiene sentido, pero la palabra filosotía no.

El nivel superior que integran las palabras es la frase, la cual tiene características específicas. Por un lado no se deriva de sus partes, aunque las palabras que la forman la constituyan. Esto quiere decir que la frase forma un todo completo en donde su sentido se encuentra repartido entre sus constituyentes. El resultado de lo anterior es que la frase no se puede segmentar. De la misma manera no se integra en niveles superiores, porque si bien se puede encadenar frases éstas no crean, por este hecho, una obra.

A partir de este punto se puede distinguir la forma y el sentido. La forma es dada por la reducción de una unidad lingüística a sus constituyentes, es decir, se define como la capacidad de disociarse en elementos constitutivos de nivel inferior, mientras que el sentido es la integración de la unidad lingüística para formar una unidad superior. De aquí surge un primer argumento que intenta distinguir el nivel semiótico y el semántico. Este consiste en que la característica de la frase es ser una proposición. Esta única caracterización hace que la oposición a otras unidades no ocurra, ya que sólo existe una forma de proposición, la predicación. Si bien la forma es clara y única (ser predicado) los diferentes predicados posibles parecen incontables. De lo anterior se sigue que el análisis distributivo sea limitado, al no poder aplicarse más allá de las entidades mayores que las palabras. Algo parecido se puede decir del método integrativo, ya que su integración en una unidad mayor, como un discurso, no sólo depende de que este bien formada (que tenga forma predicativa), ya que la concatenación de frases, por sí misma, no crean una obra. Si estos análisis, propios de la semiótica, no son suficientes, se sigue que el estudio de la frase corresponde a otra disciplina.

Lo anterior también nos indica que la frase pone en juego otro tipo de relaciones. En el sistema semiótico la lengua es una relación entre signos, en donde estos son significantes si es que son parte de la estructura, tal que la estructura les da su significado.

Pero esta caracterización del lenguaje como sistema de signos sólo muestra uno de los aspectos del lenguaje, no su realidad total. La frase, sin embargo, no es un signo, ya que obtiene su sentido en el uso particular en que es empleado. Es lo que indica Ricoeur cuando menciona que la progresión de niveles no es lineal.

Ahora bien, cuando en lingüística nos referimos a sentido, sólo nos referimos a la capacidad de los elementos de cierto nivel de formar una unidad de nivel superior. En el caso de la frase es suficiente decir que esta tiene un sentido, cuando se le identifica como realizando una función proposicional. Pero el sentido tiene otro significado, en tanto que ya no preguntamos si tiene sentido, sino que preguntamos cuál es su sentido y esto tiene que ver con el mundo de los objetos en circunstancias específicas y no con la inmanencia de la lengua.

Lo anterior provoca la distinción de dos disciplinas, la semiótica (su unidad es el signo) y la semántica (su unidad es la frase). Bajo la delimitación de estos órdenes (semiótico y semántico) se señalan los rasgos distintivos del discurso cuya unidad es la frase, según lo expone Ricoeur.

1.- Todo discurso se produce como acontecimiento y se comprende cómo sentido. Decir que el discurso es un acontecimiento es decir que se realiza en el tiempo y en un presente, mientras que el sistema de la lengua es virtual. Es un acto concreto en donde el lenguaje se actualiza por un locutor. Este hecho fugaz, sin embargo, puede ser identificado y reconocido. A su vez puede ser repetido y transmitido (característica de la instancia de discurso) no el acontecimiento sino su sentido y no como parte de un sistema, sino como hecho fugaz que ha sido aprendido en su sentido. Esta característica de identificación y de repetitividad hace que el enunciado haga perdurar el acontecimiento para su posterior comunicación.

2.- Función identificadora y predicativa. La función identificadora dice que toda proposición se refiere a individuos (sujetos lógicos). Así el lenguaje puede identificar a una cosa por los siguientes medios: nombre propio, demostrativos, pronombres y descripción definida. Mientras que la función predicativa caracteriza a estos sujetos lógicos: las cualidades adjetivas, las cualidades nominalizadas, clases de pertenencia, relaciones y acciones. Así el lenguaje se refiere a cosas que existen, al hablar de lo que es (aunque sea potencialmente o existencia neutralizada como la ficción) el lenguaje demuestra su poder

de denotar cosas, en tanto que habla de individualidades. En cambio la función predicativa se refiere a lo universal. Según Ricoeur la semiótica realiza la función genérica, digamos universal, de manera que no se refiere a lo individual ni a lo circunstancial. En cambio la semántica puede tener aplicaciones particulares dentro de circunstancias. La frase, de esta manera, aunque su predicado sea universal, se realiza en el presente bajo circunstancias específicas, tal que en su referente es susceptible, en ciertas circunstancias, de verdad o falsedad.

3.- Actos de discurso, locución e ilocución. El acto locutivo es el acto de decir, que es lo que hacemos cuando relacionamos la función individualizadora y la predicativa. El acto ilocutivo es lo que uno hace al decir, en donde no se afecta la proposición pero sí su fuerza. De esta manera puede ser un mandato, constatación, disgusto etc., en donde se distingue la constatación y la performación. La performación es cuando me comprometo a una acción (la promesa). En la constatación me comprometo de otra manera, en cuanto creo lo que digo. Así, dice Ricoeur, los actos del habla permite considerar elementos del lenguaje como psicológicos.

4.- Sentido y referencia. Esta característica distingue lo que se dice de aquello sobre lo que se dice. El ejemplo paradigmático es $A=B$, en donde tienen sentidos diferentes, pero sin embargo apuntan a un mismo referente. Esto se opone a la afirmación de la inmanencia del lenguaje, en cuanto los signos sólo remiten a otros signos dentro del sistema. En la frase el lenguaje se trasciende hacia la referencia. Así lo semiótico sólo conoce relaciones intralingüísticas y la semántica incluye relaciones extralingüísticas, la relación entre el lenguaje y el mundo cuando el lenguaje funciona como mediador.

5.- Referencia a la realidad y referencia al locutor. Al ser la referencia dialéctica no sólo indica el mundo, una experiencia etc., sino que el locutor queda incluido en el acontecimiento del habla. Esto se hace por las formas auto-designativas, como el “yo” que como forma eidética me relaciona en el presente del discurso, cuando el discurso se autocalifica temporalmente.

6.- Distribución de lo paradigmático y lo sintagmático. El plano paradigmático une signos que son equivalentes y pueden ser sustituidos, tal que son un grupo de unidades que se excluyen y compiten para manifestarse, y por lo tanto competen a la semiótica. En cambio la relación sintagmática es horizontal. Así lo sintagmático se relaciona con otros

elementos presentes y lo paradigmático con elementos ausentes. De aquí se sigue que el enunciado metafórico es una especie de sintagma (compete a como los elementos presente en la oración se interrelacionan). De esta manera, dice Ricoeur, que el sentido depende de la acción que las palabras ejercen sobre otras dentro del enunciado.

Metáfora y denominación

La semiótica clasifica a la metáfora dentro de los tropos de una sola palabra, consistiendo en una desviación por semejanza. Esta clasificación está estrechamente vinculada con los postulados de la vieja retórica. Aunque los principios de ambas disciplinas son en todo diferente, el lazo con la antigua retórica se logra al considerar al signo desde una perspectiva saussuriana, en donde el signo es una palabra. Aunado a esto tenemos que los postulados estructuralistas no consideran la división entre semiótica y semántica, tal que todos los niveles del lenguaje, que parten del signo y a sus relaciones, son homogéneos y compete a una sola ciencia estudiarlos. La primera interrogante con la que nos encontramos es si la metáfora es una forma de denominación, de llamar a las cosas, acción que puede corresponder a un signo con independencia del predicado que lo contenga. Para entrar en este problema Ricoeur analiza la teoría de Hedwing Konrad, la cual centra el análisis de la metáfora en la denominación.

Por principio se marca una igualdad entre la significación de las palabras y los conceptos, posición que va en contra de la asociación de la significación de las palabras a una falta de precisión y a una apertura de sentidos multívocos. Para marcar esta igualdad el concepto no tiene la función de generalizar objetos.

La primera función del concepto es individualizar, en tanto que lo reconoce y lo define. Acotándolo a la función sustantiva del concepto, tenemos que este simboliza a una estructura. La estructura es la relación entre los atributos del objeto en cuestión, tomando preponderancia los atributos únicos y dominantes. Ya delimitado el objeto, las representaciones del mismo pueden tener un lugar específico dentro de nuestra experiencia. De esta manera un sustantivo simboliza una estructura individual y hace que cada una de las representaciones del objeto tenga un lugar determinado y una relación con los demás objetos. Así tenemos que una palabra, digamos montaña, es una estructura individual que

delimita la representación de una montaña, es decir, si podemos identificar una montaña es porque la estructura distingue esta individualidad, asunto contrario sería que significara varios objetos. Así mismo el contexto en donde se encuentra el objeto es posterior a la estructura conceptual, por lo cual recae en la individualización la capacidad de clasificar los mismos, siendo la abstracción conceptual lo que subyace al uso normal de las palabras. Uno de los problemas que tiene esta teoría es el de la polisemia, ¿Cómo es posible que una palabra que representa una sola estructura tenga más de un sentido?

Dejando momentáneamente de lado el problema de la polisemia tenemos la operación inversa de la abstracción conceptual, la denominación metafórica. Hay dos características que difieren en estas dos abstracciones. Un primer carácter es que la abstracción conceptual remite al uso común de las palabras, mientras que la denominación metafórica se desvía de este uso. El segundo es que mientras el concepto utiliza todos los atributos para clasificarlos, la denominación metafórica elimina varios atributos. Un último punto, antes de entrar propiamente a la teoría, es que el cambio de sentido realizado por la metáfora ni es arbitrario ni remite a un esfuerzo individual, por lo cual no dependen del espectro socio-psicológico. Al no depender de estos factores, el cambio realizado se sustenta en “leyes universales de estructura” por lo que es una transformación involuntaria contenida en la propia lengua.

Ahora bien, la denominación metafórica consiste en abstraer de una estructura varios atributos. El ejemplo de Ricoeur es llamar a una “cola” fila, en donde el único atributo que no se abstrae es la forma alargada. Al realizar este movimiento se crea una generalización. Mientras que el concepto se refería a una estructura lógica, el sustantivo metaforizado se convierte en el nombre de un atributo, es decir, el nombre metaforizado trasporta un atributo general concretándose a todo objeto que tenga este atributo, siendo el término en cuestión el más apropiado para simbolizar el atributo.

El último rasgo se refiere a la función generalizadora de la metáfora, en donde la metáfora realiza una clasificación. En la metáfora el sentido propio y la trasposición se relacionan por el recurso de la semejanza. Otra forma de decirlo es que estos dos sentidos se unen, por medio de una semejanza que los engloba por una intención genérica. Por ejemplo, nieve y leche, por su atributo dominante blancura, estarían clasificados en el género de objetos blancos. Por este motivo la semejanza es dependiente del atributo

abstraído, el cual funciona de lazo para la clasificación. Esta referencia a la intención genérica es lo que hace que la metáfora esté en medio de la clasificación conceptual (lógica) y la clasificación basada en rasgos aislados. De esta manera la función de la metáfora sería: “La metáfora denomina un objeto con la ayuda del representante más típico de uno de sus atributos.”

Críticas a la teoría de la denominación

La teoría de denominación crea una dicotomía al separar las metáforas lingüísticas (la ya expuesta) y las metáforas estilísticas. La metáfora estilística, al contrario de la lingüística, no intenta denominar algo, sino presentarlo de manera diferente. Para lograr este efecto varios objetos se encuentran de manera novedosa mediante la creación de una nueva relación. El problema que surge es el de coordinar ambos motivos de la metáfora, el de delimitar y el de crear una nueva impresión, con una teoría de la denominación, en donde dos críticas pueden ser aplicadas a esta teoría.

1.- La amplitud de la denominación. No es del todo erróneo decir que la metáfora nombra y en este sentido denomina. Puedo decir, por ejemplo, “la noche es un manto” y en efecto nombro a la noche manto, en una metáfora en *in presentia*. Puedo, de igual modo, decirle a un conocido “burro” y por lo tanto lo nombro en una metáfora *in absentia*. Si bien no se duda de que un nombre surja de esta relación, cabe preguntarse si esto es lo importante. En el caso de la primera metáfora estaría clasificando la noche en el género de cosas que cubren, al olvidar todos los demás atributos. Pero también se puede entender esta frase como un intento individualizar, en tanto que le atribuyo a la noche la característica de cubrir, descubriendo algo nuevo en ella, el “como si cubriera” y esto lo hago por medio del atributo del segundo término que marca una semejanza, cuyo producto secundario es el nombre atribuido. En este sentido al nombrar metafóricamente algo realmente le doy un carácter. Por este motivo la denominación parece ser muy amplia, teniendo dos ramas diferentes. Una cosa es llamar a algo de otra forma, (llamar a una cosa P) y otra caso es predicar algo de esa cosa (predicar P de una cosa). Esta sutil diferencia pone en juego la naturaleza misma de la metáfora. En el primer caso corresponde a un funcionamiento lógico en el interior del lenguaje y aunque involucra la forma en que denotamos el mundo,

se aleja un tanto de la experiencia que tengamos del mismo. En la atribución, por el contrario, su aplicación sólo es posible en una predicación, y el efecto que esta pueda tener (más allá de cómo se constituya un lenguaje dado) en la manera en que ordenamos nuestras experiencias, involucra las seis características de la frase, y por lo tanto no es explicado por medio de la denominación.

2.- La metáfora fuera del sustantivo. La segunda inconsistencia de la teoría de la denominación sucede cuando se analizan metáforas de verbos y adjetivos. En la teoría de Konrad, los verbos y adjetivos son funciones del sustantivo y su abstracción metafórica consiste en olvidar a que sustantivo se aplican (v.g., decirle a un pensamiento débil). En este caso es evidente que no hay una simple denominación ni una sustitución, sino una interacción entre dos elementos.

Esta interacción también afecta la supuesta sustitución. Si bien por falta de una palabra para nombrar algo o por la lexicalización de una metáfora, sucede una sustitución de términos, esto no explica la génesis del proceso sino uno de los posibles resultados finales. En el ámbito de la interacción entre los signos tal vez sólo se pueda observar una sustitución entre ellos, pero en el proceso que la engendra parece estar contenido el ámbito temporal. Así en las metáforas con la forma P es R, (*in presentia*) no hay término remplazado sino un término subordinado dentro de la frase.

Si consideramos que las metáforas que denominan son lexicalizadas o muertas y si el proceso que las engendra son acontecimientos del discurso, entonces es posible que la misma denominación surja del proceso metafórico, que fuera del sistema lexical se presenta como innovación, siendo el residuo de la teoría de la denominación.

La polisemia

¿Se puede explicar la innovación semántica desde la estructura semiótica? Stephen Ullmann clasifica la metáfora como un fenómeno histórico, al ser una figura que realiza un cambio de sentido. Pero lo anterior es estudiado desde una perspectiva estructuralista, es decir, sustenta el estudio sincrónico sobre las bases de un estudio diacrónico.

Esta explicación inicia haciendo de la palabra el centro de la significación, lo cual provoca que el significado de la palabra no se relacione con el concepto ni con la frase.

Por el contrario la palabra tiene un sentido lexicalizado que permite saber el significado de una palabra aislada, realizar diccionarios, nombrar cosas y dar su equivalente en otro idioma, en fin, sin importar el contexto las palabras significan unos referentes y otros no, en donde el contexto no modifica la estructura significativa.

Aún bajo la dificultad de identificar la función que realiza una palabra con independencia de la frase (*v.g.*, nombre, verbo, etc.) o el problema de las palabras que no tienen significación por sí mismas sino en relación con otras, el estatuto de la significación es saussuriana, en tanto que el significado es la contrapartida de un significante en un sistema. Así, un sonido se identifica con un estado en el espíritu, tal que en exclusión del referente es el sistema el que hace que el significante quiera decir algo.

Esta teoría la recupera Ullmann con la terminología *name-sense*, en donde el significado o *meaning* de la palabra es la composición de ambos, en una relación reversible y recíproca. A su vez el nombre-sentido permite que cada palabra y cada sentido tengan un campo asociativo que posibilita las relaciones de contingencia y semejanza. Esta relación no es biunívoca (*i.e.*, un nombre para un sentido), lo que da paso a la sinonimia (*i.e.*, un sentido varios nombres) y a la homonimia (*i.e.*, un nombre varios sentidos) que es casi idéntica a la definición de polisemia.

Para que el juego de sinonimia y polisemia sea posible es necesario que el lenguaje no sea del todo ordenado y definido, a lo que se le llama *vagueness*. Esto indica que no hay una clasificación implícita en el lenguaje, y que las palabras de uso cotidiano sólo mantienen entre ellas un parentesco de familia. Si es el caso, indica Ricoeur, la polisemia sería una forma más ordenada que la imprecisión lexical.

Para que exista la polisemia y la sinonimia la identidad semántica debe de ser parcial y no sólo una estructura de oposiciones. En la sinonimia, por ejemplo, las palabras no sólo se diferencian mutuamente, sino que los campos semánticos en donde se definen no deben de estar cerrados. En el caso de la sinonimia suele pasar que una palabra no se usa en determinado campo semántico pero puede haber una palabra sinónima de otro campo que sí, haciendo ver que los campos se interfieren mutuamente. Esto nos lleva a decir que el empleo de un sinónimo depende de sustituirlos en determinados contextos y que su posibilidad es la convergencia de sentido y la identidad semántica parcial, caso que permite tanto la sinonimia así como la polisemia.

Ahora bien, es indudable que para que se realice la polisemia las palabras tienen que admitir diferentes acepciones según el contexto, de manera que una palabra debe encerrar en su interior cierta heterogeneidad, sin que por ello se destruya la identidad de la misma. Hay cuatro razones para que la identidad se mantenga: son numerables e identificables las acepciones, se pueden clasificar según clases de contextos, pueden ser ordenadas jerárquicamente y el locutor percibe una identidad aún bajo la pluralidad de acepciones. Bajo estas características recae la economía del lenguaje, que mediante un grupo limitado de signos puede hacerle frente a una gran pluralidad de experiencias, mientras que el contexto hace que las significaciones de las palabras usadas en un discurso sean relativamente unívocas.

Teniendo esto en cuenta la metáfora no puede más que pertenecer a una semántica histórica. El principal motivo es que los cambios de sentido son innovaciones individuales e intencionales. Por otro lado estas innovaciones son repentinas, sin gradaciones, caso contrario con otros tipos de cambios que se realizan lentamente. Pero aunque los cambios de sentido sean parte de una semántica histórica, la lingüística descriptiva da el fundamento de su aplicación.

Ya mencionado la imprecisión de los campos semánticos y lo poco sistemático del mismo, otro fenómeno que permite la innovación es el carácter acumulativo de las palabras. Este carácter hace que las palabras pueden cargarse de otros significados sin que pierdan los anteriores, mostrando el influjo de la actividad individual y social de la lengua.

La explicación de la metáfora parte de que los campos asociativos pertenecen a la lengua, como sedimento cultural. Estos campos actúan sobre los sentidos y los nombres, lo que permite sustituciones psicológicas con dos vertientes: la contigüidad (metonimia) y la semejanza (metáfora). Para que la sustitución se lleva a cabo se realizan los siguientes pasos: todo empieza por el esfuerzo de expresión (no por la asociación psíquica). Ante este esfuerzo se utilizan las asociaciones contenidas en la lengua (asociación regular). Si no es suficiente la asociación lexicalizada entre sentido y nombre, la idea busca su manifestación asociando por semejanza o contigüidad, tal que la palabra que en el momento no es suficiente, es remplazada. De esta manera los campos asociativos, que están en el nivel del lenguaje, son la base que permite la asociación.

De lo anterior se sigue que si bien la metáfora es un fenómeno sincrónico, su posibilidad se encuentra en las características del sistema: la poca sistematicidad del lenguaje, el acumulamiento de sentido en las palabras y los campos de asociación, todos ellos características descriptibles de la lengua. Como se vio el paso de la estructura al fenómeno temporal se realiza por la mediación de una operación mental. Así, de la estructura a su innovación en el habla la mente tiene dos recursos de asociación.

Finalmente la metáfora encuentra una sumisión a la comparación de dos términos. La metáfora se considera una comparación abreviada, tal que al no hacer explícita la analogía se “reduce” a una imagen que identifica. Esta concepción de la metáfora en términos de una comparación abreviada encuentra privilegio en una semántica psicologizante.

Críticas a la explicación de la polisemia

La polisemia, en tanto que característica estructural de la lengua, no tiene críticas. Sin embargo la asociación psicológica, aún con la virtud de enlazar la sincronía y la diacronía, presenta los siguientes problemas.

El primer problema es la mezcla de lingüística y psicología que crean una reducción a la complejidad de las figuras y las relaciones. Parece que la simplificación de las asociaciones de inclusión y de exclusión a la contigüidad y esta de la sinécdoque a la metonimia reduce una diferencia lógica (coordinación y subordinación) que aunque económica, no implica que sean los mismos fenómenos. Si bien alguna operación psicológica se tiene que realizar en una expresión singular, no hay motivo para reducir el fenómeno de innovación a asociaciones y estructura lingüística. Ejemplo de esto se dará cuando la semejanza obtenga un estatuto lógico.

El segundo reclamo es hacia la teoría de la sustitución, la cual domina la explicación de la metáfora. La asociación opera con elementos (sentidos y nombres) identificando la comparación con la sustitución. Así, la sustitución da paso a una nueva denominación, como si la asociación psicológica sólo sustituyera formas de nombrar. En este sentido la innovación, fruto del esfuerzo de expresión, se reduce a motivos estilísticos y emocionales. En general esto pasa porque el juego recíproco entre nombre y

sentido no se identifica, lo que hace que la asociación entre elementos deje de lado la misma relación creada. De esta manera la sustitución de nombre no es la innovación.

Agrego una última crítica. Queda claro que en la teoría de la polisemia la metáfora sustituye palabras y sentidos dentro de campos establecidos, así como la física y la teología se mezclan en la metáfora de “la partícula de dios.” En este sentido la metáfora, mediante la asociación de semejanza realiza una comparación. Si bien no es del todo erróneo este proceso, disimula la posibilidad de uno más fundamental, como que antes de existir un campo constituido (el de la física) éste tuvo que ser creado a partir de otros campos. Para ello se debió de torcer no sólo el significado de las palabras sino la interacción entre ellas. Aquí no había comparación posible, lo que más tarde indicará que la metáfora no sólo llega a comparar sino que crea la semejanza para que algo pueda ser comparado posteriormente.

1.4. Nuevo Estructuralismo

La aplicación del modelo estructuralista más puro es llevada a cabo por la nueva retórica, la cual consolida a la metáfora dentro de una teoría de la sustitución y con ello devuelve a la palabra el nivel de privilegio.

Las diferencias con el estructuralismo anterior son las siguientes: El signo pierde su relación con campos psicológicos y sociológicos, ya no se relaciona una imagen mental con un concepto y el entramado social de la lengua ya no se vincula con la memoria de un individuo. En general, en la disyunción forma-sustancia la sustancia sonora del significante y la sustancia psicológica del significado queda relegada para llevar el análisis dentro de la forma.

La segunda diferencia radica que la especie lexical concreta, la palabra, es sustituida por un análisis a nivel de sema. Un sema es un rasgo distintivo de un concepto, es decir, de lo que está formada la significación de la palabra. Por ejemplo, si consideramos el concepto “perro” tendríamos los semas de movimiento, vivo, cuatro patas, etc. Si consideramos el concepto “gato” tendremos casi los mismos semas, en donde tal vez tendríamos que añadir y quitar otros semas (el de bigotes por decir algo) aun así estas palabras tendrían un campo semántico en común dado por los semas compartidos. En este

nivel de análisis la constitución de las palabras es independiente de cualquier conciencia, no es el caso que primero conceptualicemos algo y luego lo nombremos, más bien a través de la adquisición de palabras adquirimos los elementos para conceptualizar y el concepto se constituye por la relación no consiente entre los semas. Este análisis también permite analizar procedimientos, en donde por medio de oposiciones binarias (grande-pequeño) se puede ordenar jerárquicamente la colección de semas, el repertorio en donde un locutor se expresa.

Partiendo de aquí la metáfora es una desviación de una sólo palabra, pero lo importante es que la desviación (que la metáfora representa) es una de las operaciones que se articulan en todos los niveles del lenguaje.

Uno de los problemas que tiene que resolver esta teoría es el grado cero del lenguaje, entendiendo por grado cero el lugar anterior a la desviación, en el caso que nos interesa se intentaría decir de qué es una desviación la metáfora. En efecto, ¿de qué hay desviación sino de un grado cero? Para Ricoeur este grado cero no existe y aunque el lenguaje funciona por desviaciones, es más factible encontrar el lenguaje figurado y el no figurado en un acto de interpretación realizado en la enunciación y no en el sistema. En general el problema de considerar al lenguaje no figurado como primitivo, es que todos los sentidos actuales serían figurados y por consiguiente sólo estudiaríamos los cambios del sistema, es decir, un estudio diacrónico. Aún con estos problemas cualquier modelo estructuralista tiene que postular la forma en que supone el grado cero. A continuación presentamos tres:

La primera forma de resolverlo es oponer un lenguaje real a uno virtual, en donde el lenguaje virtual se reduce a un estado mental. Así, aquello que primero fue pensado es el grado cero y la expresión de ese pensamiento es la desviación respecto de lo pensado. El problema con esta teoría se reduce a lo problemático de testarla, tal que la única forma de llegar a este grado cero es bajo el supuesto de que sea traducible, en tanto que es posible restablecer el pensamiento detrás de la expresión. Sin embargo, la prueba de la traducibilidad supone que existe una desviación de la expresión respecto del pensamiento, principalmente desviación de signos y palabras. En este sentido se supone lo que se quiere probar.

La segunda forma de establecer el grado cero es por medio de un grado cero relativo. En este caso se toma como referente el lenguaje científico, ya que se supone que es el lenguaje menos marcado por la figura. Aunque sólo es una aproximación ideal, la suposición de una prosa absoluta, cuyo contenido (la información que se quiere transmitir) no es afectada por la expresión del mensaje, requiere el recurso de la traducibilidad en donde se asegura la identidad de la información. Para Ricoeur esta forma de medir la desviación da sólo un equivalente de la conciencia del lector. Por principio se asume lo que se entiende por un discurso con desviación, digamos un hecho poético ya consagrado y a éste se le expone una medida externa del discurso poético.

El último modelo de grado cero se basa en los grados distintivos, los semas. Esta teoría diría que el grado cero es la reducción del lenguaje a sus semas esenciales, dejando fuera la manifestación de la lengua y por consiguiente la conciencia de un locutor, suponiendo una base que experimenta desviaciones. El primer problema es que la desviación se realiza y experimenta en la manifestación. Esto supondría una base que no recibe modificaciones y otra en donde recaen las desviaciones. En este sentido sólo de la expresión figurada se podría restituir el grado cero. Así, la base susceptible de desviación es la conformada por semas no esenciales, que por factores subjetivos hacen que la manifestación no coincida con éste. En este sentido esta teoría tendría que determinar los semas no esenciales.

Un último problema se relaciona con el prejuicio que contiene la definición de figura. Por principio al plantearse lo que significa desviación y con ello el significado de la figura nos encontramos con que ella misma es una metáfora. La palabra figura primero se aplica a cuerpos refiriéndose a sus contornos o rasgos. Estrictamente hablando un discurso no tiene figura y más bien expresa los rasgos por lo que se aleja de una expresión simple. De la misma forma remite a una espacialidad, como algo contenido por una forma.

Otra forma de definir la figura nos lo da el análisis de los seis factores de la comunicación. Así, Roman Jakobson establece que la función poética es la que acentúa el mensaje en donde el contorno se establece por dos formas de ordenar los signos, selección y combinación. En la poesía, por medio de un procedimiento de equivalencia, se usan las dos formas de ordenar los signos. Este ordenamiento de signos se concibe por medio de

secuencias parecidas, específicamente las fónicas y las rimas. Esta adherencia del sonido al sentido es lo que crea una figura, como una especie de corporeidad.

Ahora bien, la noción desviación de espacialidad se encuentra entre el mensaje y los objetos. En la poesía la acentuación del mensaje se realiza minimizando la función referencial, de tal manera que el mensaje poético no señala un objeto. Este acento en el mensaje por sí mismo le da una especie de existencia autónoma, que al no ser un útil para llegar a algo no es desdeñable en cuanto su función se cumpla, tal que se puede conservar como algo corporal. Esta idea se encuentra en Tzvetan Todorov, en donde desaparecida la mediación a una referencia el discurso, éste se designa así mismo. Esto lleva a la oposición entre un lenguaje opaco y uno transparente. El transparente es el que no tendría figuras y por lo tanto deja visible la significación. Por el contrario el discurso opaco estaría tan lleno de figuras que no deja ver ninguna realidad.

Gérard Genette establece que la desviación se da entre el signo y sentido virtual en un contorno que es el espacio dibujado por el escritor. Bajo esta teoría toda metáfora es traducible y por lo tanto también debería de ser traducible la metáfora de la figura. El autor no lo hace, según Ricoeur, ya que el excedente de sentido no pertenece a la denotación sino a la connotación, es decir, lo que no se puede traducir es su valor afectivo. En general la metáfora denota la distancia entre la letra y el sentido y denota un régimen cultural con función auto-significante, tal que la espacialidad es un lugar connotado, dice Ricoeur, manifiesto más que designado, hablante más que hablado. Todas estas interpretaciones acentúan la auto-designación del mensaje poético, en donde toda referencia a la realidad es abolida. Con celo profesional Ricoeur dice que esta es una decisión sobre lo que la realidad es, lo que va más allá de los recursos de la lingüística y de la retórica y que compete propiamente a la filosofía.

Para Ricoeur estos autores ven en el discurso que connota una forma genérica, entendiendo por genérico su reducción al carácter de auto-significación. Una forma no genérica de abordarlo sería mediante el estudio de cada connotación en cada poema, digamos un valor efectivo singular, que como se verá, no es sólo una emoción subjetiva sino ontológica. Así el prejuicio que subyace a la noción de figura es el que dice que sólo el discurso científico denota, lo cual es solidario de la información nula de una teoría de la metáfora-sustitución.

Reducción de desviación.

La posibilidad de la innovación semántica tiene un apoyo en la estructura polisémica de las palabras, pero se resiste a que su creación sea una asociación de ideas. Remplazamos este recurso psicológico por una reestructuración del sistema, preguntándonos por el lugar que ocupa el sistema en la innovación semántica. Con este estudio nos acercamos al fondo de la innovación semántica abordado desde el mecanismo que permite que surja y no tanto en aquello que lo desemboca. Lo que se intenta encontrar es el criterio mínimo para que algo sea llamado desviación. El criterio propuesto es la trasgresión de una regla, es decir, la desviación siempre es la violación de un código, que aunque sea una tendencia arbitraria deberá estar normada.

Un primer paso es no intentar clasificar las figuras, sino encontrar el núcleo común a ellas. Este estudio se examina en dos niveles, fónico y semántico. El fónico tiene dos funciones, la rima que se relaciona con la dicción y el metro que se relaciona con el contraste. En el nivel semántico son tres: predicativo (metáfora), determinativo (epíteto) y coordinativo (incoherencia). Lo importante de esto es que en un verso, con sus valores rítmicos y métricos, tienen a destruir el mensaje o como dice el autor “[...] con ello se rompe el paralelismo entre sonido y sentido [...]”.

Pero el mensaje no sucumbe del todo, aún en el verso se mantiene cierta inteligibilidad, como si en el poema una prosa se escondiera haciendo que el sentido permanezca. De lo anterior se sigue que la desviación fónica no es por sí misma una figura (piénsese en el poema de Parménides) por lo tanto la figura se encuentra en el nivel semántico. Si bien las palabras se sustituyen y la sintaxis es forzada para que se respete la rima o la métrica (desviación fónica) no se realiza una desviación a nivel del sentido. Si suponemos que cuando no hay desviación es porque la sintaxis es correcta y el predicado es pertinente con su sujeto, entonces la desviación se realiza (aún con una sintaxis correcta) cuando el predicado no es pertinente. Como este suceso acontece en el predicado, entonces el código de la desviación es del habla.

El esquema queda así: Primero se da una desviación, que es la trasgresión del código en el habla o la desviación fónica (no sólo rima y métrica ya que se agrega la

predicación incorrecta). Es del habla porque no se cambia o acrecienta el sentido de las palabras ya que sólo se hace una atribución (predicación). Esto hace que el código que se viole sea el sintagmático. El segundo movimiento, en este caso la desviación de la impertinencia realizada por la metáfora, radica en que una palabra cambia su sentido, en orden de que en la predicación se cree la inteligibilidad. Como es un cambio de sentido de la palabra tenemos que es un cambio a nivel de sistema de la lengua (paradigmático).

Esta interacción en dos niveles se coloca muy cerca de la teoría de la interacción, ya que la metáfora es de orden predicativo. Por otro lado la metáfora se vuelve genérica ya que esta interacción de los dos niveles es un carácter universal de toda figura. Sin embargo encuentra respecto de la teoría de la interacción cierta resistencia, ya que aunque la metáfora se realiza en la predicación, el cambio se realiza en el código, y en este sentido es un tropo de una sola palabra. La parte sintagmática y por defecto, propiamente predicativa es la impertinencia. Lo que falta a esta teoría es la nueva pertinencia producida por la metáfora, lo que podemos llamar pertinencia metafórica, y que al ser una innovación que se realiza en el habla es de orden sintagmático. En efecto la nueva pertinencia tiene su lugar en el interior del enunciado, tanto la impertinencia predicativa como el cambio de sentido del código lingüístico, resultando un nuevo sentido a nivel de toda la frase, o como dice Ricoeur: “La metáfora en cuanto tal es un caso de aplicación del predicado.”

Así la impertinencia brota en el plano sintagmático y la reducción de desviación opera en el código. Lo que falta es la nueva pertinencia la cual se reduce al plano emocional. Adelantándonos un poco al estudio podemos poner en términos más claros: En un inicio realizo una atribución, digamos “tus cabellos son noches de invierno”, en este caso hay una impertinencia de atribución, ya que en su sentido cotidiano invierno no es atribuible a cabellos. Pero aunque existe esta impertinencia el sentido aún puede ser rescatado.

La teoría que estamos revisando dice que ante una impertinencia se efectúa una reducción de la misma, o en términos formales una reducción de desviación. Esta reducción no la hace el oyente, ni la tradición (ni psicológico ni histórico), sino el sistema. Según esto hay una base inamovible, por un lado las operaciones que realiza el sistema y por otro los semas que constituyen a las palabras, los cuales son parte del sistema, no de su enunciación. Entre los semas que le podemos atribuir a noches está: oscura, misteriosa, etc., y de

invierno: frío, fin, etc. El sema que nos interesa en este caso es oscura y de la interacción de las dos palabras (noches de invierno) nos surge el sema largas (las noches de invierno son las más largas). Del lado de las operaciones sólo tengo dos: o suprimo o añado semas, tal que en el ejemplo suprimimos frío, misterioso, etc. Puesto en estos términos lo que se quiere decir con cabellos como noches de invierno es que tus cabellos son oscuros y largos. Así tenemos que el sistema, en tanto que conjunción de semas y operaciones implícitas ha rescatado el sentido, un sentido no creado sino encubierto, ya que la información es la misma, lo único que ha cambiado es, si acaso, el valor emocional.

Así tenemos que la nueva pertinencia desterrada del terreno de la información objetiva, en tanto nueva información, juega en el plano de la sustitución con carácter emocional. Esta limitante de la teoría de Jean Cohen es la implicación que corresponde a la parte sustitutiva de la teoría de la metáfora, en tanto que la reducción de desviación corresponde al sistema.

Críticas a la reducción de desviación

Por principio se acepta que la impertinencia sea predicativa, pero se critica que este hallazgo no llegue hasta sus últimas consecuencias. Es claro que al sistema le corresponde “arreglar” lo que el enunciado ha desarreglado, haciendo que el sistema se transforme (hecho que la polisemia atestigua) la duda es la siguiente: ¿La nueva inteligibilidad es creada por la corrección que el sistema ha hecho sobre sí mismo? o ¿primero existe una nueva inteligibilidad o la búsqueda de la misma, la cual se quiere expresar y por ello transforma el sistema? Para responder esta pregunta se debe especular sobre las consecuencias y los factores que motivan la impertinencia, lo cual sobrepasa lo puramente descriptivo y entra en un orden especulativo, asunto que al estructuralismo supuestamente no le debe interesar.

Así la impertinencia y la carga que pueda tener carece de importancia, el sistema funciona igual. Pero esta impertinencia surge desde el plano de la predicación, y por

consiguiente afecta a los seis factores discursivos, entre ellos la instancia del discurso que se relaciona con una experiencia temporal. Así el producto de la desviación de reducción tendría una relación con la experiencia y su conciencia. Ante esto; ¿Por qué decir que la ganancia semántica es puramente emocional? Esta es una decisión extra-lingüística, lo cual marca un corte con la lingüística y se encamina a otras disciplinas, fenomenología o psicología. La unidad emocional parece ser más un residuo, algo que no se explica y a lo que se le resta importancia, en donde el paso entre una desviación a nivel del habla y una restitución a nivel de sistema se dirige a un prejuicio positivista, en donde encontramos pocos motivos para explicar por qué no se dirige a una exterioridad, salvo la consecuencia metodológica que deja de lado la instancia del discurso (estudio referencial y heurístico de la metáfora). Poniendo en duda lo anterior el papel que juega el sistema en la innovación semántica es como medio, ya que esta se sigue realizando en la predicación.

Salvo esta aclaración la teoría del entrecruzamiento entre el nivel sintagmático y el paradigmático sostiene que la palabra sea el umbral entre ellos. Si tomamos en consideración que la innovación semántica es discursiva, le ofrece a la teoría de la interacción un nuevo elemento a considerar, el nivel del sistema, el cual no sustituye al contexto.

Análisis sémico

¿Qué pasa con el sistema cuando realiza una reducción de desviación? La teoría ya revisada sostenía que es el sistema el que realiza esta operación. Si esto es cierto entonces se debe de poder explicar lo que pasa en la estructura lingüística cuando la metáfora acontece.

En el análisis sémico la metáfora es una alteración de la organización sémica de un lexema. Por lo tanto lo que se tiene que resolver es el funcionamiento de la organización, lo que se hace al relacionar conceptos operativos como la desviación y la redundancia con operaciones simples, como añadir y suprimir. Al considerar que todos los niveles del discurso se realizan por estas operaciones la distinción semiótica-semántica desaparece. Esta heterogeneidad de modo descendente quedaría de la siguiente manera: La frase se compone de un sintagma nominal y uno verbal. El morfema es lo que clasifica si un

sintagma es nominal o verbal, entre otras. Los morfemas se clasifican por un lado en fonemas o en sememas (palabras) y los sememas en semas. Según Ricoeur esto hace que todas las unidades se saquen de elementos preexistentes y que se reduzcan a operaciones simples.

En esta continuidad de niveles se presentan cuatro operaciones que modifican el lenguaje (metábola). Metaplasma: modifica el aspecto sonoro o gráfico de las palabras o unidades menores. Matataxis: modifica la estructura de la frase. Metasememas: modifica la agrupación de los semas de grado cero, que es lo mismo que remplazar un semema por otro. Metalogismos: modifica el valor lógico de la frase. Todos estos cambios pueden ser descritos por operaciones simples que actúan sobre elementos.

Así, la metáfora es un metasemema, por lo tanto no es predicativo, consiste en una sustitución y en una desviación. Todo esto representa una réplica de los postulados de la retórica clásica, pero a un nuevo nivel de análisis. Primero tenemos que el grado cero viene determinado por la precisión de la información dada por el número de operaciones binarias requeridas para llegar a ella. La desviación y la reducción de desviación se pueden expresar en términos de redundancia y autocorrección, en tanto que la desviación debilita la redundancia y la reducción restablece el mensaje por la autocorrección. Así, en las figuras se puede distinguir una base no modificada (forma particular de sintagma) y la parte que ha sido modificada. La parte figurada y la base se articulan bajo paradigmas invariables. Lo anterior no es tan complicado, primero se parte de un paradigma ya existente, este paradigma es una esfera finita que da un margen de posibilidad para la sustitución. Esta se articula en una base sintagmática que no es modificada, digamos el mar tiene mucho oleaje o digamos el mar está enojado. En ambos casos el sintagma es el mismo. Bajo este esquema existe una trasgresión de una regla (redundancia de la lengua). La trasgresión es reconocida por una conciencia, lo que se le puede llamar una marca. Finalmente la trasgresión se reduce por la base paradigmática invariable.

Todas las operaciones que afectan a las figuras que constan de una palabra se reducen a operaciones simples, como suprimir o añadir, según se aumente o disminuya la información. Bajo este esquema la metáfora, como figura de sustitución, se explica por la supresión o adición de semas. En tanto que la palabra (lexema) está formada por una gama de semas, tenemos que el juego de adición y supresión mueve algunos semas, pero al no

trasformar todos dejan una base sin variación (véase el ejemplo el de “tus cabellos como noches de invierno).

El primer problema viene de distinguir entre polisemia y figura. En efecto, una palabra tiene varias acepciones según el contexto en el que se emplee, de ahí que en el diccionario las varias acepciones se suelen acompañar del contexto en el que esa palabra tiene tal noción. En éste sentido en la polisemia se supone que existe un sentido principal y varios periférico, de tal suerte que la polisemia es una desviación respecto de un sentido principal y si consideramos que la metáfora parte de una palabra con estatuto de paradigma que permite sustituciones, tenemos que su definición es casi idéntica, o como dice Ricoeur indistinguibles.

La respuesta a este problema radica en poner en evidencia la tensión reinante. La distancia que separa a los dos sememas (palabras) debe poder ser percibida como una desviación, de tal manera que la primera palabra que sufre la desviación, aunque esté ausente, es percibida. ¿Pero cómo identificamos esto, cuál es su marca? Para que la figura pueda ser percibida debe de estar incluida en una frase, por lo tanto en un contexto y por lo tanto dentro de una relación sintagmática. Al final de cuentas es sólo en la frase cuando el sentido de una figura se percibe de forma incorrecta, como un hecho de discurso en donde la desviación es de orden sintagmático. Pero se rechaza esta postura aludiendo que este plano sintagmático es una condición externa a la producción interna del sentido. Así, ésta se centra en el plano paradigmático, con las operaciones de supresión y adición.

Partamos que dentro de la referencia hay objetos, los cuales se definen como un conjunto de partes coordinadas. Su correspondiente lingüístico es el concepto y ambos pueden ser designados por palabras. Ahora bien, el análisis material del objeto y el análisis nocional de concepto conducen a lugares diferentes. El análisis material lleva a un conjunto de clases fundado en la semejanza, y el análisis nocional a un árbol disyuntivo fundado en la diferencia. Aún, bajo esta diferencia, esta descomposición nos lleva a modelos que sirven para describir el universo de las representaciones.

Así, tenemos que este modelo cognoscitivo, fundado en el universo semántico, es lo que dirige el funcionamiento de los cambios de semas. El ejemplo de Ricoeur es sencillo; en la descomposición conceptual tenemos que un árbol será álamo, encina o sauce. En una sinécdoque tenemos la operación de una supresión parcial de semas, que en el

ejemplo sería el álamo traspuesto por el género, digamos por el árbol o mejor aun por lo vegetal (sinécdoque generalizante, de especie a género). En el caso de la descomposición material tenemos que el árbol es ramas, tronco u hojas. Un cambio de semas en este plano, que sería una adición, nos da rama en vez de árbol, (sinécdoque particularizante, de la parte al todo). Esto nos da que siempre se conserva una base de semas y que su funcionamiento se reduce a operaciones de adicción y supresión.

Ahora bien, la metáfora se reduce a dos sinécdoques, bajo las siguientes condiciones. Las operaciones de adicción y supresión pueden acumularse, su combinación puede ser total (metonimia) o parcial (metáfora) y existen grados de presentación, metáfora en *absentia* (i.e., término sustituible está ausente) y en *praesentia*, (i.e., ambos términos están presentes). En este análisis de la metáfora, como ya se mencionó, la desviación o la no identidad no se realiza en el plano sintagmático, por lo cual este plano queda excluido de la explicación, centrándose en el plano paradigmático, en donde se da la reducción de la desviación. Esta operación se concreta cuando se encuentra un tercer término que sirve como punto de unión entre dos objetos, bajo cualquiera de las dos formas de descomposiciones ya citadas, operación que es igual de válida para la metáfora o la metonimia.

Metáfora. Se reduce a dos sinécdoques. Según el análisis de Ricoeur la metáfora se compone de una sinécdoque generalizante más una particularizante, en orden de que el tercer término se reconozca. Por otra parte en las dos sinécdoques debe emplearse el mismo tipo de descomposición, para que el tercer término sea del mismo tipo. Tenemos por ejemplo “tus ojos son estrellas”. La primera sinécdoque es tus ojos, la cual se reduce al reflejo. Aunque no es del todo claro podemos decir que esta primera es particularizante, “tus ojos en vez de su reflejo” la cual radica en una descomposición disyuntiva (parte del ojo o sus efectos, como el color). La segunda, que es estrellas, es una sinécdoque generalizante, “las estrellas” en donde por la descomposición por disyunción se reduce a su brillo. Así el tercer término sería una intersección de semas, entre brillo, tintinear, reflejo, etc. Así tenemos que como la asimilación de semas no es total, no todos los semas involucrados en ojos ni los involucrados en estrella participan, por lo que se conservan algunos semas que hacen obvia la presencia de la figura. Por lo tanto la metáfora sólo

emplea semas denotativos, es decir, contenidos en la definición del término, como de estrella a brillo.

Metonimia. Aunque se supone que son las mismas operaciones, esta figura no tiene intersección. Sin embargo hay inclusión común de dos términos. Así tenemos, el primer violín de la orquesta, que aunque no implica ninguna intersección se ponen en juego semas connotativos, es decir, que son contiguos a conjuntos más amplios. En el ejemplo, el primer violín de la orquesta, nos referimos al ejecutante de la parte más importante de este instrumento, y el conjunto incluyente, en mi opinión, sería del ejecutante a cargo.

Críticas al análisis sémico

La primera crítica se centra en la desposesión de la metáfora respecto de la impertinencia que clama una resolución. Al decir que la metáfora se forma por dos sinécdoques, lo que realmente nos preguntamos es si a la metáfora se le puede excluir la impertinencia predicativa inicial. Parece que en la sinécdoque no está incluida la propia impertinencia, en cambio en la metáfora sí. Uno de los argumentos a favor es que si bien una metáfora se puede descomponer en dos sinécdoques no es posible crear con dos sinécdoques una metáfora. Esto muestra que la pertinencia de la operación sintagmática, que para hacer la descomposición, supone como dada la impertinencia a nivel de frase. Así la metáfora contiene como condición previa la impertinencia, mientras que la sinécdoque no.

Pero también podemos decir que es una condición que aunque asumida no afecta la operación de adicción y sustracción de semas, en tanto que su movimiento no se juzga por su uso en la frase sino por las tendencias de descomposición conceptual ya explicadas. Si no fuese el caso hay que mostrar que la impertinencia a nivel de frase afecta al plano paradigmático en el que se resuelve la impertinencia.

El primer intento recae en la diferencia en la metáfora en ausencia, en donde sólo está el término figurado y por consiguiente el grado cero está ausente, aquel que puede hacer la sustitución. En este caso se puede decir que la intersección sémica está contenida en la palabra, en el término figurado. En la metáfora en presencia (tus cabellos como noches de invierno), se lleva a cabo una comparación, sea el “como” explícito o no. En este caso tenemos un elemento figurado y el literal, en donde se lleva a cabo una asimilación

entre los dos. Lo que esto indica es que en este caso no recae sobre una palabra y por lo tanto la impertinencia como la reducción son parte de la figura, que como se ve es predicativa. Nuevamente es factible si sólo consideramos la reducción. Lo que hace que no sea completamente necesario que una teoría subsuma a la otra, es decir, que la metáfora en ausencia se reduzca al lado de la figura en presencia y viceversa.

Un segundo caso recae sobre el oxímoron, en donde se da una impertinencia que llega a la antítesis. El ejemplo que cita Ricoeur, “Esta oscura claridad desprendida de las estrellas” es esclarecedor. Para quitarle la impertinencia predicativa se debe de buscar el grado cero que suministre la operación sémica, en este caso “luminosa claridad” pero bajo su negación. Esto implica una extraña supresión-adicción negativa, y forma a la vez una nueva figura. Por lo tanto el análisis sémico encuentra un límite. En general a nivel descriptivo la teoría del análisis sémico da cuenta de lo sucedido dentro de la estructura sémica en la operación metafórica, pero no prueba que la impertinencia, que es predicativa, sea ajena a la misma creación del sentido y necesaria para saber los efectos y alcances del funcionamiento metafórico.

Ahora bien, en el próximo capítulo veremos la teoría de la metáfora enunciado, por lo pronto se dan algunas razones para elegir esta teoría sobre las limitaciones de la anterior.

El primer argumento intenta mostrar como la impertinencia inicial si afecta la reducción y que por lo tanto, como un fenómeno completo, la teoría de la metáfora enunciado resuelve mejor. En general las metáforas permiten una paráfrasis extensa, como el ejemplo ya mencionado: tus ojos como estrellas. Habíamos dicho que por la descomposición en semas llegamos a algo como brillo o reflejo, pero interpretaciones como luz interior podría ser igual de válida. Sin una instancia de discurso contenida en un contexto la simple descomposición sémica sólo daría la ilusión de qué domina el sentido que brota de la metáfora, en el momento que creen que *muestran* el término sustituido, mientras que es más factible que una interpretación “correcta” no se pueda mostrar sino sólo argumentar. Al final la intersección sémica funciona sobre campos constituidos, en donde la polisemia de la palabra permite la intersección. Pero esto es lo único que proporcionaría, las polisemias ya constituidas. El sentido de la metáfora que propusimos y sus posibles paráfrasis dependerían de una instancia de discurso, un contexto que sólo es

posible que se difunda por el enunciado y que explicaría cómo es posible que la polisemia aumente y a la vez el marco para que la paráfrasis sea posible.

Si bien algunos códigos culturales pueden expandir la gama lexicalizada no son necesariamente lo mismo. Ya que esto está en relación con la forma en que se crean nuevos valores polisémicos, pero si se puede distinguir un valor cultural (que distingue a su vez entre un sentido figurado y uno “literal”) de las significaciones lexicalizadas el paso entre uno y otro no se puede hacer con la descomposición de semas, ya que sólo trabajarán, como ya se mencionó, con campos ya constituidos. Esto se evidencia cuando una metáfora de invención crea una desviación que supera la descomposición sémica. Como se mencionará en el análisis de los lugares comunes (aquí códigos culturales) en la metáfora-enunciado, los lugares comunes no explican la misma innovación. Como dice Ricoeur, es necesario un sistema de referencias *ad hoc*. Por consiguiente, si fuera el caso de que hay un sema común, el mismo código lingüístico no tendría que modificarse, sólo cambiar semas constituidos.

El problema en general es si toda innovación es una variación de un código y si estas variaciones se producen por mecanismos simples que articulan cualquier código. Para salvar la preeminencia del código se podría decir que hay metáforas (sinestesia y afectivas) que presentan desviaciones de segundo grado, si entendemos por desviaciones de primer grado a la desviación que se realiza en el interior de la significación, es decir, del código. Entonces las desviaciones de segundo grado se darían en el exterior del significado, como pueden ser los valores subjetivos, los cuales reducen la impertinencia. Si fuese el caso de que las desviaciones de segundo grado no son rasgos pertinentes de la significación, es decir, cuando llamamos al zorro astuto, entonces la simple sustracción de semas nos daría la suma objetiva del código zorro + astuto. Suponemos en este caso que la relación de exterioridad, que bien se puede vincular a una instancia de discurso, no sólo motiva sino que crea los semas correspondientes de zorro + astuto. Sin embargo otros semas pueden ser pertinentes, como agresivo, entonces como elegimos entre las posibilidades que nos da la polisemia. Esto implica que los atributos posibles aunque se focalicen en la palabra, no provienen de ella, y si no viene del código implica la instancia de discurso que sólo una teoría predicativa puede tematizar. De aquí que diga Ricoeur que el análisis sémico sólo da una teoría de la polisemia, no de la metáfora, ya que al tematizar el rasgo del código que

funge como una de las condiciones para que la metáfora sea posible, crea la ilusión de que la explica por completo.

El último alegato a favor de la teoría predicativa de la metáfora es su valor referencial. Hay figuras que sólo registran la desviación entre la palabra y el sentido (metasemema) y hay otras que implica una desviación entre sentido y realidad (metalogismos). Estas últimas se refieren a la realidad como referente extralingüístico, y su uso se vuelve necesario al intentar explicar figuras como el litote, hipérbole, alegoría, etc., ya que estas figuras no sólo modifican el léxico sino que también la función referencial. Ahora bien, Ricoeur señala que la *category-mistake* de Gilbert Ryle es parte de los metalogismos (figuras que afectan la función referencial) y sin embargo ésta se usa para analizar la metáfora, supuestamente un metasemema, que sólo afecta las palabras y al sentido. Lo anterior implica que en el análisis es posible reducir un metasemema a una proposición. La proposición a la que se reduce el metasemema es a la fórmula de contradicción, en cuanto que hacen un valor indebido de la cópula es (es y no es a la vez). Esta reducción provoca que ya no sea un tropo de una sola palabra. Esta exigencia de reducción a una forma predicativa no es sólo una elección de análisis ya que ciertas metáforas se identifican a través de su referente.

Este parentesco entre metasemema y metalogismo se ejemplifica mediante la metáfora y la alegoría. Tomando los ejemplos de Ricoeur tenemos la metáfora “navío ebrio” la cual sólo afecta al léxico. Si esta se reduce a una forma predicativa hay que añadir “el navío ebrio terminó finalmente sus días en Etiopía.” Si tenemos que a una alegoría se le da el beneficio de enfrentarse con la realidad, como un metalogismo, tenemos que la expresión alegórica: “El navío ebrio se acercó al gran velero solitario” no se diferencia en gran modo de una metáfora en su forma predicativa, salvo que, a juicio de Ricoeur, la metáfora involucra términos no metafóricos y la alegoría puros términos metafóricos. Esto implica que hay contacto con la realidad en ambas expresiones lo que nos lleva a decir que en la metáfora la tensión entre términos metafóricos y no metafóricos se da en el contexto, cuando el contexto está disimulado o no expresado en la frase se crea la ilusión de que no hay conflicto con el referente y que la tensión sólo se encuentra en las palabras. Lo importante de esto es que tanto la alegoría como la metáfora, entre otras figuras, aún con sus diferencias de estructuras, tienden a un mismo proceso, el cual crean sentido en el sin

sentido. De esta manera el análisis predicativo de la metáfora puede mostrar el parentesco profundo de estas figuras sin verse limitado por la distinción de metasememas y metalogismos.

Ganancias y pendientes dentro de la teoría estructuralista de la metáfora

A modo de conclusión de este capítulo, agrupamos las ganancias de esta teoría y los puntos en donde se tendrá que pasar a otra teoría, al mismo tiempo que se intenta dar cuenta del proyecto de relacionarlas. Entre las características del sistema que nos interesa y que son recuperadas tenemos: la capacidad del lenguaje para referirse a individualidades, la polisemia, la reducción de desviación y la constitución sémica de las palabras. Así mismo se ha hecho hincapié en la naturaleza formalmente predicativa de la metáfora, con las implicaciones extra-estructuralistas que conlleva, a saber: la impertinencia inicial y la innovación de sentido. De la misma forma se realizaron las críticas a los análisis que intentando reducir la metáfora al sistema, encontraban problemas en los siguientes rubros: El grado cero del lenguaje, el valor emocional de la nueva pertinencia semántica, la reducción de las figuras, sus supuestos sobre la realidad, su disimulada dependencia con otras disciplinas y la reducción de las figuras a una bina simple. Estas consecuencias responden más que a un error a una limitante dentro de la metodología, que mediante las dicotomías de Saussure, deja incompleto fenómenos como la metáfora, con los pendientes no sistemáticos de la misma.

Para Ricoeur las dicotomías que crea la teoría saussureana poco afecta a la metáfora, lo que funciona a su vez como crítica a separaciones tan absolutas. Así, la primera división, lenguaje-habla, encuentra en la metáfora cierta mediatización a ésta dicotomía. Por principio la metáfora es un cambio individual enunciado en el habla, que es la concretización del lenguaje. Pero la metáfora encuentra en la polisemia su posibilidad, que es una característica del código, y que explica a dónde va la metáfora cuando deja de ser innovación. Así Ricoeur describe un círculo, empezando por una polisemia inicial (que es característica del lenguaje) luego la metáfora viva (que es parte del habla) y que se transforma en metáfora usual, implicando el retorno del habla al lenguaje hasta terminar en una nueva polisemia.

La segunda dicotomía es la sincronía-diacronía. La sincronía es la simultaneidad, que es lo que se da en el código, y la diacronía es la sucesión en la historia. La metáfora tiene características tanto históricas como sistemáticas. De la misma forma que en la dicotomía anterior la polisemia se inserta en el código, lo que origina que sea un fenómeno de simultaneidad, es decir, sincrónico. Pero la innovación es un fenómeno de sucesión, que como hecho diacrónico requiere del marco que le brinda la estructura del sistema. Esto hace notar que la palabra, aquella que en el sistema puede tener más de un significado, sea en la sucesión del tiempo susceptible de obtener otros significados, situando la palabra entre dos órdenes. Esto se puede apreciar cuando un análisis puramente sincrónico tiene que explicar el origen de la polisemia dentro del carácter diacrónico (deslizamiento del sentido, la etimología popular, etc.) Así, explicar la polisemia remite a su carácter histórico. Del otro lado, los cambios históricos de sentido se identifican por medio del carácter sincrónico de la polisemia. En efecto estos se realizan como manifestación de polisemia e incluso el fenómeno de significación doble como efecto de ambigüedad, no deja de proyectarse dentro de la sincronía, ya que depende del carácter polisémico del lenguaje.

La última dicotomía aborda el problema de explicar el uso referencial del lenguaje. En la distinción que crea Saussure la relación externa que va del signo a la cosa queda abolida y sustituida por la relación que une un concepto y una imagen acústica. Fuera de cualquier controversia, el lenguaje puede referirse a cosas y significar el mundo, sin importar que entendamos por cosas o mundo. Esta capacidad es la función denotativa del lenguaje, que según Ricoeur, en una teoría que sólo conoce diferencias internas al sistema no puede explicar. Una teoría fundada en la semántica del discurso tiene que lidiar desde el principio con este problema. Como se vio, el funcionamiento de la polisemia es regulada en el discurso por otro funcionamiento, el contextual. Así, las acepciones de las palabras son clasificables al recurrir a un contexto, y el contexto emana de las diferentes posibilidades de analizar o representar cosas. De esta manera las variantes polisémicas que son ordenadas por clases dependen de modelos de descripción que se toman de las representaciones.

La metáfora, como portadora de una innovación semántica encuentra su motivo al dirigirse a un mundo que plantea un problema, y que exige una respuesta que la creación enfrenta. Bajo circunstancias determinadas (como pueden ser sociales) la palabra se enfrenta al mundo.

¿Cómo tender el puente entre semántica de la palabra y de la frase? Ricoeur señala que la misma metáfora problematiza las dicotomías de Saussure y que esta problematización e incertidumbre crea el espacio propicio para la intersección de las semánticas, ya que el lugar de la metáfora en una teoría del discurso se encuentra entre la palabra y la frase. Al igual que las dicotomías ya mencionadas Ricoeur enumera tres síntomas que perfilan esta unión.

El primer síntoma radica en los aspectos no sistemáticos del lenguaje. Por principio el sistema no es cerrado, ya que se le puede agregar nuevas unidades sin que tenga cambios significativos. Al no haber clausura se forman sectores del código con niveles muy variables de organización. La delimitación de muchos de estos sectores no es completa a diferencia de otros sectores que están cerrados. Junto con la polisemia y la sinonimia se figura un sistema, que por su inestabilidad, es susceptible del cambio. Esta inestabilidad y su permeabilidad al cambio hacen que causas no lingüísticas (naturales o culturales) muestren su impacto. Finalmente y considerando esta gran variedad de códigos, podemos articularnos de forma adecuada, según el medio lo requiera. Por lo tanto el primer punto de sutura es lo poco sistemático del sistema.

El segundo punto es el carácter contextual de la palabra, en donde el funcionamiento predicativo se imprime en la misma. Hay varios casos en donde esto sucede. Por principio la delimitación de la palabra, como forma mínima de significación, hacen referencia a su aparición en un enunciado. Por otra parte la palabra enuncia en su forma a qué parte del discurso pertenece, según Ricoeur, está gramaticalmente determinada. En general, el aspecto predicativo impreso sobre la palabra hace que su significación sea sólo contextual, se dice, que su significación es su uso en el lenguaje. Aun con esto no implica que las palabras no tengan un sentido autónomo, como lo muestran las traducciones y la fabricación de diccionarios. En general esto es posible por el juego subyacente de nombrar (que no es el único juego), justificando la definición del significado por la relación entre nombre y sentido, por su delimitación dentro del sistema. De esta manera la palabra se encuentra partida, por un lado su significación es contextual en tanto significación en el discurso, y por el otro es referencial por su significación en la lengua. Así el segundo punto de sutura es la doble significación de la palabra y en donde la definición de la misma está entre el habla y el lenguaje.

El último punto señala que si bien el uso potencial de una palabra no es sólo su empleo, su significación actual sí lo es. De la mano de Benveniste se dice que el referente de una palabra es el objeto particular dentro de cierta circunstancia. Por otro lado el sentido de la frase es la idea que expresa la cual es motivada por un estado de cosas. Esto explica la dependencia del sentido actual de una palabra al sentido de la frase, ya que la función referencial de la frase (estado de cosas) condiciona la función de la palabra (objeto particular) tal que la función referencial de la frase se reparte entre las palabras. Pero la significación dentro del lenguaje y los significados sedimentados aportan a la frase los recursos para su utilización. Esto marca una identidad de la palabra, que aunque abierto, sirve para identificarla dentro de diversos contextos y la define como una pluralidad limitada y jerarquizada. Así el sentido potencial de una palabra (significaciones sedimentadas) requiere a la frase para pasar a ser un sentido actual, es decir, el contexto conspira para que el valor vago de las palabras se concretiza de forma adecuada.

Bajo este piso conceptual un enunciado metafórico se presenta como el acto contrario. En la delimitación contextual ésta elimina el sentido potencial de la palabra, salvo una. En el caso de la metáfora ninguna es suficiente, se requiere tener en cuenta todas las demás más aquella que salve el sentido. Este valor de determinación plural de la palabra propio de una metáfora-palabra no es incompatible, según Ricoeur, con una metáfora-enunciado. El rasgo fundamental que puede unir estas dos teorías es la focalización sobre la palabra. Dentro de una teoría enunciativa de la metáfora la interacción se da entre una palabra (foco) y una frase (marco). Podemos considerar que los lugares comunes afectan a la palabra o la enmarcan dentro de la acción predicativa. Del lado contrario la palabra sigue requiriendo ser contextualizada por el enunciado. La solución de Ullmann, en donde los campos asociativos operan con elementos, deja de lado la posibilidad de que la semejanza creada por las asociaciones se deba más a la aplicación insólita de un predicado a un sujeto, en donde el juego de asociación con los elementos es parte del proceso y no su elemento constitutivo, en tanto que la asociación reemplaza la predicación, firme en el análisis de la metáfora centrada en la palabra. Bajo la teoría de la metáfora-enunciado, incluso el campo de asociación requiere un enunciado completo.

Capítulo 2

La semejanza en la metáfora

2.1. La metáfora dentro de la frase

Una vez que se ha dado cuenta de que la intención significativa no se reduce o explica por la estructura semiótica que articula el estructuralismo, se pasa al análisis de esta intención desde la semántica de la frase. El papel que toma el sistema lingüístico es de soporte respecto de la intención predicativo, como se vio el mismo sistema permite las variaciones para la significación de los acontecimientos.

Hay tres perspectivas que abordan la metáfora: Una nueva retórica, una gramática lógica y una crítica literaria.

Nueva retórica: El motivo de I. A. Richards es el de una nueva retórica, vista ésta como una disciplina filosófica que se encarga de las leyes y los usos del lenguaje. En este sentido es una disciplina del discurso y del pensamiento articulado en él, centrándose en la comprensión y en la no comprensión:

Instaurado así el proyecto cualquier intento de clasificación es superfluo. Como se ha visto lo único que se puede clasificar son las desviaciones con respecto a significados fijos y lo únicos elementos que portan significados fijos son los nombres. Al quedar estas relegadas, la significación depende de un marco contextual.

La definición de contexto es “[...] el nombre de un haz de acontecimientos que suceden juntos, incluyendo las condiciones necesarias y lo que podemos individuar como causa y efecto.” Si consideramos que una simultaneidad de sucesos no puede ser expresado por una palabra, entonces es el discurso el que los articula. Siguiendo esta teoría las palabras sólo valen para expresar lo que falta en el contexto (. *i.e.*, digo mesa en lugar de señalarla) lo que se le llama eficacia delegada. Lo que esto quiere decir es que la palabra vale por tal cosa en cierto contexto, de aquí que parezca que tiene una significación fija. Por lo tanto, dice Ricoeur, los nombres no representan ideas en el espíritu, ni contiene alguna asociación permanente con algún dato, sino que el sentido que permanece está ligado a contextos que permanecen. De aquí se deriva que las palabras puedan significar más de una cosa si es que hay contextos que se superpongan.

Ahora bien, dentro del proyecto de evitar la no-comprensión lo importante es el dominio de los desplazamientos de las significaciones. De lo que se trata es de clarificar estos desplazamientos, por ser los mismos los que hacen que el lenguaje tenga eficacia para comunicar. La metáfora es parte fundamental de estos desplazamientos, ya que implica el dominio de la semejanza, descubriéndose en el uso diario. En general si fuese el caso de que estas semejanzas no acontecieran en el lenguaje, seríamos incapaces de descubrir alguna relación inédita entre las cosas. El lenguaje es vitalmente metafórico, al ser constitutiva y no sólo una desviación respecto de un uso ordinario. Se podría decir que esto marca un paralelismo entre pensamiento y lenguaje. Si estas concepciones no estuvieran ligadas no podríamos decir que si el lenguaje no tuviera tal característica seríamos incapaces de captar tal cosa o relación.

La metáfora se toma como el principio del lenguaje libre. Se dice, de manera formal, que la metáfora mantiene dos pensamientos sobre cosas diferentes, simultáneamente activos en una expresión, en donde su significación es fruto de su interacción. Si dentro del teorema contextual de la significación las significaciones son partes faltantes del contexto, lo que hace la metáfora es la relación entre contextos y en gran medida una relación entre pensamientos.

Así, la metáfora estaría muy cercana de la definición: dos pensamientos sintetizados en una expresión única. Ante esto hay que decir que la metáfora no es un vehículo para una simple trasposición. Por principio los dos pensamientos no están al mismo nivel, ya que describimos uno mediante el otro. Por otro lado esta relación es un todo completo que consta de dos partes. Así, el dato es la idea subyacente y el vehículo es aquello que se usa para percibir la primera. Se entiende que el vehículo no es un adorno y que el dato no queda inalterado, tal que la metáfora sólo se da por esta interacción. Ejemplificando lo anterior, retomamos la metáfora “tus cabellos largos como noches de invierno” el dato que tiene la función metafórica es “noches de invierno” y el vehículo es el resto de la frase. El vehículo tiene una función contextual en tanto que limita la polisemia del dato noche, enalteciendo las características de oscuro y del periodo nocturno más largo de las estaciones. Así el dato se altera de forma más o menos específica. De la misma manera el vehículo es caracterizado por aquello que limita. Así, la primera característica de

la metáfora como fenómeno de significación es que se da entre dos elementos que interaccionan en la frase.

Al ser una unidad significativa el problema que adviene es el cómo se fija esta significación en sus diferentes niveles. La teoría del dato y vehículo no distingue entre un sentido literal y uno figurado, en un sentido sustancial. El sentido literal implica un uso lexicalizado bajo un contexto específico, pero su verdadero sentido viene de una interpretación, indicando que el uso corriente de las palabras es insuficiente. El sentido figurado es una desviación, pero no al nivel de una palabra que adquiere otro uso, sino en el sentido de desviación de una interpretación literal, que ante su insuficiencia surge una interpretación metafórica. Como este efecto se focaliza en la palabra empleada metafóricamente se crea la ilusión que ésta es la que se desvía, pero realmente viene de una interacción, en donde antes de la interpretación no existe un sentido literal y uno metafórico. Así, Ricoeur propone que la palabra pueda tomarse momentáneamente como literal, alejando toda noción de sentido propio.

Lo anterior nos indica que el significado de la metáfora surge de la interpretación, haciendo surgir la distinción literal-figurado. Esto le permite a la teoría prescindir de un grado cero en el lenguaje, y de que la distinción de lo literal y metafórico no se toma de una metodología o definición externa al propio enunciado. De la misma manera no se juzga *a posteriori* qué es un hecho poético o descriptivo.

Otro problema radica en explicar el fundamento de la metáfora, su carácter común. Para Richards esta no proviene de una semejanza directa (entre dato y vehículo) siendo posibles gran variedad de casos intermedios, como puede ser una comparación. La comparación siempre es una relación, una actividad del espíritu que relaciona cosas de maneras muy variadas, por lo tanto la semejanza (en la que se fundó la retórica decadente para clasificar la metáfora) es sólo una de las maneras en que describimos una cosa en términos de otra. De aquí se sigue que la semejanza no sea precisamente su raíz común. Su raíz común radica más en esta capacidad del espíritu de relacionar. Como apunta Ricoeur, Richards no aboga por un desorden calculado (pese a no haber significaciones propias) el espíritu es capaz de relacionar lo que primero dividió. De aquí, dice Ricoeur, que la teoría de la tensión permite tanto la semejanza como la desemejanza. Esto nos da la raíz común de la metáfora, que es la capacidad del espíritu de relacionar. Esto engloba tanto el

movimiento de dividir, en el sentido de operar por desemejanza y el de relacionar en tanto unir cosas desemejantes.

El último problema radica en el alcance ontológico del lenguaje metafórico. Bajo el teorema del sentido contextual se supone que existe una habilidad espontánea para los intercambios de significaciones de las palabras dentro de estos contextos (dado lo poco sistemático de la lengua). Estos cambios y proyecciones que conforman nuestro mundo están formados sobre un mundo formado de anteriores proyecciones, de otras metáforas, dice Richard. Aun así, sentencia Ricoeur, el problema de metáfora y realidad no se aborda. Para Ricoeur una forma crítica de abordarlo sería en discernir modos de interpretaciones: el objeto según la abstracción del dato, según sus relaciones, según la aceptabilidad del mundo que despliega.

Gramática lógica

Una gramática lógica (Max Black) encuentra gran afinidad con una retórica reflexiva, ya que la primera busca clarificar, responder una sería de preguntas respecto del funcionamiento de la metáfora, lo que está muy cerca de la clarificación de los procesos (aunque a la primera no le importa renovar la retórica).

Según Ricoeur, el análisis de Black tiene varios avances del de Richards. El primero radica en una mayor especificidad y un mejor vocabulario respecto de la relación dato vehículo. En el caso de Black, al igual que Richard, la metáfora es un enunciado entero, pero en donde una palabra centra la atención, la que es tomada metafóricamente, y nos dice que este enunciado es metafórico (algo implícito en la relación dato vehículo). Sólo algunas palabras en el enunciado son tomadas metafóricamente mientras que las otras no. Esto permite delimitar el fenómeno distinguiéndolo del proverbio o alegoría. A la vez se corrige la distinción dato y vehículo, distinguiendo la palabra metafórica de toda la frase, la cual será llamada *focus*, mientras que el resto de la frase será llamada *frame*. Esta corrección es para Ricoeur la principal ventaja de Max: “El vocabulario más preciso de Max Black le permite distinguir con más exactitud esta interacción entre el sentido indiviso del enunciado y el sentido focalizado de la palabra.”

El segundo avance radica en la crítica a la teoría de la sustitución y la comparación. Como ya hemos visto en la teoría de la sustitución una expresión metafórica sustituye a una literal, de manera que puede volver a ser restituida para explicar la metáfora, lo que implica que no hay nuevo conocimiento. Una variante de la teoría de la sustitución es la de comparación, en donde la razón de la metáfora es la analogía (entre relaciones) o la semejanza (cosas o ideas), que como caso particular de una teoría de la sustitución se somete a la misma crítica, ya que su razón consistiría en crear una comparación literal. Finalmente, dice Max, la semejanza es una noción vaga y sin límites determinados, de manera que antes que decir que la metáfora descubre una semejanza que ya existía, es mejor decir que la crea, de manera que la metáfora no tiene una raíz común. “En general, no hay fundamento simple de los cambios necesarios de significación, ninguna razón que explique por qué ciertas metáforas tienen éxito y otras fracasan.” De lo anterior se sigue que la metáfora es intraducible e insustituible, aunque es portadora de significación y por lo tanto tiene valor cognitivo.

La última ventaja consiste en explicar la interacción entre marco (*frame*) y foco (*focus*). Por principio el foco funciona no por significaciones ordinarias, sino por el sistema de lugares comunes (usos y prejuicios) a los que se le puede asociar. En el ejemplo de Ricoeur “el hombre es un lobo” el foco “lobo” trae el sistema de lugares comunes correspondiente a lobo, de manera que funciona como un filtro que suprime a la vez que acentúa ciertas características, en orden de que se organice de otra manera la visión que se tiene del hombre. En resumen, un tema principal “hombre” es organizado por un tema subsidiario “lobo”. Si cada operación crea una relación singular, entonces la singularidad de la misma también implica unicidad, lo que implica que la sustitución es una forma de paráfrasis y como la cantidad de paráfrasis es innumerable, la relación no se reduce a una de ellas.

Críticas a la nueva retórica y a la gramática lógica

La principal crítica (dejando de lado la eliminación total de la semejanza en la teoría de la interacción) es que el sistema asociado de lugares comunes supone connotaciones ya establecidas, sin embargo hay veces que se pueden crear connotaciones (formas de

implicaciones) que junto con las connotaciones conocidas crean el universo de asociaciones.

Aquí habría tres fenómenos, el de la creación, el de las desviaciones de los lugares comunes y los lugares comunes mismos, formando la totalidad de las interacciones. Al final si no es desde lugares ya conocidos y desde su desviación ¿desde dónde creamos?

Intentemos explicar las tres posibilidades de las interacciones. Primero las que surgen de los lugares comunes: Los “lugares comunes” significan relaciones establecidas, como el conjunto de interrelaciones dentro de un discurso, digamos el político o el teológico, así como las asociaciones culturales. Si una palabra contiene una serie de contextos culturales articulados por el empleo en el discurso, tenemos una especie de polisemia estructural que en el acto discursivo se actualiza. En el anterior vocabulario eran metáforas lexicalizadas, aquí muertas. De aquí no sólo se sigue que no hay metáforas de invención que se puedan explicar desde los lugares comunes, sino que la definición de relaciones establecidas es contraria a la definición de la metáfora de invención. En gran medida es paralelo con aquella marca estructuralista que indicaba la impertinencia semántica. Si la metáfora es la interpretación no literal de un enunciado, la interpretación literal no puede ser más que los lugares comunes.

La segunda posibilidad remite a la desviación de un lugar establecido. En la teoría de la interacción un campo de asociaciones organiza un tema. Sin embargo este tema también trae un grupo de asociaciones que modifica al primero. Esto marca otra falla del modelo de la interacción entre foco y marco, ya que el sistema de implicaciones (lobo) también cambia debido al uso metafórico (el lobo parece más humano) que es otra forma de decir que lo determina. En este sentido la interacción entre foco y marco no es clara, si las implicaciones comunes funcionaban como marco para organizar otro tema, al decir que también cambia o es determinado por la metáfora ya no funciona realmente como marco. Podemos sustituir lo anterior con la noción de choque de lugares comunes. Ahora bien, si al final los lugares comunes organizan las asociaciones aceptadas tenemos que al mismo tiempo establecen las relaciones “legales” entre los elementos que la constituyen. Por lo tanto un choque de estos lugares sólo daría un cambio de significación si trasgrede estas relaciones. Pero lo anterior sólo nos da una marca, que al igual que los lugares comunes nos da cuenta de la insuficiencia de la interpretación literal por lo que reconocemos que el

sentido ha cambiado, pero no nos ayuda a saber cómo se forma la innovación de sentido, a lo mucho nos da un equivalente de la impertinencia semántica estudiada en el estructuralismo. La creación de otras relaciones es lo contrario de los lugares comunes, ya que la insuficiencia de los últimos establece una de las marcas que reconoce y motiva al primero. Así la simple colisión entre lugares comunes es insuficiente.

Esto nos deja con la última posibilidad: la creación de nuevas connotaciones. Establecimos que los lugares comunes funcionan como reglas que someten a un hablante de una comunidad, sin embargo la metáfora, aunque trasgrede estas reglas, su inteligibilidad es captada y en gran medida aceptada, lo que implica que no responde simplemente a códigos lingüísticos. Este otro fallo de la teoría señala su ambición incumplida. El propósito de hacer una gramática lógica consistía en explicar las reglas de nuestro lenguaje basado únicamente en el estudio de la semántica. Este requisito se llenaría si las reglas de nuestro lenguaje pueden identificar un predicado como metáfora al margen de las circunstancias de predicación, pensamiento, sentimientos, actos, etc. Lo que esto quiere decir es que la pertinencia de un enunciado empleado de forma especial, hace referencia a aquel que la emplea, de manera que hay implicaciones semánticas y pragmáticas.

Esto no elimina la actividad creadora de evocar un sistema de asociaciones, sólo que tendría un impacto psicológico, como un eslabón más. El problema que deja a la deriva es el saber cómo se crea una significación más allá de cualquier norma. Si como establecimos las significaciones sólo se dan en el contexto y son ordenadas en sus relaciones por ciertas prácticas sedimentadas, tenemos que la nueva pertinencia establece nuevas implicaciones y potencialmente nuevas reglas de asociación, ¿Cómo sabemos que reglas la rigen si ella misma parece fundar reglas? Aunque es claro que la innovación no puede ser otra cosa que una manera diferente de relacionar, varias preguntas quedan inconclusas.

Crítica literaria

Ya que hemos revisado la semántica retórica y la gramática lógica toca el turno a la crítica literaria, de la mano de Monroe Beardsley. Empezamos por decir que la obra literaria es

una unidad lingüística del mismo género de la frase, de manera que sobre ésta se forman los conceptos base para una definición semántica de la literatura.

El primer elemento conceptual es la diferencia entre significación primaria (lo que se dice explícitamente) y significación secundaria (lo que se sugiere). En términos generales la significación secundaria de la frase es lo que suponemos que el locutor cree, como la significación implícita. El lugar de la palabra, lo que une los tres estudios actuales de la semántica, es que la palabra aunque tenga una significación propia, sólo se entiende con relación a la frase. Esto es porque la palabra tiene una gama de connotaciones, las cuales nunca funcionan al mismo tiempo o en el mismo contexto. De esta manera la frase, es decir, las otras palabras en conjunto, enmarcan las connotaciones deseadas, en algunos casos pueden limitar (lenguajes técnicos) y en otros pueden abrir sentidos múltiples. Esto delimita con más precisión la significación secundaria, la cual está conectada con estas connotaciones que son las que hacen las sugerencias.

Ahora bien, frase y obra no sólo difieren por su longitud, ya que a la obra corresponde otro tipo de distinción, en vez de aplicar la distinción entre sentido explícito e implícito, en la obra se aplica la distinción del mundo de la obra, la cual se refiere a las siguientes preguntas ¿Qué cuenta?, ¿qué personalidad refleja?, ¿qué sentimientos refleja?, etc. Lo anterior es lo que Ricoeur llamará la referencia de la obra con respecto a la dimensión ontológica de la misma, como proyecto de un mundo y que ya vimos que se relaciona con la *mimésis* de Aristóteles. La otra parte de la dualidad concierne a su configuración verbal como cadena inteligible de palabras, en donde la configuración la podemos asociar con el *mythos*.

Como ya lo expusimos en los postulados del discurso, la referencia es el movimiento del lenguaje hacia un mundo extralingüístico, en donde la comprensión del sentido nos lleva al referente. En sentido metodológico la crítica literaria suspende este movimiento hacia la referencia ya que éste (el mundo de la obra) es constituido por la estructura hecha por las palabras, de manera que aunque el problema del sentido provenga del de la referencia, se parte de la estructura. Esto se considera una inversión, ya que la referencia, en este caso, la invención o descubrimiento de un “objeto” es el que permite agrupar una serie de relaciones, o dicho de otra forma, es el objeto de referencia el que permite las significaciones.

Una vez delimitado la base conceptual de la crítica literaria se puede señalar la importancia de abordar la metáfora desde este campo. La metáfora sirve como criterio de prueba al tomarla como un poema en miniatura, en donde si se pueden dar razones (explicar) que implica este mini poema, se puede dar cuenta de una obra completa.

El primer problema de ésta tarea, es el de superar una tendencia relativista, lo cual se divide en dos problemas secundarios. Partiendo de que la significación de un poema es por lo menos muy basta, y entendiendo que explicar es encontrar la significación del poema, se puede seguir que la significación de un poema y su posterior explicación es sólo contextual, es decir, que las múltiples connotaciones sólo se determinan por un contexto (relativamente). El segundo problema radica en que la significación es un acontecimiento, un instante en la existencia en donde intentar proponer un método para identificar tal significación parece problemático. Ricoeur añade una crítica más. Suponiendo que las múltiples connotaciones tienen relación en cómo las cosas se presentan a la experiencia humana, lo que representaría una base objetiva en significación, no podemos definir que connotación es actual en un poema específico.

En general el problema es el siguiente, qué connotaciones se le deben atribuir a un poema y cuáles no. Haciendo a un lado el relativismo (no decir que los contextos determinan la significación) y el psicologismo (no decir que es la preferencia del lector el que decide la connotación) la respuesta se encuentra del lado del funcionamiento: “La metáfora no es más que una de las tácticas provenientes de una estrategia más general: sugerir algo distinto de lo que se afirma” Para Monroe la metáfora, al igual que los autores precedentes, es una atribución que precisa de un sujeto y un modificador. Lo especial de su explicación radica en que se presenta un absurdo lógico al nivel de la significación primaria, es decir, las atribuciones primarias del modificador son incompatibles con las atribuciones primarias del sujeto. Lo anterior “obliga” al lector a extraer de las connotaciones una significación secundaria que haga que el enunciado tenga sentido, aunque sea secundario, esto es lo que implica que el trabajo del sentido sea ilimitado, ya que no hay proposición, aparentemente carente de sentido, que no pueda ser trasladada al sentido dentro de la creación de una significación contextual. ¿Por qué esta explicación no es psicológica? Por principio la oposición (absurdo lógico) se da dentro de la estructura de la significación, como un hecho semántico. Ésta es la que obliga al lector a pasar de una

significación primaria a las connotaciones, por lo tanto la oposición lógica como la atribución (el hecho de encontrar significaciones que salven el sentido) son descriptibles a nivel semántico, sin recurrir a la intención del lector.

Esta construcción del sentido tiene dos principios que la regulan. El primero es el de congruencia (según Ricoeur de selección) en donde la frase ya está en un contexto. El ejemplo que Ricoeur da es el de una frase política, la cual limita las connotaciones que tienen sentido dentro de este contexto. El otro principio es de plenitud, en el cual se aceptan todas las connotaciones susceptibles de ir en este contexto. Bajo estos dos principios se intenta dominar el relativismo, ya que aunque el poema es singular hay una norma que lo rige, en tanto que los dos principios, la plenitud y la congruencia se modifican mutuamente.

Bajo estos principios se acentúa el carácter de innovación que presenta la metáfora. El absurdo lógico que intenta resolver la metáfora manifiesta un sentido construido (que no se encuentran en el diccionario) y de existencia momentánea que se da en todo el enunciado, que bien se le podría llamar figurado. De la misma maneja el sentido literal sólo es el uso de las palabras bajo sus significaciones lexicalizadas. En general la metáfora es la principal forma en que dotamos de nuevo sentido a las palabras.

Dentro de esta teoría, que intencionalmente deja de lado la referencia del discurso, hay algunos problemas que tienen que ver con la gama de connotaciones que fundamentan la innovación semántica. Ya habíamos dicho que el sentido metafórico se construye por las connotaciones (muy parecido al sistema de lugares comunes de Black). Bajo esta teoría decimos que las metáforas de innovación surgen de las connotaciones de las palabras (de un sistema lexical dado) aun no aplicadas. Lo que se pierde con esto es la posibilidad de que el sentido metafórico no sólo actualiza posibles connotaciones sino que de alguna forma las crea, o por decirlo de otra forma, aumenta las connotaciones. Esta crítica, que es la misma que a Black, tiene en este caso una respuesta, la cual se sale de la semántica: “[...] tal vez existan connotaciones que, despuntando en la naturaleza de las cosas con vistas a su actualización, esperan ser captadas por la palabra [...]” De esta manera se quiere explicar cómo es que la metáfora modifica las connotaciones, pero el uso de estas connotaciones implica propiedades que aún no han sido “descubiertas” y por lo tanto no son parte del sistema léxico latente. Esto rebaza el límite de una teoría fundada sólo en la semántica, ya

que las propiedades son entre cosas y no entre palabras, y pone en juego el recurso a comparaciones objetivas entre estas mismas propiedades.

Al final el sistema de lugares comunes o gama de connotaciones no explican la innovación de la metáfora, ya que indica Ricoeur, vinculan la creación de sentido con un aspecto no creador del lenguaje (lugares comunes), por lo que la creación de la innovación de sentido se hace desde ningún lugar, considerándolo sólo dentro del lenguaje. En cierta forma el fantasma de la teoría de la sustitución se hace presente, ya que en vez de que se aplique una sustitución por medio de un sentido literal se hace por un sistema de lugares comunes.

Termina esta revisión de la metáfora sobre un modelo semántico con las siguientes indicaciones. La primera indicación tiene que ver con lo que entendemos por contexto “[...] la atribución metafórica consiste en la construcción de la red de interacciones que hace de tal contexto un contexto actual y único. La metáfora es entonces un acontecimiento semántico que se produce en la interacción de varios campos semánticos.” De una forma constante llegamos a decir que algo toma significación por su contexto o mediado por un contexto, pero el contexto no está solamente ahí, depende de una red de significaciones que hace que algo sea inteligible. En otras palabras, cuando hablamos de contexto hablamos ya de una unidad significativa, para que las palabras tomen significado en conjunto depende de esta construcción. Como hipótesis podemos decir que la red conceptual (la que organiza nuestra experiencia) tiene un aspecto virtual que se actualiza en cada acontecimiento. Si este es el caso los lugares comunes tienen una densidad que los norma. Por decirlo de alguna manera, los lugares comunes son como el sentido literal y aquella significación que les da cierta estructura es su sentido figurado, como aquello que se muestra y se oculta. Este supuesto vela la dirección que toma esta investigación, la metáfora está siendo llevada por Ricoeur a lo no manifiesto de la manifestación desde la manifestación en su totalidad. Al final la innovación hecha por la metáfora se dirige al plano de lo preconceptual que intentaría dar cuenta a la pregunta: ¿Cómo se construyen estas redes de significación que a la vez determinan contextos?

Otra indicación radica en que para Ricoeur la única forma de evitar la teoría de la sustitución es que la nueva significación debe ser la obra de un lector, en donde toma un aspecto de acontecimiento (existencia momentánea), lo que implicará un aspecto que por el

momento llamamos psicológico. De esta manera se vuelve necesaria la mediación de un lector que crea el sentido, aunque todavía no se especifica el papel de lector, cabe decir que al partir el sentido de su lectura o escucha, la innovación semántica (hecha por la metáfora de innovación) se convierte en acontecimiento al inscribirse en un momento específico, el cual puede ser identificado como sentido (primera bina del discurso). Después de este punto se puede lexicalizando hasta que el sentido de la innovación se vuelva parte de la historia de la lengua.

Otra bina del discurso, identificación singular y predicación generalizada, es llenada por las teorías de la semántica, cuando se habla de un sujeto y un modificador, o un foco y un marco. La identificación singular realizada por la frase corresponde al sujeto y la focalización metafórica, la cual organiza al sujeto bajo un tema subsidiario, tiene la función generalizadora.

Finalmente la innovación no parece ser un ejercicio superfluo, ya que surge de una exigencia de inteligibilidad. Por ejemplo, en una obra algo se intenta hacer inteligible y lo único que tenemos es el sentido de la obra, como estructura completa y significativa. Pero este sentido sólo parece ser un medio para significar algo. Este es otro supuesto pendiente, que todo sentido es sentido para algo, es decir, que todo tiene una referencia y la exigencia que hace que surja la metáfora es que el lenguaje ordinario no puede contar este referente.

2.2. La semejanza en la metáfora

Ya que tenemos el apartado técnico, dentro de lo que queda englobado el funcionamiento del sistema mediante la teoría estructuralista y la tensión en la predicación en la teoría de la interacción, nos alejamos de la revisión técnica para entrar a la propuesta de Ricoeur y ver su solución a los problemas que quedaron en suspenso y que sustenta el tipo de experiencia que la metáfora intenta revelar.

Principalmente dos son los problemas pendientes. El primero intenta responder la pregunta: ¿Cómo se realiza la innovación semántica? En términos generales vimos que la teoría estructuralista decía que la innovación semántica era la reducción de desviación hecha por la focalización sémica de los lexemas. Entre los argumentos de Ricoeur destacamos tres razones para considerar esta teoría incompleta: 1.- El cambio sémico al

interior del sistema es idéntico a su capacidad de polisemia. Teniendo en cuenta que la polisemia no es la metáfora si no una de las características del sistema que la permite, la metáfora nunca es virtual sino efectiva, y sólo es efectiva en un enunciado. 2.- Innovación, a lo mucho, significa aquí desviación de un grado cero, que es una hipótesis que no surge del análisis de la misma metáfora. 3.- El análisis estructural divorcia el plano paradigmático del sintagmático. La metáfora incluye la impertinencia semántica y la reducción de desviación. De éstos dos elementos, contextual y sistémico, sólo el último puede ser estudiado desde la lingüística, suponiendo que el aspecto contextual es externo a la constitución de la metáfora. Como se vio el reconocimiento de la impertinencia es tan necesaria como su resolución.

Del lado de la teoría de la interacción vimos que esta sí se mueve en el terreno de la predicación y por consiguiente incluye el ámbito temporal en donde la experiencia tiene lugar. Considerando esta exposición de la tensión en el plano contextual, la metáfora suscita una nueva información en donde el choque semántico provoca que una cosa se entienda en términos de otra. Esto implica la superposición de campos semánticos en un contexto, que es lo que permite que esta interacción tome un rumbo específico y sea parafraseable. El problema inherente es que este contexto implica campos constituidos de asociación, como el lugar determinable en donde se realiza la interacción. Según Ricoeur, esta asociación no explica la innovación semántica cuando ella misma va más allá de estos campos establecidos.

El segundo problema radica en el estatuto del flujo de imágenes que surgen de la enunciación metafórica. Ya que por medio de la teoría de la tensión se le ha dado a la metáfora un carácter cognitivo, negando que sea sólo un fenómeno del lenguaje, se le ha conectado con la capacidad que tenemos de ordenar y percibir la experiencia. Esta característica encuentra paralelo con menciones que hace Aristóteles sobre la metáfora, el de hacer imagen y el de aparecer el discurso (poner ante los ojos). Esto nos enfrenta con el problema de lo sensible. Partiendo de la rama filosófica que supone que el mundo tiene que ser significado para que pueda ser experimentado y que por lo tanto el mundo no es significativo en sí mismo, la imagen sensible no puede ser el producto de un mundo ajeno a nuestra subjetividad. La misma predilección de Ricoeur por la teoría de la interacción

muestra que la imagen es el producto final de la metáfora, ya que el origen de la figura es semántico. La pregunta es, entonces, ¿Cómo la metáfora crea la imagen sensible?

Estos dos problemas encuentran resolución en el entramado de tres conceptos: la semejanza, el esquematismo de la imaginación y el “ver cómo”.

Semejanza

La metáfora se realiza cuando una cosa se entiende en los términos de otra o un dato es ordenado en los términos de un vehículo. Comprensiblemente estas partes de la tensión están alejadas, tal que al principio no hay isotopía, es decir, no hay una agrupación semántica homogénea que le de coherencia al enunciado. Lo que esta tensión exige es el restablecimiento de la isotopía mediante el acercamiento de los términos en juego.

Ahora bien, la teoría de la interacción postula que las nuevas formas de relacionar surgen de campos asociativos. Como ya se vio parece que estos campos asociativos quedan rebasados por la metáfora y a la vez se considera que no existe un tipo de relación específica en la resolución de la nueva pertinencia, digamos momentáneamente que son accidentes o contingencias de la formación de estos valores. Propiamente no hay razón para la nueva pertinencia, lo que implica cuatro argumentos contra la semejanza. El primero considera que la asociación que se da en la tensión crea semejanzas, pero estas son el producto no la razón o causa. La segunda crítica sustituye la semejanza por la de absurdo lógico, en donde la organización se realiza por una especie de filtro sin requerir necesariamente la semejanza. La penúltima crítica se dirige a que la semejanza significa semejante a una imagen. Así, se privilegia la traslación de una idea abstracta a semejanza de una imagen concreta. La última crítica dice que la semejanza siempre es inclusión en un género por lo que las demás especies de metáforas quedan englobadas.

Con respecto a la última crítica, podemos decir que estas semejanzas son formas de agrupamiento, por ejemplo: la rosa y la mejilla que se ordenan en base a la categoría de color y permite su asociación, o digamos “hoja de papel” que se agrupa por la forma aplanada. Pero esta semejanza es virtual, en el sentido de que de todas las características que elegimos responden al contexto y a los lugares. En realidad no existe tal semejanza, los lugares comunes establecen ciertas formas genéricas que encierran varios fenómenos

creando semejanzas, pero al final todo se parece a todo. Esto responde a la pregunta ¿por qué se vuelven efectivas algunas semejanzas y no otras?

Entonces ¿Por qué esta insistencia con la semejanza? Ya hemos comentado la crítica de que parece que la metáfora trasciende estos lugares comunes, creando nuevos. Otra de las motivaciones tiene que ver con el carácter cognitivo que pudiera cumplir, su capacidad de abrir experiencias, de su enseñar a ver otras cosas, en donde los lugares comunes parecerían ser una limitación. Pero me parece que el motivo más importante es el no quedarse con lo que implícitamente deja la teoría de la metáfora y llevarla hasta el punto en que se puede cuestionar como es que se da la interacción, que capacidades subjetivas están en juego, como se regula y, finalmente, como hace que lo dicho se aparezca. En este sentido la teoría de los lugares comunes es una respuesta superficial.

Empecemos por considerar la posibilidad de invertir los términos, en donde la metáfora es el proceso que engendra estas categorías de clasificación en y a través de los contextos. Si este es el caso es necesario explicar el tipo de relación establecida por la metáfora.

Teniendo en cuenta las críticas expuestas definiremos la dirección que toma Ricoeur al intentar justificar la semejanza como la razón de la metáfora. El primer punto se dirige en contra de la afirmación que establece que el absurdo lógico y la tensión en la predicación sustituyen la operación de semejanza. Para Ricoeur esto sólo es la forma en que se presenta el problema, en el vocabulario anterior sería la impertinencia semántica. El otro lado de la operación, la nueva pertinencia, es la que crea una proximidad entre los términos en principio alejados. Hay que recordar que como este acercamiento se realiza en un enunciado entonces la semejanza no funciona entre las palabras que se sustituyen, sino en la atribución que realiza la predicación.

Ahora bien, esta proximidad requiere que lo que antes estaba alejado se descubra como algo que realmente estaba emparentado, es decir, que exista una verdadera afinidad genérica, dice Ricoeur; una semejanza de familia de carácter preconceptual.

Este acercamiento instaurado por la semejanza tiene cuatro momentos en su argumentación: La tensión entre intuición y construcción, el estatuto lógico de la semejanza, que la semejanza no es una relación exclusivamente genérica, la hipótesis del origen de los campos semánticos.

La tensión entre intuición y construcción recae en los conceptos de *epiphor* y *diaphor*. La epífora es el proceso de unión entre lo que estaba alejado o la síntesis de la diversidad, representando el momento intuitivo. Este momento es como un golpe de percepción, en donde la semejanza aparece de súbito, como siempre estando ahí, haciendo que los campos semánticos se acerquen y provocando el conflicto en la metafórico, la interpretación que crea la pertinencia donde no la había. Ricoeur no deja duda cuando dice que toda invención pasa por un momento de intuición, en donde la estructura cambia y sede a una nueva configuración.

Por su parte la dífora representa el momento discursivo, en donde se debe de crear la semejanza. Esto nos deja ante una paradoja, una tensión entre descubrir y crear y que es lo que se percibe en la tensión entre el sentido literal (la estructura antigua que resiste) y el sentido figurado (la nueva pertinencia).

Podemos intentar explicar esta tensión partiendo por la impertinencia semántica que se percibe como una heterogeneidad en la tensión predicativa. La asimilación de esta tensión implica un proceso que no puede ser por completo una construcción. Ante la falta de precisión de Ricoeur podemos establecer que de todas las relaciones potenciales del lenguaje ninguna se establece en un primer momento. Si fuera el caso de que estas relaciones se construyeran de momento en momento, probando cada una de ellas, este proceso pudiera no concretarse en ningún, ya que nada diría en donde empieza y en donde termina. Lo que se requeriría es una especie de “plan,” un desarrollo que estableciera el camino a seguir o en el vocabulario que hemos utilizado, una forma de acercamiento. En este sentido un golpe de intuición que en una especie de percepción global adivinara y estableciera la pertinencia, por su carácter de asimilación. Si esta intuición es como una especie de percepción que dirige la construcción de la semejanza, esta es la que en un principio se descubre. Para establecer un símil imperfecto, sería cuando vemos un edificio y sin caracterizar sus componentes estableciéramos que es una escuela, como una perspectiva global que se adelanta y se prueba en la edificación. Al preguntar cómo es que lo sabemos, podríamos enumerar las características que hacen de un edificio una escuela, en este sentido construimos su definición. Pero este haz de características relacionadas estaban en cierto sentido en la intuición primaria y en otro sentido no estaban hasta constituida la definición. Transportando esto a la metáfora tendríamos que la semejanza ya

estaba en la intuición primaria y ésta es la que se descubre, pero hasta la construcción concreta y efectiva de la metáfora surge la semejanza.

Otro posible motivo que hace que la innovación requiere este golpe intuitivo, es que los caminos semánticos parecen estar condensados en estructuras. Romper estos núcleos parece que no es un asunto de desviaciones parte por parte. Es como ver la normalidad de una atribución e intentar franquearla al evitarla, con una atribución, cualquiera, pero que no es tan común, como una semejanza demasiado meditada. Es como si olvidara el nombre de la forma alargada que sostiene la silla. Buscaría, por decir algo, una forma alargada y que sostuviera, y entre tantas posibilidades, digamos que por trasposición de imágenes, encontrará aquella que la pueda sustituir. Pero esto sólo es catacrexis, una sustitución de nombres, que es lo que pasaría si buscara parte por parte trasgredir el sistema. Tendría en todo caso que hacer una fórmula de semejanza, una generalización de relaciones que no sea propio al sistema. A base de esta fórmula cambiaría un gran número de relaciones, y al focalizarse sobre un nombre habría un grupo de acercamientos que el sistema no permitía, dando paso a verdaderas atribuciones. En este sentido para que el sistema cambie, se requiere este golpe intuitivo.

Estos dos momentos sólo establecen los procesos necesarios para que dos cosas se acerquen. Pero no se aclarado cual es el estatuto de este acercamiento y si se puede especificar como una relación de semejanza.

El siguiente punto es el estatuto lógico de la semejanza. Partamos de que la doble tensión entre intuición y construcción describe una operación, un proceso en donde se construye una forma de ver que se crea a partir de una intuición. El resultado es la asimilación de dos campos aparentemente no emparentados. Esta asimilación se ha llamado semejanza, privilegiándola sobre otras especies de relaciones. La cuestión, entonces, es encontrarle una especificidad, una implicación que sea lo suficientemente general para agrupar toda metáfora, pero que especifique su funcionamiento como valor lógico, es decir, que nos diga por qué esta relación y no otra.

Ricoeur hace este intento definiendo el valor lógico de la semejanza como el lugar de encuentro entre lo mismo y lo diferente. Según dice, la tensión e interacción refleja el conflicto entre la mismidad que se aprecia en la diferencia. En la operación de asimilación la intuición y la construcción, que acerca lo que antes estaba separado, muestran el

conflicto del sistema que cambia y resiste en virtud de una intuición. Ya como operador lógico la diferencia sobrevive a la imposición de mismidad, a algo se le atribuye algo gracias a una semejanza que las une, pero es una similitud dentro de múltiples diferencias. Así, cuando Ricoeur dice que la semejanza es el lugar del conflicto entre identidad y diferencia no sólo lo podemos ver como un producto aislado de los predicados metafóricos, sino como una propiedad lógica que la metáfora revela, en general, y esto es lo importante, su estatuto es ser siempre necesario en la asimilación predicativa.

Esta forma de afirmar el estatuto lógico de la semejanza se aprecia cuando Ricoeur separa la operación de asimilación (intuición y construcción) de la relación de asimilación. La primera es psicológica y la segunda es lógica. Al decir que tiene un estatuto lógico y no psicológico, implicamos que es independiente de nuestras capacidades. A su vez es efectiva, lo queramos o no, y en este sentido se muestra como necesario para toda relación de asimilación en la predicación. De aquí que Ricoeur intente llevar a la contigüidad como una relación que se da en el sistema y no en la predicación, ya que para la teoría que le da a la semejanza estatuto lógico es necesario que esta sea la relación privilegiada (incluso genética) en la predicación y por lo tanto en el instancia de discurso.

Tratemos de explorar este estatuto lógica. Empecemos por decir que la mismidad y la diferencia son nociones hermanadas que se definen mutuamente. De esta manera sería imposible (desde el punto de vista de la teoría en curso) que las cosas de nuestra experiencia sean “sustancias” con géneros determinados en sus mismidades y en sus diferencias. De no ser así las cosas siempre serían lo que son y cualquier intento de entender algo por medio de otra cosa sería absurdo, ya que las cosas sólo se entenderían por el género que le pertenece. La crítica a Fontaneir no tiene desperdicio en este momento, la metáfora necesita del juicio en el momento en que se contemplaba tanto aquello que aparecía, como la forma de la aparición y la apreciación de la misma. En este sentido la impresión de lo que “es” no es suficiente en el momento de entender algo por medio de otra cosa. Como lo presentamos anteriormente, esto sólo es posible si la metáfora es pura sustitución de nombres y si se está en posesión de los campos de préstamo.

Teniendo en cuenta lo anterior el movimiento de la semejanza no está lejano. Si preguntamos cómo es que definimos que algo pertenece a un grupo y se diferencia de otros, no tenemos otro remedio que decir que al acercarse se mantienen semejanzas y se carece

de otras. Así cualquier relación de acercamiento e incluso del alejamiento, sea este necesario o no, pasa por esta relación, y es necesaria porque toda operación de acercamiento requiere el mismo tipo de relación.

Con base en lo anterior podemos interpretar la frase de Ricoeur, la semejanza es el lugar de encuentro entre lo mismo y lo diferente. Es como si antes de la capacidad de separar y unir, hablar de mismidad y diferencia no tuviera sentido, porque antes de nuestra acción no existen tales categorías. Así, lo mismo en todo es tal porque es diferente en todo respecto de aquello que no es lo mismo. Es decir, que aun en la suposición de un todo unificado antes de nuestra acción interpretativa, requeriría otro para ser igual a sí mismo, a lo mucho sería lo aún no definido. La semejanza es tal porque encuentra resistencia.

Con respecto a que todo se parece a todo, la misma semejanza pone en juego este enunciado. Es como una fuerza que en efecto hace que todo encaje en todo, digamos un deseo de mismidad que destruye los obstáculos que impiden una asimilación completa. Pero aquí encontramos la resistencia, tanto contextual como de los valores lexicalizados. En este sentido no todo se parece a todo y hace que se parezcan sólo en algunos aspectos.

En cuanto a los valores efectivos, es decir, las semejanzas que podemos ir anunciando, son dependientes de este proceso. Es fácil señalar que estas semejanzas cumplen funciones bien definidas. Con cierta generalidad es el principio que nos permite relacionar una cosa con otra cosa en una instancia de discurso. En nuestra propia experiencia somos capaces de relacionar cosas porque creemos que están emparentadas, al igual que podemos definir un concepto por medio de otros. En este sentido el juego de la mismidad y la diferencia es amplio y fundamental en el orden de la inteligibilidad y aunque todo podría parecerse a todo, lo que se crea es funcional en la cotidianidad, sólo si no todo se parece a todo. De esta manera la semejanza es una base lógica por el que cualquier puente semántico tiene que pasar.

Otro problema es que la semejanza destruye las diferentes clases de metáforas, a saber: de género a especie, de género a género y de especie a especie. Ricoeur toma la noción de error categorial, el cual consiste en presentar los hechos de una categoría con el lenguaje apropiado para otra. Se puede notar que esta definición es muy cercana a la definición de metáfora. Para empezar, hablar de una categoría por medio de otra implica la

abolición momentánea de una categoría inicial. Esta categoría, que en ciertos enunciados mantiene la isotopía, es la que en un principio no permite o marca la resistencia hacia nuevas relaciones. Al trasgredir esta resistencia nuevas semejanzas se pueden crear, las cuales eran bloqueadas por la antigua categoría. Así, en un principio está el sentido literal, que es la vieja categoría en función. Bajo la imposibilidad de interpretarlo tenemos la impertinencia semántica en la predicación, aquí la frontera lógica tambalea por su insuficiencia. Finalmente la nueva pertinencia marca el surgimiento de una nueva semejanza. En este procedimiento todas las especies de metáforas respetan sus respectivas diferencias. En cada una el error categorial es efectivo, pero el camino que tome la semejanza en cada una no está determinado por el error categorial, y en este sentido no es necesario que sea siempre genérico.

Lo anterior nos lleva a la hipótesis de que este proceso que va más allá de toda categoría establecida es la que las engendra. Aquí hay varias opciones, ya que esta hipótesis no se aclara por completo. Estableciendo una base tenemos que como las anteriores categorías o esbozos de categorías se establecen sobre la semejanza, estas únicamente cambian o se rompen bajo otras relaciones de semejanzas. Basado en esto o bien las categorías nuevas surgen de antiguas categorías o bien surgen íntegras de otro lugar. Nada de lo dicho por Ricoeur elimina la probabilidad de que algunas se transformen y así muten a algo diferente, pero por la radicalidad del planteamiento ricoeuriano tenemos que suponer el surgimiento íntegro. Esto es porque las nuevas pertinencias no pueden ser entendidas por nada anterior, como se ha dicho, ellas crean su propio espacio de referencia. Lo interesante de esto es que se supone algo diferente que el espacio de semejanza lógica y los procesos psicológicos, es decir, si bien estos delimitan el uso no explican el origen. Este algo más queda en suspenso y parece ser lo mismo que pudiera explicar el lugar de surgimiento de la innovación semántica. La afirmación es contagiosa y la conexión inevitable; *La génesis de nuestras categorías se pueden explicar de forma privilegiada a través de las innovaciones semánticas, si no es posible explicar todas de un golpe y bajo una intuición abarcadora, se tendría que hacer por el rodeo de cada innovación semántica.*

Respecto a su estatuto preconceptual esta hipótesis diría que el descubrir semejanzas es el estado preliminar de la construcción conceptual, entendiendo esta última como una categoría que asimila todas las diferencias en una mismidad y que limita su

interacción con otros conceptos. Dice Ricoeur, una semejanza de familia une individualidades bajo la resistencia de los usos anteriores, antes de que una regla de carácter lógica las sujete. En este sentido la relación por semejanza revela un proceso preconceptual e implica que lo conceptual dependa de la innovación, que después será entendida en los términos de la imaginación.

Otros de las implicaciones de esta hipótesis es la suposición de que todas las categorías en que ordenamos la experiencia tienen su génesis en la relación de semejanza, tal que la metáfora impide sobrevolar el mismo proceso. Como se verá más tarde, existen procedimientos contemporáneos que intentan clasificar todos los campos que permiten las relaciones de semejanza, constituyéndose en conocimientos previos y que por consiguiente intentan estar fuera de estos campos metafóricos. Aunque pueda haber ciertas metáforas fundamentales en determinadas culturas o quizá como especie humana, no hay en Ricoeur una serie de ejemplos que intente reducir o limitar estos campos. Es más coherente, según el análisis que hemos llevado, que en vez de intentar denominar *a priori* todas las matrices para las relaciones de semejanza, desarrollar estas mismas a través de su expresión metafórica, y ver la novedad en la relación que se establece en ella.

Una segunda implicación establece que esta relación es establecida por un lenguaje efectivo, tal que ninguna reflexión puede ir más allá del lenguaje. Sin embargo ya que todo establecimiento categorial pasa por el medio del lenguaje, a una filosofía reflexiva le sería suficiente la reflexión sobre este medio. Así mismo si consideramos que hay sólo una relación privilegia, esta necesitará y posibilitará la creación de una teoría general de la interpretación basada en ésta.

Así queda enlazada la semejanza: Una polaridad entre intuición y construcción en el proceso psicológico, una dinámica lógica entre diferencia y mismidad en el plano de la relación de asimilación y un procedimiento preconceptual que hipotéticamente rompe y crea categorías.

Finalmente, sin quitarle relevancia a los lugares comunes, estos sólo señalan el sentido literal o las metáforas lexicalizadas, indicando que toda innovación es respecto a estos lugares. La hipótesis de que el proceso metafórico crea estos lugares le dan preeminencia a la asociación por semejanza que a los lugares comunes y que en general

pueden ocultar el proceso detrás de ellos, ya que son el último eslabón que va de las metáforas vivas hasta su fosilización.

El esquematismo de la imaginación

La argumentación del esquematismo inicia por la teoría de Michel Le Guern el cual reformula la tesis de Roman Jakobson, intentando responder a algunas objeciones. Sin entrar a esta polémica presentamos sus principales lineamientos. Hay dos procesos generales en el funcionamiento del lenguaje; la selección y la combinación. La selección es una operación intralingüística. Consiste en la capacidad de sustituir y seleccionar signos en un nivel paradigmático. Así mismo, por realizarse dentro del sistema semiótico articula el sentido en el lenguaje. El tropo que la ejemplifica es la metáfora. La otra operación es la de combinación, la cual es extralingüística, en donde el lenguaje se conecta con el mundo, tal que tiene una función referencial. Básicamente consiste en la capacidad de combinar una serie de signos en un plano sintagmático. El tropo que revela esta función es la metonimia.

Esta teoría explica la metáfora muy parecida al análisis sémico, en donde el mensaje encuentra una incompatibilidad con el contexto, encausando la supresión de algunos semas para reconstituir el mensaje. Así la supresión sémica es la explicación de cómo se produce la interpretación de la metáfora. Salvo el alegato de Ricoeur de que la supresión sémica es el proceso final de la metáfora y que la ruptura de sentido es tan necesaria para la metáfora como su solución (crítica ya expuesta) Le Guern presenta la siguiente contribución al valor de la imagen en la metáfora.

Por principio, como la metáfora sólo concierne al sentido, la imagen sólo es parte de la connotación, por lo tanto es imagen asociada. Esto acontece cuando elementos de una isotopía se encuentra con un elemento extraño a él. En esta interacción los hechos del lenguaje son ordenados por semejanzas gracias a la imagen que se asocia.

Hay tres modelos de las relaciones de semejanza dentro de la imagen. El primero es el del símbolo, en donde su interpretación está ligada a un hecho extralingüístico. En el ejemplo de Ricoeur “la fe es un gran árbol” se implica que si no se tiene la imagen mental de un árbol es imposible saber cuál es la información del enunciado. En el otro extremo

tenemos la semejanza creada por la percepción, relacionando los contenidos de los sentidos. Esta es la semejanza de la sinestesia.

Entre la intelectualización de la imagen del símbolo y la relación puramente perceptiva de la sinestesia, se encuentra la metáfora. En el caso de la metáfora la imagen no es vital para la interpretación del enunciado, es decir, no sirve de base para la semejanza encontrada en ella. En este sentido es sólo imagen asociada por lo que no llega a intelectualizarse. Fácilmente se puede olvidar el flujo de imágenes que llegan por la atribución metafórica, ya que su evocación es una contingencia realizada por el psiquismo. Sin embargo no es pura percepción, ya que es la interacción semántica la que la evoca.

Realmente este conflicto en la metáfora entre imagen asociada e imagen semántica no se resuelve con Le Guern, así, dice Ricoeur, no se especifica si la imagen es representación o lexema o si es psicológica o semántica. Lo único que esta teoría especifica es que la imagen es un carácter extraño a la isotopía del contexto, por este carácter intermedio entre el símbolo y la sinestesia. A demás la imagen como connotación es exterior a la información del mensaje y sin embargo se supone que ayuda en la reducción de la desviación. Pero es imposible que algo exterior al mensaje suprima la incompatibilidad, sobre todo porque esta es semántica. Entonces la pregunta correcta es ¿Cómo es que la semejanza crea la imagen? Y por otro lado está el conflicto de ¿Cómo se resuelve el carácter ambivalente (entre la percepción y la intelectualización) de la semejanza de la metáfora?

Esta pregunta empieza a tener respuesta mediante la teoría de la iconicidad de la metáfora. Paul Henle postula que la metáfora es el deslizamiento de un sentido literal a uno figurado. El sentido literal es el sentido lexicalizado el cual se ofrece de forma inmediata, mientras que el sentido figurado es siempre mediato y por lo tanto creado por el contexto. Este deslizamiento, de lo literal a lo figurado, es la estrategia para decir algo por medio de otra cosa que se le asemeja.

Bajo estos rasgos la metáfora presenta un carácter icónico. Comúnmente el icono se entiende como una representación, algo representa a otra cosa porque se le asemeja. Tal que la definición de la metáfora es muy cercana al icono. Así, se establece que la metáfora tiene función icónica aunque el lenguaje no sea icónico, es decir, no se parece a las cosas.

Un primer problema de la forma en que se plantea lo anterior es que el icono no se presenta “[...] si hay un elemento icónico en la metáfora, es igualmente evidente que el icono no se presenta, simplemente se describe” y se agrega enseguida: “Lo que se presenta es una fórmula para la construcción de iconos.” El principal problema es determinar si el icono es o no el enunciado metafórico o si es este acercamiento entre los términos, el cual se da en el lector. Por ejemplo: en la enunciación “el tiempo es un mendigo” sólo vemos el conflicto, es decir, que ni el tiempo ni el mendigo pertenecen a la misma isotopía. Aunque aquí no tenemos contexto, se supone que este daría algunas pistas para relacionar los dos términos. En fin, en la enunciación no se encuentra el icono, sino más bien en la resolución, la cual se da en la interpretación que crea la nueva pertinencia y esta se realiza en la lectura como paráfrasis, al igual que la semejanza como una perspectiva. Así la resolución (si es porque es desgarrador o porque nos deja sin nada, etc.) es más bien algo que extraemos del conflicto, lo único presente en el enunciado metafórico. Entonces el icono está en la lectura de la metáfora que es la mediación que crea la cercanía. En este sentido la mediación, el acercamiento y la semejanza son aspectos de un mismo fenómeno y estas tienen una función icónica (entender algo creando la similitud).

En otra obra Ricoeur dice “La imaginación es la precepción, la visión súbita de una nueva pertinencia predicativa, a saber, una manera de interpretar la pertinencia en la falta de pertinencia.” Lo interesante es que esta capacidad de acercar, de percibir, de hacer iconos, etc., es la imaginación, que es la misma que rompe la relación lógica entre campos semánticos y la que los compone. Así, este poder de la imaginación es la que hace la mediación entre lo literal y lo figurado y la que engendra las clasificaciones.

Entonces, ¿Cómo se justifica que sea el lenguaje y no la imagen? Aunque el esquema no se presenta no se puede negar que hay un flujo de imágenes, no sólo en la metáfora sino en el lenguaje mismo. Si no se puede dissociar, entonces hay que hacer que el lenguaje regule el flujo de imágenes y dejar a la imagen como un carácter secundario.

Este carácter secundario de la imagen es lo que le da el estatuto de esquematismo a la metáfora. El esquematismo de la imaginación es el procedimiento que hace que la difusión de lo sensible se concrete en una imagen. En este sentido es una fórmula para crear iconos, una fórmula que estable nuevas semejanzas. Primero la colisión semántica fija el problema y después la función icónica crea la nueva pertinencia.

Pero como ya se mencionó el lenguaje no es icónico ya que las palabras no se parecen a las cosas. En todo caso ¿cómo es que el lenguaje crea iconos sin tener que involucrar representaciones mentales? Lo anterior se intenta resolver mediante el “ver como” el cual veremos en el siguiente capítulo. Antes de eso exploraré la idea de esquematismo metafórico bajo tres preguntas:

1.- Si la imaginación crea el acercamiento ¿Cómo intenta Ricoeur explorar este acercamiento en el enunciado metafórico?

2.- Ya que el esquematismo de la imaginación se relaciona con las facultades sensibles e inteligibles ¿Qué clase de relación se implica?

3.- ¿Qué estatuto tiene la imaginación lingüística respecto a la inteligibilidad de la experiencia? Aquí nos preguntamos por el carácter apofántico del lenguaje, lo cual encuentra cierto eco en la idea de que el lenguaje regula la aparición de la experiencia, o mejor dicho, nuestra experiencia se construye lingüísticamente.

Para responder la primera pregunta nos desviaremos hacia otra teoría. Como ejemplo nos servirá el análisis de la lingüística cognitiva que hace Jesús Ortiz retomando la teoría de Lakof y Johnson cuya base es experiencialista, en donde el pensamiento depende de experiencias físicas y proyecciones metafóricas, en oposición a la idea de que el pensamiento es la manipulación de símbolos abstractos que corresponden con realidades objetivas.

El factor que nos interesa es el concepto de los “modelos cognitivos idealizados” que son entidades estructuradas que organizan nuestro pensamiento. Estos son términos pre-conceptuales de la experiencia que hacen que las expresiones lingüísticas tomen significado. Entre las cuatro características de este concepto sólo nos interesa uno, el que son esquemas lingüísticos para crear imágenes, es decir, modelos abstractos, mientras que la metáfora es un modelo operativo (forma en que opera el esquema).

Hay que aclarar que esta teoría conceptual separa la metáfora concepto de la expresión metafórica. La primera es la estructuración del pensamiento (el esquema) y la segunda es la expresión individual. Así mismo una expresión metafórica resalta algunas partes del esquema mientras que oculta otras.

Según esta teoría los esquemas se crean por los patrones recurrentes, principalmente sensaciones corpóreas, (lo que permite hacer un listado) aunque el

surgimiento por convención no se descarta. En general es un sistema pre-conceptual que conecta un gran número de experiencias de estructura parecida y que al ser compartidos se convierten en códigos culturales. Sígase de lo anterior que la forma en que adquirimos los esquemas es por experiencia personal o por la cultura. Finalmente, esta teoría cree que las metáforas poéticas no son del todo creaciones inéditas. Según se especifica, las metáforas corresponden al pensamiento y no al lenguaje, en este sentido usan (los poetas) las mismas metáforas que realizamos en la vida diaria, sólo que ellos las desarrollan, expanden y mezclan. En general los poetas comparten los mismos esquemas o matrices que las demás personas.

Ricoeur estableció que los esquemas son fórmulas para crear imágenes y que las metáforas funcionan icónicamente. Podemos intentar hacer el paralelismo entre la fórmula del icono y el icono, con la idea de metáfora conceptual y expresión metafórica. Por ejemplo: una metáfora conceptual sería “entender es ver” y una expresión metafórica basada en este esquema es “sus explicaciones son claras.” Otro ejemplo: “Las ideas son plantas” funciona en la expresión “sus ideas fructificaron enseguida.”

Ahora bien, mi intención no es polemizar con esta teoría y menos realizar un estudio comparado, sólo se intenta tomar una posición sobre la noción de esquema. Dicho lo anterior podemos deducir en lo tratado, hasta este momento, la propuesta de Ricoeur. Entre los parentescos podemos decir que esta teoría se mueve en la predicación y le da un alto valor cognitivo a la metáfora y no supone de forma absoluta un mundo fuera de la experiencia.

Una de las notables diferencias es la separación de esquema y expresión. El esquema parece depender de sensaciones y representaciones primarias, mientras que en Ricoeur lo sensible no parece ser la base. En un segundo momento vemos que el pensamiento se distancia del lenguaje. Aunque el esquema se enuncia lingüísticamente, son más bien asociaciones primarias de las que se compone el pensamiento y que da, ahora sí, una forma lingüística en la expresión metafórica. En Ricoeur, momentáneamente como hipótesis, el pensamiento no se separa de su expresión, y aunque no se identifique totalmente no se puede ignorar el medio del lenguaje. Si bien la razón de la metáfora, digamos el esquema de la semejanza, no es obvio en la expresión metafórica, esta sólo se

realiza en la expresión. Esto es lo que impide que se cree una lista de los principales esquemas metafóricos, deslindándose de su expresión efectiva.

Lo anterior sería la crítica a la facilidad con que se establece la metáfora conceptual. Un esquema tendría que ser la reducción final de una expresión metafórica, la razón de la semejanza. Pero esta reducción parece ser en la teoría de Ricoeur continua e infinita. “Las ideas son plantas” ¿no se puede reducir a otras metáforas sobre el estatuto de la idea y la concepción que tenemos de las plantas? y éstas ¿no son metafóricas? Dicho de otra forma, ¿podemos reducir la constitución de nuestro pensamiento a experiencias básicas? Lo que tenemos realmente es una idea anterior a la metáfora que sirve para descifrar toda semejanza, algo así como un grado cero de experiencia que permite hacer un listado de los patrones cognitivos que usa el pensamiento. Estos “patrones” de semejanza en Ricoeur se desarrollan más que se reducen o descifran en base a algo anterior.

Sin embargo la tarea parece ser compartida, lo que hacemos es encontrar éstas relaciones de semejanza, que en el caso de Ricoeur sería interpretarlas en su actualización. Pero en un sentido más filosófico no se trata, por supuesto, de interpretarlas, sino de saber como lo hacemos. ¿Qué clase de pertenencia está de base?, y ¿Cómo se nos dan las experiencias?, son en parte las preguntas cuyo medio de reflexión es la metáfora.

Retomando nuestro problema tenemos que la fórmula del icono y el icono se diferencia sin distanciarse, ya que uno se entiende a través del otro. Así se iría de la expresión al esquema y del esquema aquello que lo posibilita, que parece ser el camino contrario del ejemplo anterior. En este sentido la imagen es resultado y no causa.

Con lo anterior tenemos una idea de la fórmula icónica. Como lo no dicho de la metáfora no es algo oculto, sino desarrollado, no es precisamente un término sino un perspectiva de semejanza que recobra el sentido de la expresión metafórica, una especie de atribución que hace que la expresión no se quede en el puro conflicto. A su vez este puede ser condensado en una forma lingüística, que aunque no es definitiva, regula la interacción de la predicación.

El siguiente problema es explicar las consecuencias de llevar a la imaginación a una dimensión verbal. En la teoría kantiana, sujetándonos al modelo ofrecido por Ricoeur, el esquematismo de la imaginación intentaba resolver el problema del derecho que tenían las categorías puras de referirse a intuiciones. Es sabido que el esfuerzo

consistía en sustentar que sólo pensamos los objetos a través de estas categorías (que es el hecho de que pensemos mediante ellos) sino que sólo mediante estas categorías los objetos podrían ser dados a la experiencia, que es el derecho normativo que tienen estas categorías.

La facultad de la imaginación funcionaba como un puente entre entendimiento y sensibilidad, en tanto que era el primer paso de la síntesis del objeto. Primero la imaginación recorría y unía las indefinidas impresiones del tiempo para darles una forma concreta. A esta forma concreta el entendimiento le daba una regla general, le imponía un concepto normativo, para que el objeto pudiera ser dado, entendiendo objeto como la síntesis de la intuición y el concepto.

El esquema es la propuesta para unir estos extremos tan heterogéneos. Un término que no es empírico y que sin embargo es intelectual y sensible. Esto separa la imagen del esquema, ya que como se dijo, es gracias al esquema que surge una imagen concreta e individual. Pero el esquema no es la imagen sensible sino el método que la imaginación realiza para construir la imagen. En ejemplos de Colomer, el esquema del círculo no es aquel que trazó en un pizarrón, al igual que el concepto de triángulo no pueda ser llenado por alguna imagen. Así, *si el esquema no se presenta no puede ser icónico*. De igual manera el concepto de triángulo sólo existe en el pensamiento y es una regla de síntesis de las figuras puras del espacio, para que un triángulo sea reconocido como tal. De esta manera el esquema es una acción y por lo tanto *a priori*, mientras que la imagen es empírica. Esta idea será compartida en el “ver como” en donde es al mismo tiempo un acto y una experiencia.

Ahora bien, dejando fuera todo aspecto empírico de la multiplicidad lo que queda es el tiempo, como encadenamiento de todas las representaciones que encierra una multiplicidad en la intuición pura. En este sentido la imaginación trascendental es flujo en el tiempo y es lo que permite que de ella se deduzcan las categorías, otorgándoles valor objetivo. Pero también significa que el entendimiento está anclado en el devenir de la multiplicidad, sólo determina intuiciones, y en este sentido está limitado a lo sensible y a la dualidad de objeto-sujeto.

Esta dualidad toma otros rumbos cuando la imaginación se vuelve lenguaje. La crítica del joven Hegel nos será de utilidad a la vez que mantiene cierto parentesco con la propuesta de Ricoeur. De las primeras ocasiones en que el esquema se vuelve lenguaje lo

encontramos en la metacrítica (Herder). Este movimiento considera que la omisión del lenguaje en la propuesta kantiana tiene su lugar en el esquematismo. El lenguaje es el que eleva los sentidos a la experiencia del concepto, cuya articulación hace que las intuiciones se subsuman a ciertos significados. Por este medio somos capaces de reconocer las experiencias individuales, una persona, la computadora sobre mi escritorio, etc. De la misma forma mantiene el lenguaje la ambivalencia entre lo sensible y lo inteligible, por un lado es sonido y letras, y por otro trasmite significado. En este sentido el lenguaje y no el esquematismo de la imaginación es la que hace la unión entre lo particular y lo universal, entre la intuición y la regla.

Las consecuencias de considerar los esquemas lingüísticos son considerables, principalmente porque Hegel verá en el lenguaje la forma en que el entendimiento se separa de lo sensible para convertirse en razón y producirse desde sí misma. Sin entrar a detalle podemos exponer los principales momentos de esto, lo cual será indispensable para saber los alcances del planteamiento de Ricoeur, sobre todo cuando llegue la hora de recuperar el conocimiento ofrecido por la metáfora.

1.- La imaginación no está anclada en la subjetividad. Una de las críticas de Hegel a Kant consiste en que él plantea que la imaginación es una facultad del sujeto y depende de lo finito, es decir de lo empírico, dejando al concepto vacío. Este error, presa de un dualismo, no ve que la unidad de síntesis es precisamente la imaginación productiva, que con su espontaneidad podía ser la raíz de la sensibilidad y el entendimiento, pero que Kant sólo la vio como un principio de sensibilidad, pura receptividad. La “propuesta” radica en que intuición y entendimiento no sean facultades aisladas sino que venga de un mismo principio, el cual se divide internamente (en un yo y sus contenidos objetivos) lo que implica que originariamente es unidad. Sin ir más lejos, aunque en la reflexión se da la incisión, la unidad es originaria, la misma reflexión puede remontarse hasta esta unidad, mientras que recorre las determinaciones que ella ha hecho de la realidad, surgidas desde ella misma.

2.- Esta unidad se recupera por medio del logos, tal que no surge de una intuición ni des-categorizando la experiencia. El lenguaje es el principio en el cual es superada la naturaleza por el espíritu, tomando posesión de ella, en donde la experimenta como libertad en el espíritu. En este desarrollo la imaginación tiene un lugar parecido al que tenía

Kant, entre la intuición y la inteligencia, pero en un primer momento es sólo imaginación reproductora, es decir, representación recordada. No totalmente presa de la inmediatez, pero aún sin liberarse de la imagen está interiorizada por medio de la memoria, es decir, como no requiere contenidos inmediatos no depende de la presencia.

El siguiente paso pone en acción la imaginación productora, la cual convierte en lenguaje la imagen. Establecimos que con la memoria la imaginación no es presa de la inmediatez de la imagen, pero esta sigue funcionando a través de ella. Pero cuando llega el lenguaje ya tiene cierto material interiorizado, que como propio y convertido en signo no requiere que sea reproducido, esto le da la posibilidad al pensamiento, por medio del signo, de crear sus propios contenidos. Este es el primer rasgo del pensamiento en el lenguaje, su completa libertad de la inmediatez.

Su segundo rasgo corresponde a su capacidad de exteriorizar, colocando por medio de la enunciación su contenido exterior. Esta es la segunda existencia que el lenguaje le da a las cosas, en donde dejando de ser representaciones pasan a ser lo que la cosa es, es decir, el espíritu se reconoce en su producto. Bajo esta independencia y exteriorización el mundo es ordenado a través del signo, lo que implica la puesta de un orden no guiado por la naturaleza, sino la revelación del espíritu creando su propio orden.

Así tenemos la progresión de la intuición hacia el entendimiento: “La inteligencia conoce en primer lugar intuitivamente, luego alcanza la certeza de sí mismo en la representación y llega finalmente a la verdad de las cosas en el pensamiento, que se nos da exteriorizado en el lenguaje.”

Esta progresión diferencia el pensamiento productor del reproductor, en donde el primero es formador, ya que al reflexionar desde sí saca sus contenidos inmanentemente. El pensamiento reproductor se piensa desde conceptos que están limitados por sus representaciones y por lo tanto mantiene el dualismo. El paso de la memoria, la cual establece un lazo *arbitrario* entre la imagen y el signo, da paso al surgimiento de la libertad del pensamiento especulativo.

Ahora bien, este esbozo de modelo nos permitirá realizar algunas reflexiones sobre la metáfora, sin intentar hacer estas teorías del todo conmensurables, sólo las tomamos como guía para entender las implicaciones de Ricoeur. Lo que en un futuro nos llamará la atención es la posibilidad de esta progresión y de si realmente nos podemos deslindar

completamente de este primer aparecer, y que sin partir de la noción de absoluto el pensamiento se pueda independizar formulando sus propios contenidos. En este sentido nos preguntamos por la independencia del pensamiento. Un segundo problema concierne a la capacidad que tendrá el pensamiento, si es el caso que no tenga completa independencia. En este sentido ¿no será que el pensamiento sólo prolonga las semejanzas metafóricas y cree encontrar su independencia sólo mediante el olvido del campo que lo domina? Estas son algunas preguntas que surgen al ingresar el lenguaje y las cuales no tendrán un respuesta hasta ver la diferenciación entre pensamiento especulativo y poético.

En base a lo anterior podemos resumir el esquematismo de la siguiente manera. Primero; tenemos que la función icónica se da en la interpretación del enunciado y no en el puro enunciado, el cual es el conflicto. Segundo; esta función icónica se revela como paráfrasis, como la exploración interminable que rompe el sentido literal y acerca, en lo llamado sentido figurado. De esta manera el carácter icónico es la figuratividad. Tercero; la eclosión del sentido figura, al ser paráfrasis, se va describiendo, caso que sólo sucede en el medio del lenguaje. Esta descripción lingüística liga imágenes, he aquí la complicación. Este es el carácter esquemático del lenguaje, en donde su articulación liga imágenes de una forma específica y crea, por así decirlo, un nuevo ser, una nueva perspectiva, en definitiva una nueva visión. En este sentido la nueva pertinencia es un golpe de impresiones condensadas, intuitivamente decimos que se ve. Con Aristóteles vimos que la metáfora pone ante los ojos y hace aparecer el discurso. Otra expresión hermana de las anteriores es la que dice que se presenta algo de forma más viva. *Todas estas indicaciones señalan el cúmulo regulado de imágenes y muestra un carácter apofántico.* Esto nos deja de nuevo entre la intuición y el lenguaje.

La interpretación que creo más adecuada en este punto de la obra de Ricoeur, y que no por ello tenemos que asumir que es plenamente satisfactoria, es un doble recorrido. Remitiéndonos únicamente a la metáfora tenemos que el nuevo sentido se presente como intuición. En el desarrollo de la misma esta es conformada por imágenes interiorizadas, no presentes. En este sentido estamos en el ámbito de la memoria. En un desarrollo posterior la paráfrasis despliega este sentido, tal que se convierte en lenguaje. En este momento no hay total independencia del lenguaje.

Si bien en el orden inmediato de la presentación del sentido pareciera que la intuición es dominante, en un segundo recorrido los términos se invierten. En el orden de la fundación, ya que hemos hecho el recorrido, el lenguaje es el que tiene el primer puesto. Las imágenes, porque pueden ser puestas en paráfrasis y descritas en su sentido, ya tienen un orden. No son imágenes libres sino reguladas y quien las regula es el lenguaje. La postura de Ricoeur no se presta a equívocos:

Pero este sentido común atribuido al concepto de imaginación no es plenamente reconocido mientras no se vincule la fecundidad de la imaginación con la del lenguaje, tal como es ejemplificada por el proceso metafórico. Pues olvidamos entonces la siguiente verdad: sólo vemos imágenes si primero las entendemos.

Esta idea la podemos ejemplificar parafraseando a Hegel. Es como si de un cúmulo de sensaciones nada surgiera. Algo liso primero, después algo rojo, luego brillos. Sólo una nada cambiante carente de ser. Entonces aparece el lenguaje y dice, ese es un escritorio, ésta una flor roja y esto una pantalla. Sólo por medio del lenguaje surgen los seres en el mismo momento del entendimiento, convirtiendo a las sensaciones en imágenes vistas. Las imágenes ya están articuladas en el lenguaje, en orden de que sean imágenes.

Lo anterior nos liga con nuestra tercera pregunta, ya que no hay objetos hasta la aparición del lenguaje. Esta idea la podemos ligar con una expresión bien conocida: “el lenguaje es la casa del ser.” Ricoeur señala que la imagen no es la impresión sensible, sino un aura del habla. En esta medida la expresión es lo que crea la imagen. Uniendo la idea kantiana de que la imaginación es la forma del tiempo y que el lenguaje crea ser, el tiempo es devenir de expresión. Lo que aparece, lo que tiene ser, está estrechamente ligado con lo que podemos expresar, sígase que un nuevo ser del lenguaje es un incremento de ser.

Así la sensibilidad y la inteligibilidad tienen su momento de encuentro en el lenguaje, parecería que el lenguaje engendra como inteligibilidad la sensibilidad, como si el lenguaje “engendrara” lo sensible o este nunca se diera por sí mismo, mostrando su unidad originaria. Este encuentro es la misma iconicidad, en la medida que su resultado es un flujo de imágenes reguladas. Esto crea una forma de ver, un aparecer temporal, en la medida que funciona en una instancia de discurso. Así mismo este aparecer es en su origen inteligible, en tanto que depende del lenguaje. Estas nociones se juntan para darle forma a la idea de

resonancia, en donde la imagen poética es una especie de visión que reúne y unifica, reduciendo la brecha de todo dualismo. Esta idea la abordaremos hasta la tensión entre el es y el no es metafórico.

Lo expuesto aquí es una tentación que pretende explicar lo que está en juego en la teoría de la metáfora. Bajo la revisión de cómo es que el lenguaje regula las imágenes en la metáfora, intentaremos ver su compatibilidad.

Ver como

El carácter sensible de la imagen ha aparecido a lo largo de este estudio. En Aristóteles es el poner ante los ojos. En Fontanier es la presentación de una idea bajo el signo de una más conocida. En Richard el vehículo es a la semejanza de un dato, como a una imagen a una significación abstracta. Le Guern postula la imagen asociada. Por el contrario Black con su idea de un tema subsidiario y uno principal y Beardsley, con su gama de connotaciones, se quedan en el plano de la significación puramente verbal, al igual que el esquematismo de la imaginación, como ya se ha expuesto. Como paréntesis podemos decir que la importancia de esta larga batalla radica en que si la metáfora no tiene articulación con lo sensible, no tendría derecho de rehacer la experiencia.

La respuesta a esta interrogante ya la hemos adelantado en el estudio anterior, a medida que el esquematismo es tanto intuitivo como intelectual. Esta pareja encuentra eco en Ricoeur por medio de otros conceptos como: lo verbal y lo no verbal, lo psicológico y lo semántico y el sentido y lo sensible. Como ya vimos esto termina en el carácter apofántico del lenguaje.

Ricoeur parte de tres puntos de la teoría de Marcus B. Hester. El primero radica en que el lenguaje poético tiende a fusionar el sentido y los sentidos, al contrario del lenguaje en prosa, el cual distancia el sentido de los sentidos por un lazo arbitrario de significar. El segundo punto radica en que la fusión entre sentido y sentidos hace que el discurso poético se designe a sí mismo. Esta es la cancelación de la función referencial del lenguaje, en donde sin perderse en el exterior, el lenguaje se vuelve lo designado. El último rasgo es el resultado de los anteriores, en cuanto que el lenguaje al cerrarse sobre sí mismo

y cancelar su función referencial, articula una experiencia ficticia, una forma de experimentar.

Ahora bien, para Hester esta experiencia del texto poética presenta una suspensión y una apertura y organizan los tres puntos anteriores. Por un lado la lectura es la suspensión de la realidad natural, lo cual posibilita la apertura a la experiencia ficticia del texto. Bajo esta noción la fusión de lo sensible y el sentido se articula mediante las imágenes que evoca el lenguaje. Estas imágenes son impresiones sensoriales evocadas por el recuerdo, las cuales desarrollan el sentido realizado en la palabra. Si suponemos que lo imaginario son impresiones no atadas a una realidad empírica (aunque en Hester parece ser su origen) tenemos la idea de neutralización de la realidad. Si por el otro lado el sentido se desarrolla en imágenes tenemos una amplia apertura del mismo, al no estar acotada a la experiencia natural. Esto justifica la idea de que la poesía no tiene valor referencia, ya que la referencia en un sentido habitual concierne a la correspondencia entre lo dicho y una realidad extralingüística, lo que haría que lo imaginario no sea tal. En este sentido sólo se puede decir a sí mismo, es decir, designar el icono (unión de sentido e imágenes evocadas). Esta iconicidad no es una asociación libre de las imágenes, en el sentido de que sean privadas.

El sentido regula el flujo de imágenes tal que la lectura del texto poético puede encontrar afinidades de experiencias, en este sentido el icono es un esquema para las imágenes y no una evocación particular.

Ricoeur encuentra resistencia con esta teoría ya que no es precisamente el lenguaje el que crea las imágenes, sino que más bien las evoca y regula. Así las imágenes pueden estar implicadas en sus referentes, en la memoria o en la convención cultural, siendo muy exteriores al lenguaje.

Aquí es donde se incluye el “ver como”. Básicamente consiste en ver lo sensible como el sentido lo describe, (ver el dato como el vehículo) sólo en algunos aspectos. Lo que hace esta noción, a diferencia de las demás, es que contiene el paso intuitivo y el paso inteligible, lo que antes habíamos establecido como la diáfora y la epífora.

El lado intuitivo se establece en tanto que se ve o no se ve aquello que se describe. Por ejemplo, yo puedo decir “ve a la sociedad como una máquina.” En ese momento una plétora de imágenes relacionadas con el término máquina se desata y ya fuera de nuestro control puede crear la experiencia de sociedad-máquina. Esta experiencia se da o no se da,

es decir, no se puede forzar a que alguien experimente la sociedad como máquina. Me parece que en este sentido tenemos el ver, falta el como.

Al igual que en nuestro análisis anterior un poder selectivo subyace. Esta parte del ver como no es una experiencia sino un acto. Aquí se acota el flujo de imágenes. Dice Ricoeur que para comprender hemos hecho algo. Esta ambigüedad realiza la función de esquematismo, uniendo el concepto vacío y la impresión ciega, “la luz del sentido y la plenitud de la imagen.” Así se intenta que el ver como sea un punto de unión.

Tomemos el ejemplo de “ver la sociedad como una máquina”. Si nos fuéramos por la ruta de la descomposición sémica, partiríamos de que el concepto máquina y el concepto sociedad están formados cada uno por constituyentes, los cuales son propios de las palabras aisladas, sin importar en qué contexto o frase funcionen. Por lo tanto al relacionar ambas palabras habría semas que encuentran parentesco. De aquí sólo tendríamos que quitar y agregar los términos correspondientes, para encontrar el lugar de la semejanza. En la metáfora dentro de la frase podríamos partir, en efecto, de que ambos términos están dotados de sentido, pero un sentido que está cambiando. Si bien este sentido está relacionado con el lenguaje no lo está con un lenguaje en particular, sino con su capacidad, ya que en el caso contrario los lenguajes no cambiarían. Ahora bien, al relacionar sociedad con máquina, esto se hace con un sentido, se quiere ver algo o descubrir algo de la sociedad. En este contexto la interacción sémica no ayuda, porque lo que se quiere saber ya estaría contenido en los semas, como parte de una relación finita y controlable. Sin embargo, al no tomar el contenido de estas palabras dentro de constituyentes fijos, ver la sociedad como una máquina traería tal cantidad posible de relaciones y/o imágenes que sería imposible ver algo, o en general veríamos todo y en particular nada. Así la frase no sólo es la enmarcación contextual (tampoco se reduciría *a priori* a lo que creemos saber del contexto) sino a la delimitación del sentido, que hace precisamente, que el acontecimiento de intentar ver la sociedad como una máquina tenga sentido. Así, esta delimitación al intento de penetrar la sociedad con la perspectiva de la máquina, es el ofrecimiento de un “como” o una perspectiva para que el ver se puede realizar, lo que en otras palabras significa que sólo se ve desde un “como”. El ver simplemente, que parece imposible, no da imágenes. Así, el ver algo desde un como se hace que las múltiples relaciones se concreten, y se pinta o se hace que algunas relaciones brillen más, es decir, nos pone ante los ojos (en

imágenes), aquello que intentamos conocer. Esto también es la delimitación de la semejanza. Si en efecto al relacionar buscamos semejanzas, el “como” del ver hace posible que se descubran semejanzas adecuadas o que se ordenen adecuadamente las semejanzas, en la ambigüedad de que la semejanza tanto se descubre como se crea.

Independientemente de este penetrar a algo como la sociedad (lo cual nos llevará ineluctablemente a la referencia) es que ver y conocer (lo sensible y lo inteligible) no pueden estar separados, el ver como intenta conceptualizar esta unión.

Comentarios finales

Puede existir cierta imprecisión en cuanto al lugar que ocupan los cuatro términos que están en juego: la intuición, la imagen, la sensibilidad y el sentido. Por ejemplo, Ricoeur en un momento designó la diáfora como el paso intuitivo, pero después dice que es sólo la interacción, la colisión semántica: “[...] la interacción no designa más que la diáfora.” En otro momento podíamos designar al lenguaje como el sentido, sin embargo en otro lugar parece ser que lo verbal y lo no-verbal se unían en la creación de las imágenes, las cuales se supone que era una capacidad del lenguaje: “[...] lo verbal y lo no-verbal se unen estrechamente en el seno de la función creadora de las imágenes propias del lenguaje.” De la misma manera que en la pareja de sentido y sensibilidad se marcaba el paralelismo entre lenguaje e intuición, en este caso la intuición es la sensibilidad como una capacidad pasiva de experimentar, pero por otro lado cumple una función en el sentido en cuanto ayuda a liberar la imagen. Aunado a esto la imagen no es impresión sino creación del lenguaje, mientras que lo liberado del poema era en Hester impresiones recordadas y hasta cierta medida esto era lo no verbal, lo cual le ponía un límite a la semántica y se designaba como intuición y sensibilidad. Así mismo dice Ricoeur que el ver como es de carácter intuitivo, pero como se vio ya tiene cierto nivel de control sobre las imágenes, queda en suspenso si es el lenguaje el que regula (¿no se dijo que el lenguaje crea las imágenes?)

Intentaré tomar una postura respecto de estos términos y presentar una propuesta de interpretación, que básicamente diría que en la imaginación productiva hay una doble ambivalencia. Por un lado “siente” la atracción de la pertenencia y la desarrolla como sentido, gracias a la suspensión de la realidad aceptada. Por el otro lado al crear sentido, el

esquema lingüístico que produce le da forma al contenido sensible, creando las imágenes. Esto lo expondré por apartados:

1.- Independencia del referente. Por principio el “ver como” une sensibilidad y sentido sin ser lenguaje. Antes mencionamos que las palabras por sí mismas ya evocan imágenes. Esto se refiere a un hecho cotidiano, el efecto que al decir algo éste es acompañado de una imagen, sea representaciones o imágenes mentales. Lo importante es que estas imágenes son independientes de sus referentes, por ejemplo no requiero que se me presenta una taza para decir que la palabra taza tiene un lazo con cierta imagen, al igual que no tiene que existir un unicornio para tener la imagen del mismo. En este sentido y momentáneamente, el lazo entre la palabra y la imagen es independiente de su referente ya no me dice como se enlaza palabra e imagen. La importancia de esto radica en que no importa el origen de la imagen.

2.- Plano secundario de la sensibilidad. Por un lado la sensibilidad mantiene un sustrato psicológico y por el otro mantiene una relación con la temporalidad (el lenguaje sin esto es puramente virtual). Del lado de lo psicológico me refiero a ciertas sensaciones personales que acompañan mi recuerdo. Cuando digo taza muchas cosas pasan por mi cabeza, por ejemplo, mi recuerdo del juego de tazas que mi familia tenía, el dulce olor del brebaje que contenía sus paredes y la música que acompañaba las noches de estudio en el eterno retorno de la misma taza de café. Todo esto es secundario respecto de la relación palabra-imagen, porque antes que estos sucesos pasaran la relación ya estaba fijada. Y no sólo eso, las asociaciones culturales y los convencionalismos tienen un estatuto de contingencia, mientras el cómo se hace la relación, no. Ahora bien, la ambigüedad con el plano de lo sensible (los *sensa*) es porque Ricoeur nunca los toma o los supone puros, en el sentido de que la imagen no son los simples datos, estos ya están estructurados (esto lo vimos con el esquematismo). En este instante uno se puede preguntar ¿Por qué distanciar el plano de lo sensible y el plano del sentido?, si realmente lo sensible nunca está distanciado del sentido ya que el sentido hace posible lo sensible. Aunque esta incisión tiene que ser necesaria para poder tener objetos de representación, no es del todo explicado por Ricoeur, por el hecho, me parece, de que intenta llegar a esta no fisura de lo sensible y lo inteligible por un camino analítico y no suponiendo de principio la síntesis. Si bien puede haber un residuo de sensibilidad que no se puede explorar, aun bajo la mención de la semejanza por

sinestesia, los *sensa* son relegados y sustituidos por la imagen, una vez que admitimos que la imagen no es un teatro mental ni la materia prima de los conceptos. Así tenemos que fuera de lo puramente empírico, la imagen es más bien la forma en que se nos presenta la temporalidad, es decir, la forma de lo visto. De esta manera se puede interpretar la parte sensible y a veces llamada no verbal, como la forma en que se dan los contenidos en la temporalidad. Esto nos lleva a decir que el lazo que buscamos es entre el sentido y la temporalidad, así como en algún momento vimos este problema en la tensión entre la dimensión paradigmática y sintagmática.

3.- El lazo no es ni por el sistema ni por abstracción. Lo anterior nos indica que el lazo no es por abstracción, en el sentido de que conozcamos objetos singulares y bajo la repetición abstraigamos un concepto o formemos una palabra que represente la generalidad del objeto. Lo que enseña el esquematismo lingüístico es que primero está la palabra que se desarrolla en las instancias de discurso, tal que creamos y experimentamos el mundo simultáneamente. Esto nos impide aislar el sistema de su realización temporal, ya que el primero es sólo una abstracción del segundo que se desarrolla en la experiencia, sin contar las múltiples relaciones que lo afectan (factores socio-culturales).

4.- Lo intuitivo. Cuando nos preguntamos por este lazo la respuesta que nos da Ricoeur es que es un paso intuitivo. En sus diferentes formas Ricoeur hace énfasis en su dimensión no verbal y a veces, en su forma del “ver como”, ha dicho que tiene un aspecto sensible. ¿Si el ver como une sensibilidad y sentido cómo es que él mismo es sensible? Sólo encuentro una forma de explicarlo, el cual es un movimiento muy parecido al hecho por Kant, cuando lo que unía la sensibilidad (lo dado en el tiempo) con el concepto era la misma forma del tiempo (el esquematismo). No existe en Ricoeur una referencia textual a lo anterior, pero como hipótesis esta forma de verlo ayudaría a entender cómo es que el “ver cómo” es intuición y sensibilidad, comprendiendo que ya depurado de una noción empírica es un presentimiento que se desarrolla de forma sensible. Esto cubre el aspecto de experiencia del “ver como”, porque su forma de acto implica ya el momento de la síntesis. Aquí ya no se habla desde la parte sensible de la intuición, sino dentro del plano lingüístico. Esto también explica porque el sistema lingüística es una abstracción del realizado efectivamente. Incluso, más tarde, la noción de *physis*, como lo que brota, aparece y se va creando, puede ser entendido como este brotar desde la temporalidad. Aun así este

plano intuitivo es pobremente conceptualizado, tal vez por su naturaleza no verbal. El “ver como” señala que la síntesis requiere un momento de intuición, pero sólo lo hace explicando la síntesis, no el momento de intuición. Realmente me parece que síntesis e intuición son lo mismo, sólo que el primero está intelectualizado, en el sentido de que parte de lo analítico, mientras que la intuición implica la anterioridad de una separación analítica.

No hay una referencia claramente positiva de este instante, sino por oposición a un momento constructivo-semántico, que más tarde será una forma de presentimiento. Mi hipótesis (como ya se señaló) es que Ricoeur está preparando el paso intuitivo como una función que señala la unidad entre sensibilidad y sentido, en contraposición a otro momento que señala su separación. El no hacerlo explícito me parece que es una forma de señalar que todo apunta a la pertenencia hermenéutica por necesidad propia, sin tener que suponerla.

Sí partimos de una distancia entre sensibilidad y sentido necesariamente tendríamos que postular una unión no lingüística, ya que es uno de los polos a unir. Esta separación la enuncia textualmente Ricoeur; “[...] el *ver como*... designa la mediación *no verbal* del enunciado metafórico. Con esta afirmación, la semántica reconoce su frontera; y al hacerlo culmina su obra.” Esto estaría de acuerdo con la teoría de la interacción, ya que la intuición marca la posibilidad de la interacción y por ser una teoría predicativa incide en una instancia de discurso (como ya se justificó ampliamente) y con ello en un acontecimiento temporal. Otra señal que nos ofrece Ricoeur sobre el paso intuitivo es que este nutre el sentido metafórico, el paso constructivo. Ricoeur le llama “la densidad de lo imaginario” lo que nos señala que no es sólo una capacidad formal del sujeto. Al no reducirse a una capacidad del sujeto ni a su capacidad de señalar objetos sensibles, lo más comprensible sería involucrarlo en el espectro de la pertenecía. Así podemos interpretar esta teoría, una dualidad entre sentido y sensibilidad que es mediada por un paso intuitivo, el cual hace que lo sensible se desarrolle en palabras, pero al mismo tiempo señala su anterioridad.

Ahora bien, después de señalar la preponderancia del momento intuitivo, Ricoeur lo contrasta con la teoría de la resonancia. Esto ya lo hemos mencionado con el carácter apofántico del lenguaje, lo que a su vez fue consecuencia del esquematismo lingüístico. Precisamente esto nos señalaba que la imagen es aura del lenguaje y no un residuo. Aquí ya

no puede haber dualismo, necesariamente imagen y lenguaje marcan una unidad, en tanto que somos incapaces de señalar un momento anterior al lenguaje. Según el vocabulario aquí empleado el lenguaje ya no parece como mediación sino como génesis. Aquí la intuición sólo sería el reconocimiento de la pertenencia y por lo tanto la no dualidad.

Me parece que esta división, que no es del todo lineal en Ricoeur, ayuda a entender los usos diversos de los conceptos y sus ligeras ambigüedades. Por otro lado fija el problema en general, mediante los estudios anteriores de la metáfora, a saber:

1.- Se realiza en la predicación (lo que indica su incidencia temporal y más tarde su intención significativa)

2.- No se realiza en una isotopía ya dada (se reconoce que los términos son extraños entre sí, absurdo lógico y choque semántico)

3.- Los términos interactúan (usos anteriores dificultan la asimilación)

4.- Los términos se asimilan parcialmente (algo permite la asimilación en el acercamiento y suspensión de viejos usos, semejanza, esquematismo y ver cómo, en general, la anterioridad de cierta unidad)

5.- Bajo la asimilación parcial la nueva pertinencia surge en tensión con los usos anteriores (no se reduce a un grado cero)

Estos puntos permiten abordar el problema general de la atribución, en donde se intenta saber como un término se asimila a otro. Así hablamos del lazo que une sentido y sensibilidad, acotándolo a estos aspectos por los acontecimientos. Entonces la pregunta de base sería el cómo se crea el lazo entre dos términos. Como se ha visto la investigación de este lazo de unión pasa por el rodeo de la metáfora, marcando la tesis principal: La metáfora es la atribución de términos extraños, como en un “origen” esta asimilación no está dada, el mismo proceso que en la metáfora un término extraño es el que en un origen une todos los términos.

Lo anterior nos llevó a dos posturas respecto de esta unión, desde la dualidad o desde la unidad, lo que a su vez nos permitirá entender la tensión entre el “es y el no es”. Teniendo esto claro podemos abordar el problema de la referencia, que como hipótesis diremos que es el estudio del modo efectivo en cómo se da el sentido, y la forma en cómo puede ser recuperado. La ambición de describir los momentos que crean todo sentido desde la pertenencia y que al final permite la reflexión.

Capítulo 3

Referencia y discurso especulativo

3.1. La referencia

Al abordar el problema de la referencia nos enfrentamos a las consecuencias del estudio realizado en la metáfora, a su capacidad de sentido. Nuestro punto de llegada es la mutua interacción y unidad entre “realidad” y sentido, lo que implica la crítica a una realidad independiente de nosotros. Al indicar nuestro punto de llegada, la metáfora deja ver su lugar como creadora de mundos y que en general conforma nuestra realidad. De esta manera nuestro recorrido empieza con el problema de la referencia, el sentido y el lugar en donde se que ocupa la metáfora en estos conceptos.

El sentido tiende a la referencia con independencia de la naturaleza de aquello a lo que es referido, de facto tenemos referencia porque el sentido tiende a trascenderse, por lo tanto no es necesario que el sentido tenga que concretarse para que esta inclinación exista. Esto indica que sin sentido no hay referencia, que retrotrayéndolo a nuestro vocabulario es como decir que sin lenguaje no hay mundo. Intentaremos justificar lo anterior partiendo de lo que entendemos por referencia dentro de la predicación.

Hay dos formas de entender (hasta este momento) la referencia dentro de la predicación. La primera se refiere a singularidades expresadas en el nombre. Aquí se toma la distinción de Frege entre lo que se dice (sentido) y sobre lo que se dice (referencia). La referencia expuesta de este modo recae en el nombre propio, el cual se articula en el predicado cumpliendo una función identificadora. Aquí el nombre identifica (ya en lenguaje de Strawson) mientras el predicado caracteriza.

Ahora bien, sólo a la función identificadora se refiere a la existencia (para que algo sea identificado debe de existir). Esto indica que aunque la función identificadora recae en la palabra, sólo en algunos usos implica existencia. Por ejemplo, si digo mesa me limito a una representación mental o a una estructura ideal inagotable en una representación, pero aun falta que un objeto que exista sea llenado con esto, como la mesa sobre la que escribo. Esto muestra lo irreductible de estos tres aspectos, lo que es más claro si usamos el ejemplo

unicornio, el cual evoca una representación en mí (por decir algo la ilustración de un unicornio) e implica un sentido ideal (un cuerno, cuatro patas etc.), pero sin embargo no es llenado con un existente, no puedo ejemplificarlo diciendo que es como el unicornio que actualmente tengo en mi cochera, como cuando dije que tengo una mesa. Bajo la distinción anterior queda claro que la referencia supuesta en estos autores es un objeto determinado independiente del sentido, aunque éste siempre se capte por un sentido.

El otro modo de la referencia viene de Benveniste y se refiere primero a la proposición. Con esto indicamos que el nombre es una estructura vacía basada en un sistema semiótico, el cual por su virtualidad no se refiere a ningún acontecimiento temporal. Para que pase al mundo es requerido un contexto que lo sitúe y que acote su posible polisemia. Este es el trabajo del predicado, hacer que la palabra adquiere un valor semántico particular. En este sentido el predicado es el que le da una instancia de discurso al nombre, de forma opuesta al otro tipo de referencia, dice Ricoeur: “Las dos concepciones de la referencia son complementarias y recíprocas: ya nos elevemos, por composición sintética, del nombre propio a la proposición, ya descendamos, por disociación analítica, del enunciado a la unidad semántica de la palabra.”

Lo anterior se entiende mejor bajo la definición de mundo de Wittgenstein, el cual es una totalidad de hechos, que a su vez se compone de un estado de cosas y éste en una combinación de objetos. Ambas referencias interactúan en esta noción, sólo que en direcciones diferentes.

Pero la referencia no se agota aquí, según Ricoeur el texto literario requiere otra forma de abordar la referencia. El problema es que mientras que otros discursos explícitamente intentan decir qué es el mundo o explicar cómo funciona etc., el discurso literario parece crear algo, más que referirse a algo que ya existe. Esta última característica se define como estilo, que como categoría práctica es correlativa a un hacer. Esta categoría, más allá del trabajo de disposición (totalidad irreductible a una adición de frases) y de las reglas formales proveniente de los géneros, es el que crea una individualidad singular. Esta individualidad parece que se agota en sí misma, mientras que un enunciado con pretensiones de decir lo que es intenta perderse en su referente, en donde lo dicho coincide con lo que es.

Igual que la metáfora los textos literarios tienen este alejamiento de las formas usuales de concebir lo que se nos presenta, de aquí que puedan ser estudiados recíprocamente y por otro lado ambas tienen su posibilidad en la capacidad creativa y en una mediación lingüística. Bajo la mediación lingüística esta capacidad creativa la definimos como función poética, de aquí que en el texto de Ricoeur se transite constantemente de una a otra, ya que bajo su manifestación se puede dar cuenta de la función que la precede.

En general el texto literario tiene referencia si es capaz de modificar o reescribir el mundo y la tarea de investigación respecto a esta función creativa se cumple si se da cuenta del espacio donde se realiza, paralelo a esto se da cuenta, mediante el acto creativo, de una condición ontológica de pertenencia. De aquí que el problema de la referencia se sitúe bajo la noción de obra y la metáfora sirva como caso de control, ya que la obra entra en una normatividad mayor. Así mismo la referencia de la metáfora parece hacer modificaciones más individuales mientras que la de la obra modifica entramados de hechos. Aunque no hay mención por parte de Ricoeur, la referencia a objetos y la referencia hacia la totalidad de hechos puede ser paralela al funcionamiento respecto de la metáfora y la obra poética, ya que la metáfora busca o engendra aquella relación que restablezca el sentido, mientras que la obra busca o engendra el mundo que dote de sentido a un grupo de hechos (el mundo de la obra).

Finalmente, si en el estudio anterior vimos que la operación de la metáfora concluía en formas de acercarse a la experiencia, sin preocuparnos por lo que tenía que decir acerca de la realidad. Aquí veremos de nueva cuenta una bifurcación respecto de la referencia y la ambición de verdad del discurso poético, que aunque no es paralelo con las formas de la experiencia primero situadas, si complementan los postulados de realidad que aquí se presentan, que principalmente recaen en un discurso poético y uno descriptivo.

El postulado de la existencia

Antes de entrar en lo específico de la referencia poética hay que tomar postura respecto de esta tensión entre referir y la existencia, que aunque la primera involucra a la segunda, referir sigue siendo un acto del sentido.

Ya distinguimos dos modos de entender la referencia, sea desde una intención individualizadora o desde una intención más totalizadora. Ahora bien, partamos de la postura que dice que esta intención referencial es independiente de la existencia, aunque llegue a modificar como es que la entendemos. Ricoeur es claro al respecto hay intencionalidades que se llenan y otras que no. Con esto se resalta una obviedad, el simple hecho de que nuestro decir no crea existencia espacio-temporal. Pese a la amplia trivialidad de esto, aclararlo nos dará herramientas básicas para tomar postura cuando Ricoeur pugna que algo debe existir para que sea dicho o por la semejanza entre las cosas mismas, por nombrar las más apremiantes.

Para esto basta separar, aunque sólo se pueda formalmente, la intención de referencia de la existencia. Así tenemos que un enunciado con carácter descriptivo no necesariamente se llena, primero se debe mostrar algo (aunque el mostrar no sea neutro) y luego se describe. En el enunciado descriptivo parece que es implícito que es sobre algo, y se supone que la apreciación personal y las circunstancias en que se muestra aquello es independiente de lo que sería una descripción objetiva. Ahora bien, la descripción no crea al objeto ya que se pueda describir un inexistente, sólo diremos que por su carencia de objetividad se tendría por ficcional. De la misma manera no se involucra la presencia inmediata, algo puede ser reconocido como existente previamente y al hablar de él, de ser el caso diremos que es sobre algo y no sobre el sentido de las palabras.

Esta separación encuentra eco en Husserl en donde el acto intencional es la aprensión cognoscitiva. Básicamente es la idea de que toda vivencia o actitud se dirigen a algo. Este algo puede ser existente o no, por ejemplo las alucinaciones no son reales existentes fuera de mí. Podríamos diferenciar entre intencionalidades que se llenan y otras, como la alucinación.

Hay que precisar que aquello por lo que se llena no es precisamente una cosa en sí, ya que se considera tanto la acción subjetiva de conocimiento, así como lo aprendido cognoscitivamente. El principal error está en suponer que cualquier forma de trascendencia o existentes reales fuera de mí son cosas en sí, pero realmente una cosa en sí es el supuesto de algo oculto detrás del fenómeno. Pero en este caso lo que se trasciende es el fenómeno que se muestra, sin suponer algo como en las sombras o anterior a nuestro acto intencional.

Desde este punto de vista es un error creer que sólo un pensamiento que se queda en la inmanencia sortea el problema de la cosa en sí.

Teniendo en cuenta lo anterior no sería un gran problema referirse a algo de forma objetiva o subjetiva. Una apreciación subjetiva puede ser hecha sobre un existente, al igual que lo hace una descripción objetiva. En ambos casos la existencia es implícita. La cuestión, entonces, es que una descripción objetiva sería la única que tendría una correspondencia sobre los objetos, mientras que una subjetiva, aunque dependa del objeto, sólo describe la apreciación. Se sigue de lo anterior que suponer la existencia no es suficiente para decir lo que ella es, se debe de referir de tal modo que la descripción surja únicamente desde ella. En cierta forma decimos que el modo debe perderse en el objeto o hacer transparente al objeto. Desde este acercamiento tenemos el supuesto de un único modo válido para decir lo que el objeto es. En lo anterior queda entendido lo que constantemente aparece en el texto de Ricoeur como el enunciado descriptivo.

Como ya lo mencionamos se podría decir que siempre que se suponga la existencia (lo extralingüístico) existe una cosa en sí implícita o que implicamos un prejuicio positivista. Si bien es posible esta vía, en donde un ser con propiedades intrínsecas nunca llega a la experiencia por el hecho de que siempre se nos aparece como un “como,” dejando algo incognoscible, aunque pensable como límite. Pero también se podría decir que este aparecer no tiene nada detrás. Sin caer en la paradoja de que al decir creamos, el “como” del aparecer puede ser pensado sin suponer propiedades en el objeto. Así al describir una taza de café, si es caliente, apetitoso, espacial, temporal o tiene unidad como objeto, podemos decir que son elementos de sentido y cada uno puede ser retraído a categorías del pensamiento que no tienen que ver con la existencia, aunque en efecto la taza exista. Entonces lo único que queda es la existencia, pero si cada elemento es del pensamiento y este crea la totalidad de la experiencia, lo que queda como incognoscible de la existencia es nada. De esta forma sin suponer una cosa en sí o un intelecto creativo seguimos hablando de existentes, aunque al final todo conocimiento de algo trascendente se retraiga a algo inmanente. A lo mucho lo que podría quedar al margen son las condiciones para que algo aparezca. Más tarde se verá algo parecido en el estudio del nominalismo, que también implica que los objetos en sí no están ordenados. De esto concluimos que al hablar de la existencia no indicamos un dualismo y no nos comprometemos con la postura que dice que

el enunciado objetivo de la descripción es el único con derecho a hablar de existencia. Ricoeur en esto, al hablar de lo extralingüístico, es claro, las cosas son como se nos aparecen. De la misma manera no es necesario que toda referencia sea verificable, como se defenderá, la forma en que me aparece el mundo no siempre se puede retraer a algo que se puede señalar con el dedo. Incluso la referencia descriptiva es absorbida como instancia crítica por esta postura no dualista, que como veremos es en donde termina esta teoría de la referencia.

Del lado de la metáfora este postulado de existencia también se puede volver efectivo, sin necesidad de detenernos en la caracterización de descripción subjetiva. Ricoeur usa la teoría nominalista de Nelson Goodman para defender que lo subjetivo clasifica tanto como lo objetivo. Más tarde revisaremos esta teoría, pero se puede defender que en las mismas críticas que Ricoeur hace a esta teoría, existe la noción de que la separación subjetivo-objetiva es posterior a una experiencia que desvincula ambas partes.

Esto se puede ejemplificar desde un enunciado que no se consideraría metafórico. Digamos: “la ciudad de México es caótica”. Sin duda tiene referencia, que es la ciudad de México (por supuesto que “ciudad” ya es en sí mismo una caracterización, una forma de ver algo). Ahora bien, caótico puede ser tanto como un atributo objetivo como subjetivo (desprendido de una sensación). Diremos que es objetivo por la conveniencia de los términos, ya que sólo a un sistema que debiera ser ordenado se le puede atribuir la ineficiencia del mismo. Del lado subjetivo se diría que la noción de caótico no es objetiva, por requerir parámetros (sin duda convencionales) para poder afirmarlo como propiedad de algo, recayendo en una sensación personal. Sin embargo poco importa como lo intelectualice, la ciudad en primera instancia se me aparece caóticamente como parte de la experiencia, que es lo que con anterioridad permite buscar atributos objetivos o subjetivos. Al final de cuentas no estoy diciendo que me causa un caos la ciudad o que me hace sentir caótico, digo que así es. En este sentido lo “subjetivo” (el como me aparece) no se diferencia de lo objetivo (lo que aparece), al igual que el acto de referir y la referencia no están desvinculados.

Si ahora suponemos que todo aparecer lo hace desde una forma determinada, desde un “como” nos encontramos ante una primera relación. Ricoeur se refiere a esto cuando dice que la metáfora muestra una relación más primordial que la descriptiva, a fin

de cuentas para que caótico pueda ser estudiado bajo parámetros “objetivos” en relación a la ciudad primero debió de aparecer como caótica. La interdependencia entre el “como” y el que, en donde nada aparece sin ningún “como,” es también la forma desde donde experimento, es decir, el “como” del aparecer es el “como” del experimentar.

Esta forma de ver el problema tiene la ventaja de las siguientes aclaraciones. En primer lugar podemos mantener la distinción entre intencionalidades que se llenan y otras que no, así como hay enunciados que se agotan con un referente y otros que no. Esto nos permite hacer justicia a la polaridad entre la idea de lo ficcional y de la referencia descriptiva, que bajo su falta de identidad, la primera es elevada a una forma más primordial de referencia, principalmente porque la realidad no es algo que ya esté dado (en el planteamiento de Ricoeur). La segunda ventaja permite aclarar que lo extralingüístico no implica el planteamiento de una cosa en sí sustancial, más allá de nuestra actividad cognoscitiva. Lo extralingüístico, en el planteamiento de que el referir y lo referido no están separados, nos dice que todas las intencionalidades que se llenan son para nosotros, es decir, son posibles gracias al lenguaje. De la misma manera las intencionalidades que no se llenan sólo pueden jugar un papel si modifican y exponen la forma en que es posible que tengamos un mundo. Esto es claro porque esta investigación pretende inspeccionar esta capacidad de tener experiencias y nunca pretende conocer algo más allá de la misma.

La última ventaja radica en la pretensión de verdad del discurso poético, ya que como el lenguaje articula nuestro mundo, la innovación semántica no se queda en una novedad lingüística, sino que afecta nuestra realidad. La semejanza entre las palabras implica conexiones en las “cosas mismas”, según lo hemos planteado. En qué sentido esta semejanza afecta a las cosas, es asunto de otro apartado. Por lo pronto tenemos una postura frente a la referencia, ahora podemos ver como la argumenta y establece Ricoeur.

La referencia poética

Tres son los apartados que defienden la referencia poética: La suspensión de la realidad cotidiana que realiza el discurso poético, que lo emocional (subjetivo) también clasifica el mundo y el valor heurístico de la metáfora por la teoría de modelos.

La primera tesis es la suspensión de la realidad cotidiana, que aparentemente implica la falta de relación con toda realidad palpable.

La primera característica es la acentuación de una función, la de decirse a sí mismo. Ricoeur se refiere a los seis factores del proceso de comunicación (destinatario, emisor, código, mensaje, contacto y contexto). De los seis factores se corresponden seis funciones, que en paralelo establecen la estructura del mensaje por el factor predominante. La función poética, la que nos interesa, es la del realce del mensaje por sí mismo, que opuesta a la función referencial distancia los signos de los objetos. Esto ya pone de manifiesto la mayor libertad de esta función, que al ser el mensaje por el mensaje, el modelo se toma por una cosa, de aquí que la distancia entre objeto y signo se anule, ya que la articulación de los signos es el objeto. Hay algunas acotaciones a este modelo. Ricoeur señala que todas las funciones son activas en un mensaje, lo que es coherente ya que no nos podemos deslindarse de ninguno de los factores de la comunicación. Por otro lado en un texto se pueden encontrar en algún momento el realce de alguna función, aunque no sea la propia del tipo de discurso.

Ahora bien, la justificación de una función que sólo realza el mensaje se explica de la siguiente manera. Con anterioridad hablamos de dos operaciones del lenguaje. La primera responde a la forma en que se combinan las palabras en una secuencia sintagmática bajo relaciones de contigüidad. La segunda operación era la de sustitución en las organizaciones paradigmáticas bajo relaciones de semejanza. Esta articulación permitía diferenciar a la perfección cuando se hablaba de algo extralingüístico y cuando se hablaba del sistema lingüístico. Lo curioso de esta función, que hasta cierta medida se pone ella misma como extralingüístico, es que altera la relación de las operaciones, lo que permite decirse a ella. Lo que esto nos dice es que la equivalencia de palabras sirve para seleccionar la adecuada en una secuencia sintagmática, tal que puedo decir “aquí hay una silla”, “aquí hay un asiento”, “aquí hay un perro”, etc. De cómo conecto las palabras no depende de que se asemejen, en la referencia descriptiva, por ejemplo, si digo la computadora está en la mesa, su conexión no es por semejanza. Pero en la poesía el por qué elijo conectar una palabra con otra depende de otros factores, que en los enumerados Ricoeur ninguno es propiamente de la referencia descriptiva, por ejemplo la cadencia rítmica, repeticiones periódicas, oposición entre sílabas, etc., y sin embargo hacen que se creen las secuencias.

Si todas estas conexiones son intrínsecas entre las palabras, lo único que puede decir la función poética es el órgano creado por la combinación entre palabras, es decir, así mismo. Es como si la función referencial, en un discurso dominado por la función poética, se volviera reflexiva.

La segunda característica es la cosificación de la poesía. Básicamente se dice que el juego entre sonido y sentido al no ir hacia un afuera se dirige hacia un adentro. Esto crea que el lenguaje, en su aspecto de sentido y sonido, sea la materia a la que se le quiere dar forma. Como estos aspectos son los únicos que están en juego, la diferencia en cada poema sería la diferencia en el tratamiento del material. Pero no sólo es el juego entre sonido y sentido, indica Ricoeur, sino que se involucra las imágenes (los *sensa*). Como ya lo explicamos, el flujo de imágenes es posible si la referencia se suspende.

La última característica que señalamos es el valor emocional. Se argumenta lo anterior bajo la división de lenguaje informativo, que tiende a llevarnos a algo exterior del lenguaje y el uso del lenguaje literario, el cual nos lleva a las configuración verbales que constituyen la obra. Así, en el primer discurso los signos valen por algo mientras que en el literario se unen y significan a los demás signos. En general es una estructura hipotética en la articulación de signos bajo una unidad (la obra).

El carácter emocional viene de oponer un afuera de la objetividad en el lenguaje descriptivo a un adentro que remite a afecciones subjetivas, concretándose en asociaciones psicológicas, connotación o la función del poeta de provocar ciertas emociones. Al final, nos dice Ricoeur, esto corresponde a un prejuicio aplicado a la literatura, el cual consolida las tres características ya mencionadas y tiene que ver con la noción de que si hay verdad es porque hay una posible verificación, la cual debe ser empírica.

Si en un primer momento aceptamos que el discurso poético sólo se refiere a sí mismo, en un segundo momento, en orden de que no sea una cancelación sino una suspensión de la realidad cotidiana, se debe argumentar que lo emocional o lo subjetivo clasifica el mundo con tanto derecho como la aceptada descripción. Ahora bien, partamos del intento de generalización de la función referencial (teoría generalizada de la denotación) entre lo subjetivo y lo objetivo, según lo estudia Ricoeur en el nominalismo de Goodman.

1-. Aquí se parte del postulado que dice que los sistemas simbólicos hacen y rehacer el mundo. Para que esto sea defendido la referencia debe de ser una operación que

une todas las operaciones simbólicas, sean estas verbales o no verbales, entendiendo por referencia el hecho de que los símbolos tienen un sentido y apuntan a algo.

2.- El grupo objetivo-subjetivo es sustituido por la bina cognitivo-emocional. Cognitivo toma aquí el valor de capacidad para clasificar el mundo cuya normatividad radica en la conveniencia entre teorías e hipótesis y datos accesibles, según indica el autor. Así, la distinción cognitivo-emocional no es válida. La diferencia o confusión radica más bien en dos modos de simbolización, uno que representa y otro que describe. Comúnmente se le atribuye al arte la simbolización representativa, y por consiguiente emocional.

3.- En esta teoría dice el autor: “El objeto y sus atributos dependen de la organización [...]” El instrumento de organización son los sistemas simbólicos que funcionan a modo de etiqueta. Estas se pueden cambiar o mover ya que su valía no viene de una realidad sustancial. Esto implica que el sentido literal de una etiqueta o grupo de etiquetas sea el del aval del uso, esto es, el valor lexicalizado.

4.- Existen dos formas en que los sistemas simbólicos tienen referencia. El primero es la descripción, que es poner etiquetas a un objeto, lo cual no lleva mayores complicaciones. La segunda forma nos interesa más, ya que consisten en que la etiqueta es poseída por el objeto, que implica aquello a lo que se aplica la etiqueta. Por ejemplo la computadora frente a mí.: En la descripción tengo la aplicación de varias etiquetas, así pongo la etiqueta cuadro, informático, eléctrico y negro. En la representación la computadora me ejemplifica lo que es un cuadrado, informático, eléctrico y negro, en términos generales es una muestra de la característica que posee. En la primera forma de referencia las etiquetas son aplicadas y en la segunda algo me dice a que se aplica las etiquetas, tal que ese algo está en posesión de esa significación, por lo tanto sigue siendo denotación pero con diferente dirección. Cabe recalcar que en ningún caso se habla de copiar, como el ejemplo elegido, que algo represente a algo no significa en este caso que lo imite, sino que lo ejemplifica e indica como se aplica.

Ambas formas de funcionamiento simbólico son los responsables de organizar los objetos, tal que (hablando del segundo tipo de referencia) cuando una cosa ejemplifique algo implica que se encuentra en el orden que ejemplifica, que no depende del objeto sino del uso aceptado de las etiquetas, como ya se explicó. De aquí se sigue que la forma en que

analizamos los objetos y descubrimos diferentes conexiones entre ellos depende de la simbolización.

5.- Las etiquetas, por su falta de soporte sustancial, son susceptibles de ser cambiadas. A este proceso se le llama transferencia, lo cual no sólo aplica a etiqueta sino a un grupo (esquema), como puede ser de sonidos o de colores. Así, a un conjunto de objetos se le traspone un esquema extranjero creando una migración conceptual, como entender el orden de lo visual por el orden de lo sonoro (v.g., el sonido de una pintura). Como en esta teoría las cosas dirigen la aplicación de las etiquetas o esquemas, lo que regula la transferencia son los esquemas anteriores. Ricoeur nos dice que cuando la transferencia es arbitraria todas las cosas casi se parecen, lo que hace que la práctica anterior indique como se aplica el nuevo esquema, que es la regla del precedente. El ejemplo de Ricoeur parece ser sacado de una trasposición de las matemáticas al espectro sonoro, en donde la expresión altura de los números regula la expresión altura de los sonidos. La metáfora, como función, ejemplifica muy bien este proceso de transferencia, la cual cumple con las características ampliamente tratadas, como el error categorial, la tensión, etc. Pero lo que nos interesa con estos cinco elementos es la eliminación de la diferencia entre connotación y denotación.

Este aparato conceptual choca, evidentemente, con la postura que dice que la función poética sólo se dice a sí mismo, suponiendo la diferencia entre lo connotativo y lo denotativo y su falta de capacidad de clasificar o apuntar a una realidad extralingüística. A su vez, como se vio, centra su motivo en provocar en el oyente respuestas emotivas, como sentimientos o imágenes asociadas. Más tarde se verá que este es el paso que suspenda la realidad cotidiana sin anularla.

El primer paso para la contra-argumentación ante la postura que dice que si no describe no denota es establecer el poder referencial de los símbolos no lingüísticos. Así como los predicados son etiquetas en sistemas verbales, los símbolos no lingüísticos tienden más al segundo tipo de referencia, en donde algo se ejemplifica. Ricoeur pone de ejemplo el director de orquesta que representa la cadencia de la música, que sin sonidos ejemplifica la ejecución. También está la danza que representa aspectos rituales de la vida.

Lo importante de lo anterior es que los *sensa* (imágenes, sentimientos, etc.,) que comúnmente se les asocia con afecciones interiores o psicológicas, se les encierra al plano

de la connotación. Pero desde los puntos ya vistos se puede establecer que funcionan como sistemas simbólicos. Claramente no son sistemas simbólicos lingüísticos ni funcionan como predicados, por lo tanto, si es que tienen una función referencial ésta cabe dentro de los símbolos no lingüísticos y en la referencia de ejemplificación. Por lo tanto hay que mostrar que una emoción como la alegría es la característica de algo.

Intentemos ejemplificar la connotación, para manifestar sus limitaciones. Como afcción psicológica puedo decir que un día desperté muy feliz, lo que supondría que todo a mí alrededor sería visto como feliz. Así los árboles, las nubes, los pájaros etc., serían puestos en la mirada de la alegría, ya que sólo depende de un estado de ánimo. El problema con esto es que es difícil pensar que todo puede ser visto como alegre. Habría objetos y acontecimientos que se resistirían a esta forma de apreciación, como un accidente de autos o una noche de tormenta (por decir algo).

Supongamos el caso contrario, que un día no es mi día y la amargura es mi acompañante. Sin embargo un día soleado me saluda. Mi malestar podría maldecir esa ironía, pero sólo sería posible si reconozco que un día soleado ejemplifica la alegría. Yo siento malestar y a pesar de ello el día me sonrío plácidamente. En ese momento desearía que el mundo fuera según mi estado de ánimo. Pero al no ser el caso decimos que algunas cosas o acontecimientos ejemplifican unas emociones y otras no, lo que es independiente de que yo lo sienta así.

Digamos ahora que no es que se ejemplifiquen algunas cosas sino que se asocian. Pero la asociación es psicológica, puedo ver algo y con libertad asociarlo a algún recuerdo personal, sin embargo la asociación de alegría y un día soleado es independiente de mi historia personal, aunque yo lo sienta de forma diferente, es decir, reconozca la significación más allá de lo que personalmente le asocie.

Si se dice que es una asociación cultural no habría gran problema, ya que la clasificación por etiquetas no implica más que el uso aceptado, lo que se da dentro de las expresiones humanas, la cultura. Con esto tenemos que los llamados *sensa* son un orden simbólico que ordena la experiencia con tanto derecho como las descripciones. Pero en este punto nuestros ejemplos encuentran un límite, ya que se podrían reducir a sensaciones primarias de placer o displacer, que en efecto tendrían su origen en respuestas psicológicas. Para esto el arte, que difícilmente se puede reducir a sensaciones primarias, muestra que la

clasificación por los *sensas* unidos al sentido funciona referencialmente. Así puede decir Ricoeur que si una pintura ejemplifica la tristeza, es una propiedad de la pintura, con independencia de lo que yo le asocie. La música es otro gran ejemplo, ya que puedo en la mayoría de los casos clasificar las melodías por la alegría o tristeza que ejemplifiquen. De la misma manera el carácter apropiado de esta clasificación es en la mayoría de los casos evidente.

Completada la teoría general de la denotación sólo falta especificarla en la metáfora, la cual es una transferencia por ejemplificación. Partiendo de la transferencia explicada en el apartado 5, tenemos el enunciado la pintura es triste. Dentro del uso aceptado de las etiquetas, que curiosamente son parte de la división entre connotativo y denotativo, las emociones sólo corresponden a los seres que sienten. Aquí tenemos una transferencia de etiquetas, una invasión de un esquema a un reino extranjero. El segundo movimiento es la ejemplificación, explicado en el apartado 4. Si nos quedamos nada más en la transferencia tendríamos el mismo enunciado “la pintura es triste” lo que haría que la tensión entre el uso anterior no se notara. Por lo tanto la tensión divide al enunciado. Por una parte la referencia descriptiva se queda con el enunciado en su forma literal, mientras que la referencia por ejemplificación se hace efectivo en el sentido metafórico en la forma “la pintura expresa tristeza”. Es por la ejemplificación por lo que se expresa algo que se posee. Así tenemos que el cambio de dirección en la referencia marca la tensión por la transferencia. Literalmente la pintura no es triste, porque el uso no lo permite, pero metafóricamente sí lo es, tanto que el objeto es clasificado, pese a la resistencia.

Entre las críticas de Ricoeur a Goodman está la falta de lugar de la *epoché* de la referencia descripción, la cual dejamos momentáneamente porque se retomará en la teoría de modelos. Queda el problema del nominalismo, que si bien explica cómo se mueven las etiquetas, no dice cómo es que es apropiada tal etiqueta. Esto nos conecta con que el mismo juego de etiquetas debe de encontrar relaciones en las cosas mismas, sólo de esta manera el carácter apropiado de las etiquetas se puede justificar, entendiendo que las cosas mismas hace referencia a las cosas como se nos aparecen no con independencia de mi experiencia. Por desgracia no hay una explicación en Ricoeur totalmente velada, por lo que propongo la siguiente interpretación, lo cual nos lleva al problema de la verdad en la metáfora.

Digamos que por el carácter consciente de la metáfora, que es el hecho de que se quiere que algo sea visto de determinada manera, se nos desprenden dos fenómenos, uno lo llamaremos de simulación y otro de restitución. Estos dos conectan la referencia y la verdad en la metáfora.

El primer paso es considerar o recordar que un enunciado metafórico se mueva en categorías e individualidades, las cuales ya están en cierto orden. Desde aquí la metáfora o bien intenta simular esta relación primordial mediante una unión artificial (puramente lingüística) o como es tan fundamental esta relación se restablece en cada momento (tal vez no como un contenido específico), como puede ser una reactivación simbólica o el horizonte desde donde es posible la experiencia, involucrando cómo es que las cosas se nos aparecen, etc. Por relación primordial indicamos aquello que abordamos al hablar de la existencia, es decir, la falta de diferencia entre lo que nos aparece y el cómo nos aparece. Lo segundo a recordar es el momento de creatividad y el momento de intuición, como ya se vio con la diáfora y la epífora, sólo que en este momento se incluye tanto la capacidad creativa en la “realidad” y el descubrimiento de ella, lo cual nos recuerda la tensión entre la nueva y la vieja atribución, pero más allá de lo puramente semántico. El tercer punto a recordar es que las cosas siempre se nos hacen presentes de determinada manera, lo que llamamos el “como” de que algo aparezca. El último punto es retener el postulado que dice que la metáfora sólo surge de la interpretación, que es compatible con intentar ver de alguna manera algo. Como se ha dicho la tensión se da entre dos partes (no elementos) en donde se busca un tercero (una interpretación) que salve el sentido. Como lo mencionamos esta interpretación es el ver como de la imaginación.

Con estos cuatro puntos hacemos el movimiento obvio de relacionar el ver como de la imaginación y el “como” de todo aparecer. Por inicio tenemos que no es creíble que el “como” del aparecer una diferencias, porque diríamos que en efecto ya están separadas. Es más creíble decir que es una experiencia sin dualidades o anterior a las dualidades que implanta la razón para que algo pueda ser pensado, por lo tanto no es una unión artificial. De igual modo tampoco es el estado en donde El todo está unificado (como un espacio indeterminado). Seguir esta senda es renunciar a todo empleo del entendimiento (algo que veremos más adelante). Por lo tanto para evitar lo anterior debemos partir desde una experiencia significada y categorizada, la cual no nos permite llegar a un grado cero de

significación. Lo que si podemos decir es que cuando este horizonte de sentido (lo que permite que la experiencia aparezca) se exterioriza, muestra lazos experimentados pero no necesariamente intelectualizados. En este sentido el intelecto diría qué relación es válida desde una lógica propia. Si la lógica es muy fuerte minimizaría la experiencia y no convivirían juntas, pero aun así el intelecto trabajaría desde el “como” del aparecer.

Anteriormente vimos que la actividad que no está atada a significaciones previas es la imaginación creadora (porque trasgrede categorías), incluso si hablo de la hipótesis de que la actividad que trasgrede las categorías es la que las crea. También mencionamos que una tentativa del tópico de la semejanza era que esta imaginación creadora era fuente y origen de toda significación, que creaba sus propios contenidos, por la capacidad del lenguaje.

Ahora bien, ya sea desde una intuición abarcadora o remontando la senda de las significaciones hasta el final, choca con el carácter hipotético que se le atribuyó a la imaginación en el ver como de la metáfora (los motivos de esta imposibilidad se abordará más tarde). Aun así la imaginación tenía el trabajo de crear formas de aparecer sobre un mundo ya significado. Lo que esto significa es que la imaginación une diferencias, despectivamente diremos que sólo simula un estado anterior a la clasificación. Sin embargo el sentido metafórico vuelve también de una manera determinada (las cosas se asemejan pero no en todo). Por lo tanto este “ir a un lugar” anterior a cualquier clasificación, toma su sentido adecuado de suspensión de la referencia habitual, como condición para que surja otro tipo de referencia, un nuevo aparecer. Pero nada de esto implica que la otra forma de aparecer sea más primordial, al fin y acabo así se crean las significaciones lexicalizadas ¿Dónde está la forma de referencia más fundamental?

El asunto encuentra esta complicación porque el ver como de la imaginación tiene un carácter de hipótesis que el “como” del aparecer no tiene. En un caso así lo experimentamos y en el otro así lo queremos experimentar, o por lo menos somos conscientes de que hay un trabajo lingüístico.

Partamos de que por un lado tenemos una experiencia que no nos distancia del mundo y por el otro lado tenemos una distanciamiento racionalizadora, como es el de la objetividad. En Ricoeur sólo hay una mención al final del libro, pero la dialéctica entre la ingenuidad ontológica y la crítica destructiva dan motivo para pensar en esta tensión entre

la comprensión y la explicación que Ricoeur trabaja en otros textos. Teniendo esto en cuenta la comprensión estaría relacionada con la noción de pertenencia (la cual no involucra distancia) y por el otro lado estaría la explicación que implica una distancia objetivadora. La metáfora simula este estado dual. Por un lado nos hace pertenecer en las cosas, en general une lo que se creían distanciado y por el otro lado trabaja con campos ya establecidos y crea formas específicas de entender una relación.

Así, de forma efectiva crea un nuevo sentido sobre otros, una forma de ver algo que puede volverse estable como cualquier otro sentido, sin implicar algún privilegio. Del otro lado hay una condición para que un nuevo sentido sea posible, la relación de pertenencia. Esta parece insinuarse más que mostrarse, pero de alguna forma señala su efectividad y en cierta medida la restituye, la hace explícita en la forma en que las cosas mismas me aparecen. La única forma lingüística que mantiene estos dos movimientos es la metáfora viva, que dependiente de este fondo anterior hace que se pueda hablar de verdad.

De la explicación en abstracto, pasamos a ejemplificar esta noción de verdad. Tomemos el enunciado “la noche es una bestia”. Procediendo analíticamente se tiene referencia porque en efecto la noche es un existente, que se diga que la caracterización de bestia no es objetiva no destruye la referencia. Pero procediendo por intersección sémica no carece por completo de objetividad, en el sentido de ser adecuado. Así, la inmensidad de la noche, el hecho de que en varios sentidos es más peligrosa que el día, etc., concuerda con la amenaza que se relaciona con el conjunto significativo de bestia. Del mismo modo el carácter de terror, la sensación de ser asechado por algo desconocido, etc., son adecuados en tanto caracterización subjetiva. Ahora bien, con esto se salva el sentido, pero salvar el sentido significa, hasta cierto punto, encajar en alguna lógica anterior. Respetamos la división de seres vivos y fenómenos astronómicos, ya que la caracterización metafórica de la noche es adecuada en algunos sentidos y en otros no. *Si es todo lo que hacemos, simular alguna conexión, la metáfora no tiene verdad.* Si bien sigue siendo un sistema simbólico que organiza las cosas y los acontecimientos, sólo nos dice que se pueden entender de alguna manera, reordenar etiquetas.

Llévese al absurdo este ejemplo y pongámonos el caso hipotético de que eligiera un grupo de palabras al azar, como si pusiera en la licuadora trozos de periódico. De la conjunción de las palabras que se formen (esbozos de anuncios) podría salvar

algún sentido, buscar alguna relación según la lógica o clasificación vigente. Sin duda le encontraríamos algún sentido a algo, forzando o como dado por casualidad. Pero si esto es lo único que hacemos, la posible verdad de la metáfora, incluso del lenguaje, sería la ley del precedente. De modo que cambiamos etiquetas según una clasificación ajena a la costumbre, al fin y al cabo todo es adecuado a todo mientras se siga o salve la lógica. En pocas palabras nunca me comprometería con la veracidad de lo dicho, la semejanza sería una creación.

Aquí es donde entra el “como” del aparecer. Entre todas las relaciones posibles entre noche y bestia, ¿por qué se hicieron estas conexiones y no otras?, ¿sólo para salvar la lógica anterior, qué tan inmersos que sólo podemos reproducirla? La otra opción es que primero experimentamos y surgido de la necesidad de decir la experiencia se trabaja con el lenguaje. En este sentido primero me apareció un algo, que intenté explicarlo con el enunciado “la noche como bestia” cuya experiencia no era posible, es decir, la clasificación anterior no podía contar, por lo que la lógica anterior no es al que se tiene que salvar, sino que se tiene que transgredir. La lógica anterior es en gran medida la referencia inmediata, por lo que está también sucumbe o se suspende. En este sentido me comprometo con lo que digo, ya que la experiencia ha sido explicada por la forma lingüística “la noche como bestia”. El compromiso con la verdad se vuelve innegable, porque en efecto lo he experimentado. El camino inverso también es posible, empezar con el enunciado para que una experiencia se manifieste por este medio, hacer que la noche muestre lo aterrador que tenga. En este caso la semejanza se descubre.

Con esta dependencia de un aparecer, se podría decir que las palabras no se quedan en su inmanencia, ya que buscan relaciones entre las cosas mismas, ya que la relación entre lenguaje y mundo están lazadas, por lo que al cambiar el lenguaje cambia el mundo. De la misma manera la dependencia al acontecimiento temporal explica el carácter de paráfrasis inagotable, ya que el lenguaje no llega a agotar el acontecimiento, aunque el primero haga posible al segundo. En cierta forma Ricoeur lo dice en el plano lingüístico cuando menciona que lo semiótico es una abstracción de lo semántico.

Otra consecuencia de esta dependencia de la temporalidad, es que nos remite a un mundo ya significado, un fondo anterior (como Ricoeur caracteriza la pertenencia), que en abstracto es lo que permite que algo aparezca. Basados en esto el sentido de verdad como

invención y descubrimiento queda afianzado. Del lado del descubrimiento no nos referimos a cualidades sustanciales, ya que el mundo como experiencia se está creando constantemente, más bien es que esta creación constante se nos adelanta sin ser conscientes de ello o sin tener control de la forma en que se crea lo que se nos aparece. En este sentido lo descubrimos al experimentarlo y al ser conscientes de ello. Del lado de la invención un primer punto es el trabajo reflexivo, en donde me pone ante la conciencia y con cierta distancia de la forma en que algo me aparece. Pero no sólo reflexiono para alejarme de aquello sino para reconocermé en eso. En general estoy en el acto creativo, siendo que formo parte de aquello que descubro. La creación del mundo significado me envuelve y reconozco que significo desde ella. Así en la creación se inicia una hipótesis, una especie de simulación en el intento de ver como, pero esto sería una actividad lúdica sino se intentará restituir el supuesto de una relación más primordial.

La teoría de los modelos afianza y encierra las tres tesis que defienden la referencia poética. El tipo de modelo que nos interesa de los tres señalados es el modelo teórico, el cual es una organización lingüística que describe un fenómeno. Lo que esto quiere decir es que es una referencia nula, por lo que su valor existencial es irrelevante ya que opera describiendo algo que existe.

El propósito del modelo es descubrir algo nuevo en un fenómeno. Lo que el modelo ofrece es ver el fenómeno de diferente manera, encontrar otras conexiones en orden de explicarlo mejor. La cuestión, entonces, es conectar la descripción con la explicación sin que la primera sea algo accesorio. Sería accesorio si una vez que la explicación se ha efectuado el modelo puede ser desechado, ya que diríamos que la lógica del descubrimiento se reduce o es sustituida por un procedimiento deductivo.

El primer argumento que impide lo anterior es que si bien el modelo teórico es un proceder de la imaginación este tiene una racionalidad propia. Cuando un modelo intenta describir este actúa sobre otra descripción. Al conjunto de frases que describen el fenómeno se le llama *explanandum*. Así tenemos un primer momento, un primer *explanandum*. Cuando este resulta insuficiente en orden de encontrar una explicación (*explanans*) surge un nuevo modelo, otro *explanandum* que lo describe de otra manera.

Todo este proceso no se realiza de forma aleatoria. En primer lugar el modelo tiene reglas internas de estructuración, en orden de que sea genuinamente un modelo. En

segundo lugar se describe en consideración de la descripción anterior, lo que propiamente es una redescipción, tal que la forma en que un enunciado se traduce por otro enunciado hace que se habla de lo mismo, podríamos decir que funcionan sobre ciertas semejanzas, algo un tanto parecido a la regla del precedente en la teoría de Goodman, sólo que aquí parecen ser más conscientes. Ricoeur lo llama el isomorfismo de las relaciones, lo que es patente cuando traducimos un idioma por otro. Estos dos elementos proporcionan la normatividad de los procedimientos y por consiguiente su racionalidad.

La relación entre el *explanandum* y el *explanans* mantiene ciertas características (como la predictibilidad) dentro de la teoría científica (su campo original) que en algunos campos no son tan relevantes, como la literatura, la poesía o las humanidades. Dejando lo anterior de lado nos centramos en lo que realmente nos interesa, la ganancia para la teoría de la metáfora.

En primer lugar la teoría de los modelos se aplica no un enunciado metafórico, sino a una red de enunciados metafóricos, lo que propiamente sería la metáfora continuada. Así hablamos de un todo como obra, en donde la suma de enunciados no equivale a la totalidad de la obra. La obra vista de esta manera se expande más allá de la singularidad que apuntaban los enunciados metafóricos, para llegar a coordinar un gran número de experiencias. El cambio de escala implica no sólo la radicalidad que el enunciado metafórico ya tenía, sino la sistematicidad propia de un universo metafórico. Esta característica de sistematicidad implica un fenómeno importante, en el hecho de que cohesiona la obra. En el entendimiento de lo anterior la referencia metafórica se relaciona mejor bajo el aspecto de obra, según indica Ricoeur, cuya justificación ya lo habíamos mencionado con anterioridad, la obra tiende más a considerar la referencia como un conjunto de hechos, más que como individualidades.

En segundo lugar tenemos la idea de que las cosas son tal como el modelo lo describe. Esto lo mencionamos con la idea de que nada aparece sin ningún “como” y en la idea de que el “que” de lo que aparece no se diferencia de la forma en que aparece. La forma en que aparece la podemos acercar, en la teoría de los modelos, al *explanandum*, y su falta de estabilidad daría señas del continuo cambio de nuestro mundo. La capacidad de re-describir el *explanandum* es en fin de cuentas el recurso racional para dar cuenta de la dinámica que nos rodea.

Ya en la teoría de lo poético dentro de la referencia en términos de obra, la bina *mimesis* y *mythos* toman el lugar del modelo. La ficción heurística de los modelos y su redescipción del campo “original” es similar a la trama que presenta el *mythos* (una trama organizada) intentando describir el campo de las acciones humanas (*mimesis*), como esta no es neutro, lo re-describe. Precisamente porque la *mimesis* no es neutra no nos referimos a que la trama copia el original, en el lenguaje anterior un *explanandum* re-describe a otro. Así mismo la *mimesis* articulada por el *mythos* no nos deja en un juego de descripciones sin denotación, porque la descripción se hace sobre algo (la acción humana). Que éste algo nunca aparezca sin una descripción o sin ningún “como” no le quita ningún arraigo en la dinámica de la realidad, como se vio cuando hablamos de la existencia, no es una referencia nula, lo que sí sería el *mythos* sin la *mimesis*.

La última ganancia tiene que ver con la falta de distinción entre lo connotativo y lo denotativo. Mencionamos que el poema articulaba un movimiento orientado al interior, un sentimiento en el fondo de él mismo (*mood*), que en primera instancia hacia que lo poético quedara sin referencia. Con Goodman vimos que los sentimientos eran sistemas simbólicos que organizaban la experiencia y que con un cambio de dirección no le pedía nada a los sistemas descriptivos. Uniendo estas dos tesis tenemos una relación simétrica a la relación del poema trágico. En ésta el *mythos* es el espacio hipotético que organiza la *mimesis*, de la misma manera que en la poesía lírica el *mood* organiza su contraparte, la *mimesis* lírica. Así, una forma de sentir es correlativa a una forma de experimentar, dice Ricoeur, una forma de ver algo y de sentir algo.

Este movimiento del poema hacia su interior es correlativo al modelo. Se puede mostrar de la siguiente manera. En la teoría de los modelos vimos que éste era un ordenamiento de signos, una forma de hablar. Lo que esto quiere decir es que el modelo es una estructura de interrelaciones que en primera instancia se designa a sí mismo. Es único porque no corresponde con nada fuera de su descripción, ya que él es una descripción.

La anterior obviedad pasa desapercibida porque el “que” que describe no tiene diferencia con la descripción del modelo o el “como” de la descripción. ¿Entonces cómo diferenciamos el modelo de la cosa (referencia), si la cosa es como el modelo lo describe?

En este apartado no hay nada explícito en Ricoeur, pero podemos deducir algunas indicaciones que limiten la confusión. Si bien el único modo en que tenemos una

referencia es por medio de un sentido, en este caso diremos modelo, no sólo tenemos (en muchos casos) un modelo que nos lleve o describa un fenómeno, por lo regular tenemos múltiples. Si fuera el caso de que sólo tengamos una descripción, no podríamos decir que la descripción es sólo un modelo para entender la referencia, diremos que es la descripción de la referencia. Pero el hecho de que tenemos más de un modelo o descripción, nos hace tomar conciencia de que sólo es una descripción entre otras posibles, aunque en cada momento de su aplicación la referencia sea como el modelo lo describe. De esta manera podemos afirmar que el modelo no es la referencia (sólo una forma de verlo) y por otro lado podemos afirmar, paradójicamente, que la referencia es tal cual el modelo nos hace verlo. Esto hace eco en la teoría de Frege, puede haber múltiples sentidos pero sólo una referencia y paralelamente confirma sin ambigüedad que para que algo sea descrito esto debe de existir, es decir, el modelo no crea existencia.

Formalmente la tensión o la resistencia del viejo uso descriptivo confirman lo anterior. Lo que muestra el modelo, la metáfora o el *mythos* es lo limitado o finito en que articulamos la experiencia. Si un fenómeno puede ser descrito de otra manera esto indica que nuestra anterior percepción del fenómeno era en sí mismo limitado. Sin embargo la redescipción sigue afianzada en el fenómeno, mostrando nuevas caras, relaciones e incógnitas que la anterior descripción no dejaba ver, incluso resistiéndose a ser reducido a un único modelo.

La suspensión de la antigua descripción o referencia se vuelve indispensable para acabar con la ilusión de una percepción pura de la cosa que estaría detrás del fenómeno. Al final toda descripción intentaría ser la última y sólo su momentánea anulación nos daría la oportunidad de crear nuevos enunciados que descubriría nuevas características en el fenómeno descrito. Lo anterior implica que una innovación semántica es una innovación en el objeto.

Pero aquí la poesía articulada por el sentimiento muestra otra motivación. Ya no es sólo que el sentimiento como sistema simbólico re-describa la realidad con tanto derecho como el simbolismo descriptivo, sino que tiende a la participación de la cosa. Lo que se ha llamado *mood* es la elevación del sentimiento a lo hipotético, un estado del alma que es la forma en que algo se ve.

Aquí la referencia se desdobra, de una referencia que mantenía la distinción entre lo subjetivo y lo objetivo pasamos a una segunda referencia abierta por la función metafórica. De la semejanza tensional entre la nueva pertinencia y la vieja atribución, existe la intuición de un estado pre-objetivo en donde la separación entre exterior e interior todavía no se establece. Pero este estado pre-objetivo si bien es el que la metáfora intuye no es a la que vuelve, sino la que reconquista, Ricoeur es claro al respecto: “Una cosa es la fusión intropática que precede a la conquista de la dualidad subjetivo-objetivo, y otra, la reconciliación que supera la oposición de lo subjetivo y lo objetivo.

Lo anterior hay que dejarlo claro, sin este estado, el cual en otra ocasión hemos llamado relación primordial y fondo común, no existe referencia metafórica, sería en toda caso principio de cambio de etiquetas. Esta referencia más “profunda” que en el espectro de lo poético es asignable a un vitalismo o al efecto de resonancia, llegará a convertirse en la pertenencia hermenéutica, lo que tendrá que ser explicitado. El recorrido que nos lleva de la intuición poética a la recuperación especulativa es trabajo de los siguientes capítulos, una vez que se ha establecido que todo el trabajo hecho hasta este momento es el de descubrimiento de esta nueva referencia. Esto quiere decir, a grandes rasgos, que todo el excedente de sentido y la innovación implica la incapacidad de referirlos a campos ya establecidos y por lo tanto dominables, para explicar esta innovación. En cuanto hemos llegado a esta incapacidad el supuesto de este campo fundamental ha sido una constante. Así, la posibilidad de la verdad metafórica depende no sólo del supuesto de este modo fundamental, sino la argumentación de que este es efectivo en todas nuestras relaciones con el mundo y la posibilidad de que tengamos uno. De esta manera la verdad metafórica intenta establecer esta interacción. En el último capítulo veremos que no basta con establecer la relación, sino que hay que justificar la forma en que damos cuenta de ello, ya que en el caso contrario esto fundamental podría pasar como un simple acto de fe.

Verdad en la metáfora

En este punto la metáfora nos ha llevado hasta dos tipos de referencia, una referencia que se mueve en los términos de una nueva pertinencia semántica y otra referencia que bajo el signo de la función poética se desprende de la vieja pertinencia para llegar a un nivel que

llamaremos mítico, que posibilita su función de descubrimiento. El poder de descubrimiento encuentra su culmen en el momento en que el lenguaje impone su poder de re-describir la realidad. Esta redescipción de lo que es, no encuentra justicia si el juego de la identidad y la semejanza es relacional. Este sería el caso si la atribución del verbo ser sólo relacionara en la atribución metafórica; decimos x es y , en donde al ver x como y encontramos algunas semejanzas. Relacionar dos cosas es en principio aceptar sus identidades entendiéndolas de otro modo, pero no modificando lo que son. Nuevamente si este fuera el caso la referencia metafórica, (el estado pre-objetivo) sería irónicamente algo subjetivo, la ilusión de un estado mítico idealizado y el problema de explicitación un pseudoproblema.

La otra postura pone el verbo ser en una instancia existencial, la cual se nutre de este estado mítico; al decir x es de modo existencial decimos que nada es idéntico a sí mismo y que todo lo es. Ya no se trata, entonces, de crear nuevas pertinencias semánticas sino de destruir todas, bajo el recelo de que el entendimiento divisor no nos permite regresar a una especie de primera inocencia. Al suponer lo anterior la postura se vuelve incontestable. Cualquier argumento vendría de aquella racionalidad divisora, que como filisteos sólo tienen un propósito. El problema de la verdad metafórica consiste en transportar la tensión metafórica sobre los dos usos del verbo ser, implicando la mediación entre estas dos posturas.

Como es sabido el primer momento es el de la vehemencia ontológica. En el apartado de la semejanza vimos esta tensión entre lo no lingüística y lo lingüístico, como propuestas para saber de dónde sacaba la imaginación sus esquemas que formulaban las semejanzas. Una de las propuestas decía que las imágenes eran auras de las palabras, articulando esquemas lingüísticamente. Esta unión profunda suponía la teoría de la resonancia, la cual emplazamos hasta este momento.

La teoría de la resonancia postula un vitalismo que conecta el mundo con nuestra propia corporeidad. Esta energía unificadora asegura la conexión y permite la indiferencia entre un estado del mundo y un estado de mí ser. El mundo conectado de estado forma abre el espectro de la resonancia, mundo y ser resuenan por su conexión. Una afirmación originaria surge en cada síntesis, en cada ser dicho. La imaginación saca de esta afirmación los esquemas que manifiestan la síntesis.

Aquí entra en escena el lenguaje, porque la resonancia no surge de las cosas vistas, sino de sus sonoridades, lo escuchado y dicho. De esta manera cualquier posibilidad del discurso o del lenguaje surge de esta unidad resonante en donde la naturaleza desea ser dicha.

Así tenemos que la síntesis de la imaginación es la misma conciencia de la síntesis con el universo, inmersa en la dinámica que resuena en la propiedad sonora que brota en el interior de las cosas. Diríamos en todo caso que vivimos en un eco, cual interpretación sonora que nos rodea.

Esta postura es parte de la vehemencia ontológica por el carácter afirmativo en la significación. Dice Ricoeur que al decir “eso es” implica un momento de creencia. El lenguaje sale de sí para desaparecer en el ser dicho. A esto se le llama el momento estático del lenguaje y plantea el punto de unión con la no-filosofía, es decir, anterior a todo lenguaje, a todo pensamiento y a toda experiencia, late lo indecible desde donde brota lo que se puede decir, como su manifestación.

Se entiende por no-filosofía aquello que no es trabajo del discurso, sino una aproximación que supera al concepto. Nos dice Ricoeur que en la resonancia la imaginación tiene el poder de asimilarnos dentro del crecimiento de las cosas, haciendo que vayan juntas la vida individual y la universal. La misma resonancia entre mundo y hombre se repite como la participación en la totalidad de las cosas por la vía abierta del verbo poético. La idea sigue siendo la de un gran vitalismo. Más allá de las diferencias fenoménicas, todo es parte de la misma potencia vital y bajo esta unidad todos los fenómenos están conectados, son parte de la misma energía.

Esta unión entre filosofía de la naturaleza y filosofía del espíritu es el precio a pagar ante la vehemencia ontológica, porque más que se reafirme el juego discursivo y tensional entre la identidad y la diferencia, tenemos una correspondencia ontológica entre las atracciones de la naturaleza. Esto nos lleva al carácter incontestable de esta filosofía, porque todo sucede antes del entendimiento. El concepto y su categorización de la realidad son insuficientes para llegar hasta esta atracción indivisa que es la vida.

El carácter crítico corresponde al abuso de la metáfora. Tomando la obra de Turbayne se explica que el abuso tiene que ver con confundir el modelo con lo real. La metáfora tiende a este movimiento porque su característica semántica es la de provocar un

error categorial. Esta falta que crea el modelo se convertirá en el ser que se describe, provocando por un movimiento espontáneo de creencia. Lo que antes era un error categorial se convierte en una confusión categorial.

Según Ricoeur lo que antes era una ficción desaparece como tal para convertirse en una creencia perceptiva. La instancia crítica de la metáfora pone de relieve, no ya su poder de ver de diferente manera, sino de disfrazar lo que se quiere ver. Si en efecto una multiplicidad también las confunde. Entonces la tarea de la crítica es desenmascarar la metáfora. Pero gramaticalmente esto es imposible, ya que no hay diferencia entre el sentido literal y el metafórico. Por lo tanto es necesario el supuesto de un orden verificativo, Ricoeur le llama un carácter neo-positivista, en donde la noción de hecho (en el sentido de independiente de la subjetividad) marca la línea divisora entre el uso y el abuso.

Teniendo estos dos campos pasamos a la mediación. Lo primero es llevar a la metáfora a la pregunta semántica, es decir, a cuestionar en virtud a qué la metáfora puede significar este carácter indiviso de la vida. Esta característica es su marca tensional o su mediación entre los conflictos. Los dos momentos ya descritos son las perspectivas privilegiadas de esta tensión. En primer lugar está la síntesis en la asimilación por la imaginación, lo que en un principio llamamos ingenuidad ontológica. En segundo lugar tenemos la combinación de términos discretos, de divisiones e identidades.

Esta teoría, que es tomada de Wheelwright pone el acento en la capacidad de la metáfora de contrarrestar la segunda perspectiva privilegiada. Lo que esto quiere decir es que la asimilación por la imaginación se opone a la rigidez del lenguaje establecido, es decir, aquel que “[...] ha perdido sus ambigüedades tensionales, su fluidez no captada.

Bajo esta característica semántica el lenguaje es afín con una realidad o con un reencuentro, que permite evocar un carácter metafórico del mundo, al igual que hablamos de la no separación entre el qué y el como del qué. En este sentido la metáfora funciona en oposición a un intelecto selectivo que opera por dicotomías, ya que la síntesis no funciona sin una anterior separación.

Aunque Ricoeur crítica el privilegio de esta semántica ante el momento ingenuo, se rescata ya que tiene cierta tensión entre los usos. Esto nos lleva a la misma pregunta semántica, pero en este caso preguntamos por virtud de qué la metáfora no cae en una confusión. Por principio no se trata en la metáfora de perderse en un animismo primitivo,

ya que la diferencia entre vieja y nueva atribución son efectivas en la enunciación. La resistencia de la anterior atribución impide una asimilación completa, lo que comúnmente entendíamos como que algo es semejante en algún sentido, pero no en todos. Gramaticalmente la marca es un “como sí” refiriéndose a que algo es en cierto sentido como se describe, pero en otro sentido no, que en términos de Ricoeur es el “es y el no es”. De esta manera el como sí es el encuentro en la tensión y señala la distancia y la construcción de los referentes por medio de la metáfora, siempre y cuando el como sí sea tensional y no resolutivo, como en la propuesta crítica.

Con esto señalamos la parte tensional de la metáfora sin dar privilegio a alguna de las posturas ni a sus ontologías correspondientes. Sin embargo esta tensión en la metáfora no culmina en ninguna reconciliación. Lo que implica una verdad tensional es el choque, no propiamente una verdad, que hasta donde hemos llegado se tiene que ir a uno de los dos extremos. En términos generales no existe la verdad tensional, sino sólo la conciencia del compromiso que tomamos cuando decimos que la metáfora revela algo del mundo. Es decir, suponemos que hay una pertenencia que me permite que el mundo se vaya develando. En esto Ricoeur es claro, ya que nunca se elimina el carácter paradójico de la noción de verdad metafórica. Esto nos lleva a que no se puede interpretar a Ricoeur como defensor de otro tipo de verdad, frente a una verdad positivista sino como el intento de llegar a aquello que posibilita las mismas nociones de verdad, lo que sería una verdad en lo apofántico.

Partiendo de lo anterior se puede apreciar como Ricoeur combina estas dos nociones mediante un movimiento dialéctico que está fundada en la hermenéutica filosófica. Por principio el modo intuido por la poética no se puede eliminar. Esto lo mencionamos al principio, sin esta noción de lo pre-objetivo que lo poético presiente la referencia metafórica carece de valor. La suspensión que realiza la poesía, como es sabido, indica la suspensión de la noción de realidad que es controlable y manipulable. La otra esfera de la realidad que despliega el discurso poético es la conexión primordial que tenemos con los demás seres y el ser en general, que sin llegar a una noción demasiado esotérica o borrosa, implica la pre-comprensión en la que nos encontramos. En este sentido es primordial porque condiciona las demás formas en que nos encontramos con las cosas.

Entonces ¿Cómo es posible que esta noción de pertenencia no quede en un espectro tan borroso? En la postura crítica que se movía en el plano de lo verificable, era posible hasta cierto punto tener una instancia crítica con el modelo, ya que en este plano era algo que se decide usar o no usar. Pero en la poesía no somos capaces de mantener este uso perspicaz, ya que la experiencia abierta por el poema no está a nuestro control.

La cuestión está en respetar el carácter fundamental y el derivado. Una de las críticas que Ricoeur hace a la postura crítica es que su línea divisora entre uso y abuso de la metáfora recae en una noción que se remite a su campo de verificación. Pero considerando a los objetos como se nos aparecen, el uso crítico dentro de esta dialéctica responde a que el como sí de la hipótesis y los objetos como se nos aparecen mantienen una relación de adecuación. Puesto en palabras de Ricoeur:

“Por tanto, está en juego la relación misma y no sólo sus extremos: entre el ‘como sí’ de la hipótesis consciente de sí misma y los hechos ‘como lo que nos parecen’, reina todavía del concepto de verdad adecuación. Sólo está modalizado por el ‘como sí’, sin ser alterado en su definición fundamental.”

Nuevamente no hay nada explícito en Ricoeur, pero esta noción de verdad en la percepción se puede interpretar como el camino de retorno ante la cosa designada. El plano fundamental liberado por lo poético deja de ser un discurso solitario si muestra como es que las cosas son derivadas de esta pertenencia. Así se expresa Ricoeur: “Sin embargo, en este trayecto de retorno podría manifestarse y verificarse la afirmación de que el círculo hermenéutico en el sentido de los exégetas, se halla fundado en la estructura de anticipación de la comprensión en el plano ontológico fundamental.” Esta idea ya la habíamos expresado, una cosa es el campo fundamental en donde no hay distinción entre interior y exterior y otra cosa es la reapropiación en el acto discursivo.

Finamente esta idea nos lleva a la concepción de desplegar el mundo de la obra, que es la referencia de la obra literaria y que marca el movimiento de la dialéctica ascendente y descendente. La parte ascendente es introducida por la noción de ficción (*mythos*) que se retrae a los “hechos” en su noción de manipulables. Esto da paso al campo de nuestro ser en el mundo, en donde la experiencia se configura. El paso descendente es marcado por la proyección de este mundo, el cual permite la redescipción (*mimesis*), no la

sustracción completa. Así, explicar el tipo de ser en el mundo que abre la obra modifica la realidad cotidiana en una operación con lo real.

Si bien esta operación tiene que pasar por las expresiones culturales, y tal vez en sentido privilegiado por las escritas, se requiere otro tipo de discurso, ya que el poético tiende a este presentimiento de un ser en resonancia, pero de una forma indiscriminada que no permite el movimiento descendente, lo que implicaría dar cuenta de que la pertenencia es más que una idea esotérica. Si bien se vio que este movimiento no se queda con la noción de verdad como adecuación ni con la noción de verdad como manifestación, sino en una relación mutua, es necesario otro discurso que aclare y defienda la posibilidad de esta dinámica, lo que nos lleva a nuestro último apartado.

3.2. Discurso poético y discurso especulativo

La última parte de este trabajo está consagrado al problema abierto por la tensión en la verdad metafórica. Aquí se desarrollaran los puntos que nos lleven hasta la tarea que Ricoeur encomienda al discurso filosófico; poner en evidencia cómo es la relación entre la pertenencia y los sentidos que asignamos a la realidad. Éste camino lo realizaré problematizando cada uno de los postulados hasta llegar al último.

Como se vio la atribución metafórica presentía un espacio de pertenencia, la cual es la condición de posibilidad para las variaciones de la imaginación. Así mismo la referencia desdoblada mantiene en su predicación una tensión en su pretensión de decir la realidad, la ambigüedad del es y el no es. Ésta se considera la ontología implícita en el discurso poético, como una visión dinámica de la realidad. Ricoeur propone que esta ontología implícita del discurso poético debe de ser explicitada por el discurso especulativo. Esto nos lleva a tareas: ¿De dónde viene esta necesidad?, y ¿Es posible el proyecto? Ante la primera pregunta exponemos la siguiente respuesta de Ricoeur:

Como se ha visto la atribución metafórica implica una nueva pertinencia semántica. Esta nueva pertinencia es una ganancia en significación que hace que veamos de diferente manera la realidad. Este movimiento es posible porque la metáfora crea una interacción entre campos semánticos, Ricoeur le llama una variación de distancia.

Básicamente es la asimilación predicativa que implica tanto el error categorial como la semejanza. A su vez vimos que la semejanza era posible porque la imaginación esquematizaba el nuevo sentido, en una tensión entre lo verbal y lo no verbal. Finalmente la imaginación sacaba sus esquemas de este espacio de resonancia.

Según Ricoeur estas características hacen que la metáfora siempre implique una tensión, sin importar el nivel en que se analice. En un primer nivel la metafórica crea sentido torciendo el valor de las palabras en un choque entre una interpretación literal y otra figurada. En un segundo nivel la tensión radica en que la asimilación predicativa crea una semejanza pero no una identidad. La última tensión radica en la referencia desdoblada, que al final de cuentas es una referencia dependiente (aunque sea en su suspensión) de una primera referencia, reflejo de las dos interpretaciones. Es lo que analizamos en el “ser como” de la atribución, la cual responde a la ambivalencia en la cópula del enunciado metafórico del ser y de el no ser, dado el peso crítico.

Estas tres tensiones hacen que la metáfora nunca se libere de sus ambivalencias y que no llegue a identificar un sentido único. Esto es a lo que se refiere Ricoeur cuando dice: “Es otra forma de decir que la ganancia en significación no se añade al concepto, en la medida en que permanece presa en este conflicto de lo mismo y lo diferente, aunque constituya el esbozo y la exigencia de una instrucción mediante el concepto.”

Esto se explica si partimos de que la pre-comprensión es efectiva en cualquier intento de sentido, entonces la pregunta planteada es saber cuál es la relación entre la pre-comprensión y el sentido que funda. Puesta de esta forma nuestra pregunta es ontológica, en tanto que modo fundamental de estar en el mundo.

Ya en este punto podemos tener en claro que la metáfora evidencia el momento justo en que un nuevo sentido se crea. Al ser este el caso el proceso semántico de la enunciación metafórica en su creación de sentido puede ser elevado a un nivel ontológico como creación de todo sentido. Pero la metáfora sólo desarrolla la creación, más no piensa la relación. Aceptando que el principal problema a resolver sería que toda creación semántica pasa por una tensión y desvanecimiento de criterios, el discurso especulativo debería regular y explicar esta relación entre pertenencia y creación de sentidos resolviendo las paradojas.

Lo que esto quiere decir es que el esbozo de esta pre-comprensión que el discurso poético articula jamás llega a clarificarse por la tensión reinante en cada una de sus expresiones. En general esto es lo que exige, según Ricoeur, el trabajo de un nuevo discurso que conceptualice estas relaciones.

Siendo esta la justificación de Ricoeur podemos agregar algunas objeciones y dar otras razones para la articulación conceptual. La primera objeción radica en que este espacio presentado por lo poético tiene como condición dejar las dualidades impuestas por el entendimiento. Que el discurso poético funcione torciendo sentidos lexicalizados sólo indica el trabajo de abandonar las categorizaciones anteriores sin tener que realizar el camino descendente, diremos en todo caso que volver a divisiones categóricas es perder lo que ya se ha ganado. Lo importante de esto no es que podamos interpretar una metáfora, sino que al interpretarla no hagamos necesariamente metáforas, como si no llegáramos realmente a ningún sentido y este realmente se fuera multiplicando y dispersando con cada nueva interpretación. Realmente a partir de lo dado por la metáfora empieza la especulación de algo que tiene un sentido y que buscamos recuperar. Si bien puede haber muchas interpretaciones del mismo sentido es porque no podemos abarcarlo completamente, pero estas diferentes interpretaciones no dividen ni multiplican el sentido, ya que éste es uno.

Según la anterior lógica, el discurso especulativo radica en la búsqueda de la univocidad. El intento de resolver paradojas dentro de un campo conceptual propio, en orden de entender algo, parecería que siempre termina en la limitación de esta experiencia bajo categorías conocidas. Así, la referencia desdoblada puede reducirse a una posición de deseo, a la pertenencia a una clase o a una debilidad de un querer fundamental, por mencionar las que señala Ricoeur. En este sentido lo que el discurso poético presente (el sentido segundo y la referencia sin presentación directa) el discurso especulativo lo racionaliza mediante el campo que él domina. Esto no podía ser de otra manera, el mismo término “pre-comprensión” marca esta dependencia, la cuestión es cómo articularlo dentro del entendimiento manteniendo la reflexión en la pertenencia.

Como es ampliamente reconocido, la propuesta final de Ricoeur radica en que esta experiencia que nos llega por la función poética no debe necesariamente reducirse a un plano conceptual ya dominado, sino que la ganancia semántica puede resultar en una ganancia conceptual, el intento de decir conceptualmente lo que la experiencia nos indica y

no dominarla por un aparato conceptual establecido. La cosa del texto o el mundo de la obra, que es su referencia no ostensiva, es un cambio crítico de recuperación de la forma en que nos encontramos en la pertenencia, siempre abierto por las variaciones de la imaginación. Si bien es cierto que la ambivalencia queda reducida porque se ha rescatado un sentido único dentro del paso conceptual, no es del todo cierto que el concepto elimine del todo la ambivalencia, ya que siempre puede ser reinterpretado. Así mismo se da una respuesta al peso crítico dentro de la verdad metafórica, ya que se intenta mostrar como ésta referencia no es ostensiva sino condición de posibilidad de nuestra experiencia y una forma efectiva de entenderla.

Sin embargo la desconfianza del campo conceptual no está del todo neutralizada. Bien se podría insistir que no es necesario el paso conceptual, que las esferas del discurso son autónomas o que la tarea es irrealizable. Tal vez en este punto ya no es posible dar razones, porque todas vendrían del campo en que se desconfía. Al fin de cuentas el estar siempre mediado por la interpretación hace in-tematizable nuestro propio aspecto ontológico desde una posición neutra o sin supuestos.

Lo que si se puede hacer es entender que esta insistencia de explicitación tienen que ver con el proyecto de Ricoeur: aquí destacamos dos puntos. El primero nos lleva a una noción de la filosofía, en donde esta es un discurso privilegiado con la tarea de organizar el saber y jerarquizarlo conceptualmente. Bajo esta noción concebir las esferas del discurso de forma separadas hace la tarea imposible: “Si todos los juegos del lenguaje tienen el mismo derecho, la filosofía ya no tiene la tarea de articular, de jerarquizar y de organizar el saber, sino de preservar la diferencia entre juegos del lenguaje.” Más allá del debate abierto o de que Ricoeur critique lo insostenible de esta postura, se señala una clara convicción.

El segundo punto se dirige a la investigación de las formas en que construimos nuestra experiencia, la cual no pasa directamente por la reflexión de un yo soberano o por vía directa de la forma en que comprendemos, sino por el rodeo de las expresiones culturales. Como gran parte de estas son lingüísticas y como el lenguaje es esencialmente metafórico, es necesario descifrar el doble sentido que despliega: “[...] porque el lenguaje es metafórico y porque el doble significado del lenguaje metafórico requiere un arte de descifrar para desplegar la pluralidad de estratos de significado.” En este sentido el

manejo conceptual para la explicitación del sentido metafórico es necesario por el rodeo implícito en éste.

Más allá de estas convicciones puedo ofrecer a título personal una más, que consiste en explicar algo que de hecho hacemos, que aunque trivial en el mismo hecho de que es una hermenéutica, es necesario recordar que como teoría de la interpretación implica un despliegue conceptual. Ya que no se trata de dar legitimidad a la interpretación, en el sentido de conocimiento indiscutible, sino de dar cuenta de que es lo que pasa en este proceso que de hecho efectuamos. Si a esto añadimos que según la hermenéutica filosófica la interpretación es la forma fundamental en que comprendemos, al mismo tiempo se intenta dar cuenta de cómo pertenecemos y nos relacionamos con el mundo. Si ante esta tarea asumimos que la explicitación por el concepto de lo presentado por la metáfora es una limitación de aquello que presiente o si es imposible la interconexión entre esferas de discurso, no puede ni siquiera empezar el proyecto que Ricoeur propone.

Teniendo lo anterior en mente explicamos cómo es que se realiza este proyecto. Basados en el trabajo de Jean Ladrière partamos de que la significación constituye un cruce de dos actos, uno de predicación y otro de referencia. Como ya lo habíamos visto una cosa significa identificar algo y otra cosa caracterizarlo, esto es lo que se entiende como el cruce de dos operaciones, una de identificación singular y otra de caracterización universal.

Ahora bien, teniendo en consideración que estas dos operaciones forman el dinamismo de la significación tenemos que el entendimiento de las dos operaciones es circular. Lo que esto quiere decir es que sólo dominamos el campo conceptual bajo la contrapartida de su uso referencial y a la inversa sólo dominamos un campo referencial bajo la adecuada articulación del campo conceptual.

En el primer caso ya hemos visto que un predicado funciona en un contexto abierto por la frase. La palabra está sujeta a la polisemia y sus términos lexicalizados encuentran articulación según el contexto. En este sentido si nos preguntamos ¿Qué valor tiene tal caracterización?, estamos limitados al entendimiento del contexto en que se encuentra y sobre todo por el referente al que caracteriza. En este sentido el valor de un predicado equivale a responder a que objeto aplica en esa circunstancia. De esta manera dice Ricoeur: “Esto es posible porque el predicado sólo funciona según su naturaleza propia

en el contexto de la frase, enfocando, dentro de un referente determinado tal o cual aspecto relativamente aislable.”

El caso contrario es más evidente, ya que dominamos un referente por el uso adecuado de los predicados. En efecto, describir un objeto es hacer uso adecuado de caracterizaciones de un campo conceptual conocido. El ejemplo más radical de esto es cuando exploramos nuevos referentes, los cuales precisan la mayor maestría de nuestras descripciones.

Bajo este cruce de actos la significación tiene un correlativo crecimiento en ambas operaciones, uno se esfuerza en estipular las características conceptuales de la realidad, mientras que el otro muestra los referentes. “Así predicación y referencia se prestan mutuo apoyo, ya relacionemos predicados nuevos con referentes familiares, ya utilicemos, para explorar un campo referencial no directamente accesible, expresiones predicativas cuyo sentido ya tenemos dominado.”

Un segundo punto es la historicidad de este dinamismo, ya que el único medio que tenemos para decir nuevas experiencias es por medio de los usos lingüísticos ya establecidos. Este abrirse a nuevas experiencias es lo que exige dar nuevos giros a enunciaciones conocidas y la inestabilidad del sistema lingüístico permite esta posibilidad. Así, tenemos que esta historia de significados adquiere un nuevo significado en una circunstancia particular. La situación no es un contenido determinado, sino un primer acercamiento que guía la innovación. En este sentido, bajo la necesidad de expresión, los enunciados aprenden nuevos “trucos.” Bajo esta determinación decimos que la historia sintáctica sólo se hace propia o se recupera cuando innovamos al decir nuestra experiencia.

Ante la pregunta de cómo es que bajo un lenguaje ya dado se dicen cosas nuevas, se responde en primer lugar viendo la sedimentación de los significados y en segundo lugar viendo al lenguaje como un “sistema” abierto. Finalmente esto explica la tensión semántica, ya que tenemos que pasar por el uso lexicalizado para decir algo nuevo.

El siguiente punto es la capacidad del aparato conceptual y referencial para llegar a otros referentes e incluso ir más allá de los que se pueden mostrar, es decir, de las cosas visibles y perceptibles. Este ir más allá de lo ostensivo lo podemos entender en primer lugar como una experiencia nueva. Sin embargo no es el único sentido en que se aplica. Aquí la

ya manejada distinción entre una referencia a objetos manipulables y una referencia que no se puede mostrar directamente es patente.

La anterior división aclara las diferentes tenciones, no sólo semánticas. Si entendemos que la significación implica dos operaciones (referencia y sentido), la referencia segunda se sirve de los predicados que funcionan en el primer tipo de referencia. Pero aquí no sólo nos movemos entre usos nuevos o viejos sino entre las dos formas de significar: “La segunda significación, que es la que se intenta mostrar, pertenece a un campo de referencia para el que no existe caracterización directa y, por consiguiente, no se puede describir de un modo identificante por medio de predicados apropiados.”

Ahora bien, este intentar decir cosas nuevas mediante las viejas y el movimiento de la referencia directa por la indirecta resume las tensiones en dos movimientos. La significación más común está atada a la referencia primera, lo que implica que debe ser arrancada de su primer referente para poder decir el segundo. Lo importante aquí es que el segundo referente (no la intención semántica) es el que ejerce la atracción sobre el sentido constituido y es el que libera a la intención semántica de su viejo uso. Aunque es cierto que el segundo campo se da por sentido, es congruente con nuestro análisis de la imaginación, en donde ésta sacaba sus esquemas del campo sentido, en este sentido y con menor ambigüedad, usarlo es conocerlo o en otras palabras, articularlo para crear (re-describiendo la realidad) es igual a descubrirlo.

De esta manera el proceso se divide en dos energías. Primero el referente segundo jala la significación constituida, como el proceso que arranca al lenguaje de su primer anclaje hacia el segundo. De la parte de la significación, su inestabilidad y por consiguiente su flexibilidad proporciona, aun en su sentido primero, la fuerza inductora para proporcionar otros sentidos. Este dinamismo incita que el sentido familiar sea excedido por la referencia segunda y a pesar de ello lleve al lenguaje a este nuevo campo. A esto es a lo que Ricoeur llama *esbozo* de sentido. Así, este presentimiento impregna la intención semántica con una vehemencia ontológica. Lo que esto quiere decir es que sin tener un sentido determinado o sin conocer el sentido de este campo, se suscita una creencia. Pero de esta creencia o vehemencia es sólo la función de liberación del lenguaje hacia el otro referente, lo que implica que no puede por sí mismo determinar nada, porque al final desdobra la referencia y lo más importante; su realización semántica parte de una primera

desestructuración para presentir otro campo, haciendo que el orden que establece sea muy general (casi una participación universal), sólo lo limita el campo que intenta superar y el nuevo campo de atracción que no puede comunicar.

Teniendo la tarea impuesta hay que ver la posibilidad de realización. Para empezar el discurso especulativo no tiene un objetivo propio, es decir, piensa lo que la metáfora presente, pero a su vez tiene que tener recursos propios para pensar: "El hecho de que el discurso especulativo encuentre en el dinamismo que acabamos de describir algo como el esbozo de una determinación conceptual no impide que aquél comience en sí y encuentre en sí mismo el principio de su articulación"

Empezamos la explicación del discurso especulativo preguntando qué es lo que de hecho hace. En general ofrece un espacio lógico, que puede determinar las categorías en que algo puede ser pensado, categorías que son el propio reflejo del espíritu. Este espacio permite la creación de conceptos, en donde lo que se articula no son semejanzas sino identidades. A su vez impone leyes de relación entre significaciones sin que su sistematicidad se pierda. Se podría decir que el discurso especulativo articula las categorías del pensamiento, siempre y cuando se interprete como trascendental y no como psicológico, entendiendo el primero como condición de posibilidad del despliegue conceptual, permitiendo que estas categorías no sean derivadas.

El segundo punto concierne a la relación entre lo especulativo y el campo que la metáfora presente. Como se ha mencionado, si bien es posible la sistematicidad de la especulación borre la experiencia, el intento de Ricoeur es que lo especulativo sea motivado por ella. Esta dialéctica entre la desaparición de categorías y la creación de determinaciones conceptuales inevitablemente lleva a un discurso analógico. Si bien la analogía se lleva a interpretar como semejanza, la apuesta es que hay una analogía metafórica, en donde todas las cosas pueden participar universalmente entre ellas, y una analogía que crea una equívocidad regulada, fundando los lineamientos lógicos que la ordena.

Estos dos puntos sintetizan la propuesta. El primero señala la independencia o la diferenciación entre discursos, la segunda indica la forma en que ellos se entrecruzan. Teniendo esto en mente veamos qué es este discurso e intentaremos exponer como se argumenta por medio de objeciones.

El primer problema que tenemos es el del origen lingüístico de las categorías. Ya habíamos comentado que la metáfora se da por acercamiento semántico, *funda todas las categorías* o como en esta ocasión les llama Ricoeur, los campos semánticos. Si esto fuera cierto, la especulación articularia los órdenes de los campos semánticos y su fundamento sería la semejanza, no la identidad. En este sentido es fácil creer que el lenguaje es sobre lo que se realiza el pensamiento y las supuestas categorías son reflejos de las categorías lingüísticas, que siguiendo a Ricoeur, hipotéticamente se crean por la semejanza.

Esta postura es desarrollada por Benveniste, el cual postula sobre el tratado de las categorías de Aristóteles esta dependencia lingüística. Pasamos revisión a esta concepción enumerando sus características:

1.- La postura que rechaza Benveniste es la noción de que pensar y hablar son dos actividades diferentes. Dice el lingüista que el origen de este error es que las reglas que gobiernan el lenguaje son inconscientes y por lo tanto pasan inadvertidas, así como las operaciones que se efectúan al hablar. Si a esto agregamos la facilidad con que pensamientos, incluso los más abstractos, encuentran enunciación, creemos que el lenguaje es un instrumento que sirve para la comunicación y por lo tanto que su unión es una necesidad práctica, pero ambos tienen su posibilidad de forma independiente.

2.- Los primeros dos contraargumentos radican en que el pensamiento recibe su forma del lenguaje, por lo tanto ni se puede trasgredir o prescindir de él. Unido a esto, sin la forma que el lenguaje le confiere al pensamiento, lo que es pensado es indefinible. Para entender esta crítica partamos de que el lenguaje transporta lo que queremos decir. Lo transportado es un contenido de pensamiento, que no se puede definir en sí (salvo caracteres de intencionalidad o como estructura psíquica, dice el autor). De esta manera el contenido debe pasar por la lengua y entrar en sus marcos. Si esto no pasa, dice el autor, el contenido es algo indiferenciado, reduciéndose a casi nada. Por lo tanto no tenemos medios más allá del lenguaje en que este contenido sea puesto como un contenido. Así se concluye que el lenguaje no sólo es la condición de transmisibilidad del pensamiento sino su condición de realización, incluso, deducimos, antes de que el pensamiento sea comunicado. La interrogante de qué sea el pensamiento o el espacio que lo posibilita, incluso si lo que lo posibilita es el mismo lenguaje (que sin ello sería una volición oscura) implica que para sortear la crítica de Benveniste se debe de exponer este espacio, asunto que Ricoeur realiza

con la significación en Husserl. Por último hay que recordar que Benveniste se refiere con el lenguaje a lo que es entendido por el estructuralismo, es decir, una estructura que consta de un arreglo de signos que se descomponen y agrupan en varios niveles, dando forma al contenido del pensamiento.

3.- Según Benveniste las categorías del pensamiento son categorías lingüísticas. Veamos la manera en que se llega a esta afirmación. Según el autor, en una posición contraria a la suya, debería de haber alguna forma de saber cuáles son las características propias del pensamiento y éstas no deben de ser adquiridas en la expresión lingüística. Dice que paralelamente al hecho de que el lenguaje se puede describir por sí mismo, algo parecido debe de pasar con el pensamiento, encontrar directamente rasgos que le pertenezca exclusivamente. Una de las posibilidades es el manejo de categorías, las cuales mantienen alguna diferencia respecto a categorías de la lengua, por ejemplo: el pensamiento puede establecer libremente sus categorías y crear nuevas, mientras que las del lenguaje no se modifican según el gusto individual. Otro caso es que el pensamiento establece categorías universales y mientras que las del lenguaje son de una lengua particular.

4-. Para oponerse al punto anterior, Benveniste analiza el estudio de las categorías de Aristóteles. El autor establece que estas categorías intentan ser el inventario de las propiedades predicables de un objeto y/o los conceptos *a priori* que organizan la experiencia. Según el lingüista todas las categorías que establece Aristóteles pueden ser reducidas a categorías lingüísticas. La lista intenta ser un listado de lo que se puede afirmar del ser, pero: “[...] razonando de manera absoluta, topa sencillamente con algunas de las categorías de la lengua en que piensa.” Damos el listado de las diez categorías de las cuales las primeras seis son nominales: así tenemos la sustancia, cuya categoría lingüística es el sustantivo; cuanto-cual, que corresponde a adjetivos derivados de pronombres; relativamente a qué, es un adjetivo comparativo; donde-cuando, son adverbios de lugar y tiempo. Del lado de las categorías verbales tenemos: estar dispuesto, es un verbo medio y estar en estado es perfecto; correlativamente el hacer y el sufrir representan la forma activa y pasiva. Teniendo la tabla completa, Benveniste concluye que las categorías del pensamiento son trasposiciones de categorías de la lengua, en general no representan propiedades de objetos y por lo tanto lo que se puede decir es lo que se puede pensar.

5.- En este punto la casi identidad que marca Benveniste encuentra un límite. Por un lado el lenguaje no es un instrumento del pensamiento, ya que cuando se piensa en la estructura del pensamiento sólo se encuentran categorías de la lengua. Por el otro lado no es posible creer que porque el lenguaje es un sistema ordenado, este sea una calca de una lógica inherente al espíritu y anterior a la lengua. Entre esta disyunción dice que el lenguaje ni privilegia ni impide el pensamiento (refiriéndose a lenguas particulares) caso que la capacidad de diferentes culturas de entender pensamientos ajenos y crear conceptos propios lo revela. Más bien, dice, el pensamiento más que una estructura es un dinamismo, el cual no pasa sobre el lenguaje, ya que pensar es manejar los signos de la lengua.

Antes de exponer la respuesta de Ricoeur, se debe de considerar que este trabajo no intenta defender alguna postura, sino analizar como Ricoeur articula tres de sus propuestas contenidos en el libro aquí estudiado, en este caso la posibilidad del discurso especulativo. Considerando lo anterior puedo aclarar las diferencias y coincidencias entre estos autores.

Tenemos el caso de que el pensamiento no sólo es condición de transmisibilidad sino de realización del pensamiento. Como no significa que las leyes de la lengua sean las leyes del pensamiento y puesto que al pensamiento Benveniste lo prefiere concebir como un dinamismo, la única interpretación que tiene sentido de esta frase es que el pensamiento es simbólico, (quedó aclarado esto ya que no significa que el lenguaje particular limite el pensamiento, pero tampoco implica que existe una estructura anterior al lenguaje). En esto no parece haber duda, el mismo Ricoeur establece que el lenguaje es el mediador entre nosotros y el mundo e incluso en un apartado anterior señalamos una concepción del lenguaje en donde este “crea” ser. Esto no sólo significa que el pensamiento se hace por medio de símbolos ya que incluso se puede pensar en la relación que el lenguaje ha posibilitado. ¿Esto es a lo que Benveniste se opone?

La posibilidad de pensar la relación que establece el lenguaje, desde el lenguaje. Si bien no hay lugar fuera del lenguaje para pensar esta relación, el mismo lenguaje puede ser reflexivo, es la función llamada metalingüística. De la misma manera es un hecho de que el lenguaje no limita nuestro pensamiento, lo que en términos de Ricoeur sería la inestabilidad del sistema que muta en el esfuerzo de decir la experiencia.

Todo esto, lo cual se reduce a que el pensamiento es simbólico, se complica cuando se quiere dar cuenta de cómo se piensa en esta relación. La simple capacidad de relacionar conceptos bien definidos con otros conceptos del mismo tipo y sentar las nociones primeras que articulan este espacio lógico, por principio no se contrapone con el hecho que el pensamiento sea simbólico. Así mismo no podemos saber si Benveniste se oponga a que diferentes discursos piensen el lenguaje o lo articulan de diferente manera, pero si no fuera el caso tal vez no sería posible ningún tipo de teoría. Habría que admitir, entonces, que el intento de Ricoeur de diferenciar el discurso poético del especulativo es válido (desde esta objeción). Entonces el problema es lo específico del discurso especulativo, como la capacidad de pensar la relación que establece el lenguaje. Ricoeur plantea esta relación sobre el término ser: “El problema es, pues, comprender según qué principio el pensamiento filosófico, al aplicarse al ser gramatical, produce la serie de significaciones del término ser.”

Más adelante Ricoeur reconoce que la filosofía es la que piensa la relación entre el ser y el ser dicho y funda esta capacidad reflexiva del lenguaje, como ya lo mencionamos. En general es el conocimiento de esta relación, que en tanto función referencial, se sabe relacionado con el ser, dicho de paso, dentro de esta relación. No es muy diferente de lo que mencionamos con anterioridad, en donde la caracterización universal e identificación singular están en un continuo dinamismo. En este sentido sólo la relación en conjunto sustenta su autoconciencia en una incesante búsqueda que no tiene por qué encontrar fin. Si suponemos que pensar la relación entre el ser y el ser dicho implica un grupo de categorías *a priori* que regulan esta relación, entendiendo por esta fuera de la reflexión sobre el mismo lenguaje, nos encontramos un tanto lejos de Ricoeur, en tanto que explícitamente la postura de Ricoeur es un pensar reflexivo en y no sobre las relaciones y las intencionalidades del mismo lenguaje. Esto con independencia de que sea totalmente posible, ya que la intención sólo señala la diferenciación.

Así podemos marcar una primera característica del discurso especulativo, como aquel que piensa la relación entre el ser y el ser dicho. Al mismo tiempo podemos suponer que para Benveniste el pensar esta relación implica intentar salirse del lenguaje, que en todo caso sólo logra reproducir las categorías del lenguaje, según se vio con su análisis de las categorías de Aristóteles.

Ricoeur argumenta que si bien el camino que va de las categorías hacia el lenguaje es perfecto, surgen dudas respecto del camino inverso. En mi opinión esto sólo puede significar una cosa: no puede (Benveniste) decir qué categorías de una lengua dada serán privilegiadas para que un grupo de categorías *a priori* que regule la relación entre la lengua y lo que se dice. Al final cualquier grupo de categorías pueden encontrar su paralelo con una categoría de la lengua, lo que no prueba que incluso las condiciones generales para toda predicación sobre el ser partan de los usos concretos de la predicación, tal que todo intento de decir las categorías generales antes de la experiencia son abstracciones de usos particulares. Si bien nunca se ha planteado salirse de la experiencia, la abstracción no es el único medio de relación con la experiencia.

Ricoeur puede darle más peso a su postura al encontrar un hilo conductor en las categorías de Aristóteles que no sea lingüístico. Esto lo defiende Ricoeur cuando Aristóteles divide la cópula del ser en dos sentidos, *ser dicho de* y *ser en*. Esto para permitir la atribución sinónima, que a diferencia de la homónima no sólo comparten el nombre sino que también la noción, y la atribución parónimas que se denomina por el nombre pero se diferencian por el caso. Bajo esta diferencia ontológica se deducen cuatro clases de sustantivos y la morfología permite el cruce de las oposiciones entre lo concreto y lo abstracto. En general lo que encontramos es que todos los términos remiten a una primera categoría (la sustancia). La forma en que se le atribuye a esta sustancia sus atributos, según vaya de la univocidad pasando por las parónimas hasta las homonimias, revela diferente grados de predicación cuyos criterios son ontológicos y lógicos, aunque se piense sobre seres gramaticales, ya que incluso corrige y ordena este campo. De esta manera el hilo conductor es una equivocidad regulada, que por extensión podemos llamar analógica, sin confundirla con una analogía de semejanza. Independientemente de la eficacia de lo anterior, se plantea el hilo conductor más allá de la pura traslación lingüística, aunque se realice en el lenguaje.

Finalmente al llevarlo a la pregunta que abrió esta discusión tenemos el intento de diferenciación del discurso especulativo respecto del poético. Esto pasa en cuanto que la derivación de la atribución es un debilitamiento de criterios. Si consideramos que la semejanza metafórica es un debilitamiento de criterios, por no decir su ausencia, parece que es la misma articulación. Pero cuando el discurso especulativo plantea la necesidad de un

hilo conductor y su búsqueda, aunque esta sea un fracaso reconocido, con la impronta de delimitar la confusión categorial, hace algo que la semejanza no hace, es decir, normarse. Aunque la deducción de Aristóteles sea analógica (como ya se explicó), por el hecho de que funciona por un progresivo debilitamiento de la precisión de la función predicativa, no replica la equivocidad homónima, sino que la contiene intentando que sea regulada, instaurando la demarcación de discursos. Este es, según Ricoeur, un ejemplo claro en la demarcación de discursos, puesto en sus palabras:

[...] por romper por la poética, esta semejanza puramente trascendental testimonia, aún hoy, por su fracaso, la búsqueda que la ha animado [...] *y agrega más adelante*: Pero el primer gesto sigue siendo la conquista de la diferencia entre la analogía trascendental y la semejanza poética. A partir de esta primera diferencia en el vínculo no genérico del ser podrá – y sin duda, deberá – pensarse según un modelo que no deberá ya nada a la analogía misma. Pero este paso más allá de la analogía sólo ha sido posible porque ésta misma había sido un paso más allá de la metáfora.

Hasta este punto sólo hemos defendido su diferencia sobre el ser lingüístico, pero en donde se funda esta posibilidad en el tratamiento semántico y el objeto específico de esta distinción sigue siendo oscuro, como el presentimiento del discurso semántico, por lo cual esta respuesta es parcial.

Esto nos lleva a nuestra segunda objeción la cual radica en que si bien se ha defendido la diferencia entre discursos, no se ha mencionado como funciona el discurso especulativo más allá de la dinámica metafórica. Si a fin de cuantas ambos discursos emplean sus capacidades sobre la semántica, la especulación debe de aclarar su desviación.

Como ya se vio la significación (esquemmatización) en la metáfora funciona por medio de imágenes ligadas al lenguaje, al contrario de la significación por caracteres específicos de Husserl, en donde las imágenes sólo tienen un papel de soporte. Como en el caso anterior enumeramos las características que se nos son pertinentes.

1.- Contenidos psicológicos. La primera característica se encamina a referir la esencia de la significación, no a la vivencia sino al contenido de ésta. La vivencia de la significación es una múltiple dispersión, real o posible de aquel que habla, lo que implica la separación entre como se llega o se percibe la significación, del significado propiamente.

Así mismo esto nos separa del contenido entendido de forma psicológica, comprendiendo este contenido de la vivencia como los caracteres sensibles del mismo, sea los fenómenos verbales visibles o acústicos así como los actos de la interpretación objetiva, ordenando las palabras en espacio y tiempo (podríamos decir nosotros un ordenamiento sintagmático singular). Ahora bien, estos contenidos psicológicos se diferencian de los contenidos ideales por su equivocidad (por intentar llevarlo al vocabulario que hemos empleado). Los contenidos cambian según el individuo y para el mismo individuo puede cambiar con respecto de un mismo momento, en relación a una y la misma palabra. Al final de cuentas son variaciones de mi individualidad, según una vivencia de representación.

2.- Contenidos psicológicos e imaginaciones. Estos contenidos psicológicos están ligados con imágenes que pueden acompañar la intención significativa, pero no la determinan. Husserl pone el ejemplo del nombre Bismarck, que para la comprensión de su significado es indiferente las imágenes que pueden o no acompañar esta significación, sin importar su nivel de aproximación. Entender lo que significa la palabra es independiente de las representaciones que son evocadas respecto de la misma. Lo que esto quiere decir es que las imaginaciones están fundadas en la intención significativa. De esta manera la vivencia de una expresión significativa está alejada de tal modo de un contenido psicológico que se convierte en la vivencia de la misma significación. Si recordamos en la semejanza las imágenes están ligadas al lenguaje para escapar de un psicologismo, en la medida de que no son imágenes libres, llegando a una semejanza del estilo “ver como”. Aunque nuevamente no hay mención de Ricoeur, podemos suponer que en este caso el lenguaje también sufre ciertas variaciones en su intención por la discontinuidad de discurso. De un lado estaría el lenguaje portador de una significación única y por el otro lado estaría el lenguaje en su función casi artesanal de ligar imágenes. En cualquier caso estamos lejos de contenidos psicológicos, aunque el tipo de identidad encuentra una diferencia entre lo semejante y lo mismo.

3.- Contenido lógico. El contenido lógico aparece como lo mismo que subyace de las expresiones individuales, en la medida que estas últimas se pueden multiplicar en cada expresión aunque su sentido sea idéntico. Es a lo que se refiere Ricoeur cuando dice que sólo el discurso especulativo distingue un sentido único y lo que permite en última instancia decir que comprender una expresión no es lo mismo que describir imágenes. Así,

dice Husserl, la idealidad de la significación no recae en una predilección subjetiva ni tampoco es una hipótesis que justifique su eficacia explicativa, sino que es una verdad inmediatamente aprehensible, en el hecho de que en variadas ocasiones se puede mentar idénticamente lo mismo, sea proposición, concepto, etc. Este es el “ver” por la intelección, que se separa del entender por imágenes, según Ricoeur:

Lo especulativo es lo que permite decir que `comprender una expresión (lógica) ´ es otra cosa que describir imágenes; que la perspectiva de lo universal es otra cosa que el despliegue por imágenes que la acompañan, la ilustran e incluso concurren a la `distinción´ de los rasgos específicos y a la `clarificación´ del tenor de sentido.

4.- Esta identidad uno y la misma es la identidad de la especie. Con esto simplemente se diferencia objetos individuales y objetos universales. Como ejemplo Husserl señala la diferencia del rojo como especie y el objeto rojo como intuición. El primero es la identidad ideal que existe entre cada manifestación de la rojez y la manifestación que es sólo el momento del rojo del objeto. La especie sería el mismo rojo en cada manifestación singular del mismo, cuando me corto o cuando veo un amanecer, en cada caso la misma especie se realiza aunque el momento individual sea diferente. Se podría interpretar, a caso, que estas significaciones específicas (aquí sus diferentes tipos no nos incumbe) son producto de la abstracción. Si bien entre la mención individual y la mención específica aparece el mismo hecho concreto (sin importar que sea de la sensación o producto de la fantasía), sus contenidos sensibles no cambian. En este caso el fenómeno del objeto es sede de dos actos diferentes. De esta manera existen dos comportamientos de este yo: “[...] aunque exista un solo yo, el yo-humano como yo-pienso, se admite una diferencia de comportamiento en el interior de este único yo.”

5.- En un caso el fenómeno es base representativa para un acto de mención individual, en donde se menta, más o menos, lo que el fenómeno ofrece. En el otro caso el fenómeno es sede del acto de mención específica, no la nota de la cosa (un rojo particular) sino su contenido o su idea (la rojez). Al ser el mismo fenómeno base para dos actos distintos se rechaza que de un acto como el de mención individual se abstraiga un contenido específico, para después realizar el acto de mención específica, en general podemos decir que es una reducción que nos aleja del contenido psicológico. Por el mismo

carácter de unidad del contenido específico éste no es derivado de múltiples actos individuales. De facto el orden se altera, para que sea posible decir que una nota de varios objetos son parecidos, tenemos que identificarlos primero como lo mismo, ¿sino cómo sabríamos que se parecen? Como lo mismo no recae en actos individuales, se ve que es desproporcional respecto del acto específico, en donde se capta lo que hace posible esta relación de semejanza. Ahora bien, el portador de esta idea es el concepto, que no es una abreviación de varias singularidades ni tiene una función de valer por algo (representación) sino que es la comprensión intelectual de ese acto específico en la idea y que expone que este horizonte puesto por la especulación posibilite dos actos diferentes de la percepción que actúa en el fenómeno. Puesto en palabras de Ricoeur:

Lejos de reducirse el concepto a la abreviación, en virtud de algún principio de ahorro y economía, de un juego de sustitución, el propicio concepto es el que hace posible este juego de re-presentación. Significar es siempre distinto de representar. Es la misma capacidad de inscripción en el espacio lógico la que hace que la interpretación que actúa en la percepción pueda convertirse en sede de dos objetivos distintos [...]

6.- El último punto ya lo rozamos anteriormente e indica que la igualdad (semejanza) es precedida por la identidad. La primera es el uso impropio de la identidad, cuando tratamos las cosas parecidas como las mismas (el mismo libro, la misma duda, la misma filosofía, etc.) Pero el uso de la igualdad implica o supone el uso propio de la identidad: “En efecto, donde quiera que exista igualdad hallamos también identidad en su sentido estricto y verdadero.” Cuando decimos que dos cosas son iguales indicamos en que lo son y nos referimos a un término más general, una especie que se menta en cada individualidad. Así, marcar en qué sentido son diferentes y en cuales iguales indica la especie subyacente que permite su igualdad. Incluso, señala Husserl, la falta de vocabulario o de expresión respecto de esta especie que exige una expresión unívoca, no es obstáculo para tenerla como siempre presente en nuestra afirmación de igualdad. En todo caso es imposible definir la identidad, mientras que la igualdad se define sólo por la identidad.

Así tenemos este idealismo fundado en actos dirigidos a especies unívocas, que funge como la contrapartida del discurso poético. Las esquematizaciones cargadas de imágenes que crean el sentido en la articulación metafórica se encuentra con el límite de un

discurso que no solamente tiene la intención de univocidad, sino que puede articular significados del mismo nivel y así crear sistemas.

Este modelo fundado en la univocidad como acercamiento al significante, en orden de darle un contrapeso a la significación tensional, no está libre de sospechas, sobre todo si al revisar la obra de Ricoeur vemos las múltiples críticas a este idealismo.

Realmente no hay un hilo negro que descubrir en esto, las críticas a este idealismo son puestas sobre sus ambiciones no sobre el espacio de pensamiento que pone en juego. La pretensión se reduce a un campo que pone al ser como sentido, en tanto que la intencionalidad fija a un sujeto idealizado encerrado en un sistema de significaciones, haciendo a un lado el mundo que funge como horizontes de las intenciones anterior a un sujeto que juzga. Para poner en evidencia lo anterior podemos ordenar las críticas y ver como encaja en la distinción de discursos, lo que a la vez nos permite encadenar los tres capítulos que conforman este trabajo.

La primera duda que nos surge es que esta univocidad tiene como objetivo un campo múltiple de significación: “Desde luego, Husserl no habría admitido la idea de una significación irreductiblemente no unívoca; excluye expresamente esa posibilidad en la primera de las *Investigaciones lógicas*. Por ese motivo, la fenomenología de las *Investigaciones lógicas* no puede ser hermenéutica.” El mismo propósito es desproporcional a un campo que parece fundarse sobre un excedente de sentido, que al final acabara reduciendo.

En el *Conflicto de las interpretaciones* esta posibilidad se dice sin reparo. Toda interpretación funciona de una determinación múltiple, que al final la reduce llevándola a un campo teórico que le es propio. Así, por ejemplo, el psicoanálisis reduce su interpretación a la esfera del deseo, lo mismo se podría decir de la interpretación hecha por una fenomenología de la religión. Lo que esto muestra es lo local de las interpretaciones, que no separa método de verdad, y que dependen de estructuras teóricas particulares. La teoría de la significación funciona sobre su enfoque singular, en tanto que es efectivo en la reducción que produce y viéndolo fuera de otras interpretaciones articula expresiones unívocas:

En primer lugar las aproximaciones semánticas mantienen a la hermenéutica en contacto con las metodologías efectivamente practicadas y no corre el riesgo de separar su concepto de verdad del concepto de método. Asegura, además, la implantación de la hermenéutica en la fenomenología, en el nivel en que ésta se siente más segura de sí misma, es decir, en el nivel de la teoría de la significación, elaborada en las *Investigaciones lógicas*.

Lo que podemos sacar de esto es el reconocimiento de un límite, tal vez no propiamente de la teoría de la significación, sino de las interpretaciones singulares que él produce. Esto no porque no pueda llegar a cierta univocidad (recordando el excedente de sentido) sino porque lo hace de forma restringida dentro de su propio espacio teórico o su horizonte. Pero más allá de este límite argumenta que su articulación es posible, que usan una configuración diferente del discurso para manejar los múltiples significados. Tal vez podríamos decir que la teoría de la significación, en su gran generalidad, ha sido restringida por otro campo, el cual le da que pensar y la ciñe a un momento de la interpretación, sin dejar de ser transcendental, pero sólo reconociéndose en sentidos relativos.

Ahora bien, en *La metáfora viva* esta singular de interpretaciones no se menciona, tal vez por su mayor generalidad. Esta generalidad no es difícil de rastrear. El fondo común de articulación de todas estas hermenéuticas es el lenguaje y específicamente la doble valía del mismo, de un lado como interpretación literal y del otro lado como esta segunda interpretación metafórica.

Bajo lo anterior podemos reconocer la impronta de llevar al lenguaje hasta su polo intencional de decir lo extralingüístico. Todo el trabajo de enfrentamiento y al final de compleción del estructuralismo nos llevó irreductiblemente a la referencia, no como característica aislada de una articulación conceptual sino como rasgo general del lenguaje. Según Ricoeur, en *El conflicto de las interpretaciones*, la oposición entre fenomenología y estructuralismo es palpable. Así, Ricoeur menciona tres tesis de la fenomenología: que la significación sea la categoría más abarcadora, que el sujeto es el portador de esta significación y que la reducción es lo que permite un ser para la significación. Según Ricoeur estas tesis se enlazan para llegar a decir que el significado lógico gravita en el significado lingüístico y se inscribe en la intencionalidad de la conciencia. La reducción es lo que permite este paso de la pregunta por el ser a la pregunta por el sentido del ser. La

relación con el mundo que nos permite la reducción es por lo tanto que todo fenómeno aparece como significado, el cual debe ser explicado. Siguiendo a Ricoeur se desprende una teoría del lenguaje generalizada. Si particularmente es actividad, función u operación, aquí se deja ver como el medio significante en su totalidad. La guía para lograr esto es el tematizar sobre el lenguaje la actividad, intencionalidad y significativa del sujeto, aquel que habla. En este sentido el lenguaje como sistema constituido se opone sin más al habla como intención significativa.

La resolución de esta polaridad es lo que Ricoeur intentó realizar al llevar a la metáfora al plano de la predicación. En *El conflicto de las interpretaciones* el proyecto está abierto por esta tensión entre estructuralismo y fenomenología. La propuesta es poner la posibilidad del habla viva sobre los valores sedimentados de la estructura lingüística, y en este sentido ver como el habla se actualiza al poner en marcha el pasado de lenguaje en este saber lingüístico, en pocas palabras darle cuerpo a la intención significativa.

Éste fue el camino que recorrimos en el plano de la metáfora, mostrar que no se podía entender a la misma desde el propio sistema, sino como intento vivo de expresión, lo cual realizamos al llevarlo a la predicación y con ello a la intencionalidad, es decir, a la referencia. No es difícil ver que este supuesto no se prueba ni se descubre en el análisis de la metáfora, sino que guía el propio estudio, en cuanto que el lenguaje al tratarlo como un polo de significación es sobre un acontecimiento predicativo. Así, el lenguaje que despliega el sentido en dos niveles está ligado a un intento de significar, lo que de forma general impacta a cualquier interpretación.

Ahora bien, de vuelta a nuestro problema tenemos que las interpretaciones singulares llegan a la reducción del sentido a su espacio teórico, pero vistas en general todas realizan un movimiento de reflexión, contemporáneo de un cierto distanciamiento, que permite regular alguna parcela del sentido múltiple que abre el lenguaje en su nivel tensional, al final es una relación de un sujeto que juzga. Vistos desde su unidad o desde una forma, por así decirlo, la parcialidad de las interpretaciones se descubre en su generalidad precisamente como reguladoras de una multiplicidad de sentidos.

Esta unidad, que no es más que la pertenencia ontológica, no sólo conforma el campo común de toda interpretación sino que pone en contacto la teoría de la significación con otro campo, sin desvanecerla. La crítica al idealismo de Husserl, como se expone en

Del texto a la acción, consiste que ésta planteó la intencionalidad en la dualidad sujeto-objeto y su unidad en una subjetividad constituyente. La referencia que revela la metáfora es una relación inclusiva anterior a esta dualidad. La significación como teoría general funcionaba como fundamento en tanto que se suponía este sujeto constituyente, pero al postular una relación anterior es dependiente de cada lugar en donde se de un distanciamiento de esta pertenencia, aunque la fenomenología exigía diferenciar el proyecto de fundamentación particular de una empresa trascendental. Ricoeur puntualiza que este supuesto es la empresa fenomenológica aún viva en la hermenéutica, sólo que ya no se dirige al sujeto sino a la pertenencia.

Esto hay que dejarlo claro, el discurso especulativo tienen sus propios recursos. Lo más lógico que se puede deducir de esto es que la capacidad de pensar categóricamente y de regular no parte de la pertenencia o de la pre-comprensión. Lo que lo liga con la parte ontológica es que piensa lo que la pertenencia le ofrece. Para que esto pase, para que lo que se muestra pueda ser pensado, debe de haber distancia con nuestro mismo pre-comprender. Sólo si el distanciarse del pre-comprender es parte de su estructura, lo especulativo puede ser parte de la pertenencia y pensar lo que le ofrece. Si se quiere decir que la especulación es un momento de la creación y sedimentación, se puede mostrar, como se hará más adelante, que éste es indiferente respecto de esto proceso, él sólo hace la reflexión e intenta aclararla (está fuera de toda creación de sentido).

Ahora bien, en el segundo capítulo vimos como la gesta de la imaginación permitía una suspensión del mundo que damos por sentado, hasta llevarnos a una referencia pre-objetiva. En mi opinión, y como se defendió, no es del todo claro en Ricoeur el momento verbal y del no verbal de la semejanza, finalmente resuelto por la resonancia. Es posible conceptualizar (asunto que está en cuestión) que aquello que funda la semejanza, en su pre-objetividad, sea de carácter anti-predicativo, si este es el caso lo que se intenta mostrar es la justa relación en donde lo no discursivo crea el discursivo o el sentido. *Es sin más la hipótesis de intentar decir cómo es que todo sentido se funda, en el momento justo donde sus dos extremos aparecen posibilitados por dos usos del lenguaje.* Por lo mismo son dos usos generales del discurso los que se requieren para decir la pertenencia.

Aquí es donde parece más difícil, ya no defender que son discursos propios, sino que pueden interactuar. En un primer momento tenemos una intención significativa

esbozada por la predicación metafórica, digamos un sujeto que quiere decir una experiencia. Pero encontramos que esta posibilidad se arraiga en un campo pre-objetivo que permite la nueva enunciación, que a la vez está regulado por la redescrición realizada por la imaginación. La hipótesis es que el sujeto al decir lo nuevo también presiente su campo de pertenencia, que en cierta forma lo engloba y disuelve. Digamos que es parte de una posición que ya es un distanciamiento, aunque no reflexivo. Después viene la suspensión por la imaginación, que presiente la pertenencia desde donde brota un nuevo sentido. Por la distanciacón, el discurso especulativo llega a este momento para intentar marcar una nueva distancia, pero en este caso de manera reflexiva. Como ya vimos la conciencia intenta hacer de la pertenencia, por lo menos en su dinamismo, un polo intencional. Aquello que Benveniste decía que era el pensamiento sin lenguaje, esa cosa oscura, es precisamente lo que parece que quiere ser pensado.

En todo caso, al hacer de la pertenencia un polo intencional estamos frente a la paradoja de que se piensa, como sujeto que juzga, lo que es anterior de todo sujeto que juzga. Este movimiento, en tanto sujeto que se sabe englobado, tendría al mismo tiempo conciencia de lo parcial de su interpretación y que esta pertenencia nunca llegaría totalmente al lenguaje, sino que las significaciones se seguirían elucidando sin que se puedan englobar por completo, es decir, una ontología militante que piensa lo que se le es manifestado. Las últimas palabras del libro son esclarecedoras: “Lo que así es dado `a pensar´ por la verdad `tensional´ de la poesía es la dialéctica más originaria y más disimulada: la que reina entre la experiencia de pertenencia en su conjunto y el poder de distanciamiento que abre el espacio del pensamiento especulativo.”

Pero una última duda me asalta en este punto ¿sólo se piensa la posibilidad de interpretaciones singulares? Si vemos con detenimiento, la articulación del enunciado metafórico es independiente del discurso especulativo. Todo empieza en el sistema del lenguaje, en donde la polisemia y todos los significados sedimentados están en estado de latencia. Por estos valores un sujeto juzga según el contexto. Por algún motivo una experiencia no encaja o creemos que en ella hay algo más, por así decirlo, escapa al sentido, por lo menos pleno. También podríamos decir que la intención significativa no se reconoce como tal. En este punto el lenguaje es explotado y rompiendo la división establecida de los campos semánticos se descubren nuevas combinaciones en orden de

decir aquello que hasta entonces no podíamos significar. La nueva pertinencia surge de este esfuerzo, ya sea un referente nuevo o un grupo de experiencias en donde se le quiere dar coherencia, al fin de cuentas se le re-describe para que tenga sentido. En su estado de actualidad o vivo el paso de un viejo uso a un nuevo uso se sienten en el enunciado, por lo que es necesario dos niveles de interpretación. Aunque en la nueva pertinencia se ha creado un nuevo sentido, que diferenciándose de la atribución sin tensión, sigue siendo un sujeto que juzga o que reconoce un sentido. A esto añadimos que con el tiempo puede que el nuevo sentido se lexicalice y que sea delimitado por el uso en ciertos contextos.

Lo importante de esto es que el discurso especulativo no tiene importancia en ningún momento del proceso (no hay concepto). Ya hemos expuesto su independencia y hasta cierto punto su interacción local sobre contenidos ofrecidos.

Según nuestro esquema, parecería que se piensa el sentido metafórico, quitándole su ambigüedad. Si lo pensamos de un manera tal local, lo que no implica que sea falso, parece muy limitado respecto de la ambición del proyecto de Ricoeur. Lo anterior sería algo tan normal como interpretar una obra. Si es planteada desde el psicoanálisis o la estilística, sabemos que hay un uso especulativo que intentará dar cuenta de sus propias razones. En cierto modo parece el único uso legítimo de la especulación. Pero al final de cuentas no se responde el cómo es que estás interpretaciones son posibles y cómo es que nos reconocemos en ellas.

También podríamos suponer que en la nueva pertinencia un concepto ya está preparado y lo que hay que hacer es diferenciar lo ocasional de la generalidad que se gesta. Esto tendría la ventaja de que sigue funcionando de forma local. Esta es la opinión de Francis Edeline, miembro del grupo de Liega. En su ensayo *Metáfora y cognición*, sostiene que la metáfora y el símbolo son formas de darle sentido a la existencia, al afirmar la coherencia del mundo, atenuando que estamos en un mundo irracional e incomprensible. Tal vez esta supuesta pertenencia ontológica es una forma más de llamarle al Uno, de donde todo parte y donde todo llega. Pero lo interesante de lo que dice este autor radica en que la metáfora ya tienen incluido el concepto:

“[...] la metáfora y el símbolo se forman alrededor de una analogía mientras que el concepto es la analogía misma, el elemento semántico común a dos o más términos, en

otras palabras: la categoría.” Y más adelante agrega. “La finalidad de la ciencia es extraer los conceptos de todas las metáforas y por ese medio destruirlos. El concepto está (ya) presente en toda metáfora [...]”.

La anterior postura, que básicamente recogería los semas en común de la enunciación, describe una linealidad entre los discursos, en donde la metáfora es un estado imperfecto del concepto y donde el entendimiento puede remontar a la imaginación.

Estas dos posibilidades se nos muestran como lo que hay que sortear respecto a la tarea del discurso especulativo. La tarea específica es hacer comprensible todo el proceso y remontarse desde la experiencia hasta la pertenencia.

Sin duda lo que posibilita esto es que la metáfora deja “ver” tanto la experiencia como la pertenencia en su referencia desdoblada. Parto de la ambigüedad del ser y del no ser dentro de la verdad metafórica, retomando la vehemencia ontológica y la crítica destructiva. En una primera instancia prejuiciada y descuidada, el momento de la vehemencia ontológica representa este Uno en la imagen del sentido pleno, y el otro momento representa el prejuicio positivista. El prejuicio positivista, más allá de la oposición con el discurso de la ciencia, plantea que el sentido es recogido del objeto, y el sentido como propiedades del objeto se agota en él. Sujeto y mundo mantienen una relación de afecciones, el mundo me afecta y yo puedo experimentar con él, en orden de que revele lo que le es propio. A fin de cuentas inicio en un mundo que se me es ajeno. Por el lado de la vehemencia ontológica, más allá de un consuelo metafísico, representa que el mundo no está dado, que el mundo es puro sentido y en esta medida inmanencia. El momento anterior a un sujeto que juzga queda englobado, junto con el objeto, como la posibilidad de que ambos términos sean posibles. Como ambos extremos se dan como parte de la alienación del sentido, la relación con el mundo es un constante auto-reconocimiento de nuestra pertenencia al sentido que nos engloba.

Si estas dos posturas se toman desde el prejuicio propio, tenemos una imagen antitética, que nos lleva a elegir entre el mito o la desmitificación. Desde la forma en que lo hemos definido, uno se vuelve en el extremo del todo el planteamiento y el otro el punto medio, es decir, primero un sujeto que juzga, luego el presentimiento de la pertenencia, y al final de nuevo un sujeto que juzga en un excedente de sentido. Desde este planteamiento, como se mencionó, la especulación puede tematizar aquel excedente de

sentido reduciéndolo a su horizonte. Pero la tentativa de Ricoeur no es que el discurso especulativo piense solamente un aparecer singular o una referencia, sino las condiciones de posibilidad de la referencia en general.

¿Cómo es posible que el discurso especulativo diga el proceso y las condiciones de todo aparecer? Tres son las características que lo permiten: La *epoché*, la referencia desdoblada y el excedente de sentido.

Hemos establecido que la metáfora suspende el modo habitual en que entendemos la realidad. Pero esta suspensión de la realidad (condición para el despliegue de una referencia de segundo grado) no acaba en un sin sentido, sino en una referencia desdoblada. Es curioso como Ricoeur, en este punto, invierte el momento crítico. Si en una primera instancia era el lugar para un prejuicio positivista, Ricoeur lo convierte en una crítica contra este prejuicio. Así, dice que la *epoché* (siempre parcial) y la referencia desdoblada muestran lo endeble de nuestro concepto de realidad, que depende de un horizonte. No es, por supuesto, un acto de humildad del entender humano, sino que la realidad es algo que va brotando, no algo que ya esté simplemente ahí.

Si esto es cierto, entonces es válido preguntar ¿desde dónde brota este sentido? Si entendemos la crítica del concepto habitual de realidad, como la distinción entre subjetivo-objetivo y pre-objetivo, también es posible hacer la distinción paralela entre lo predicativo y lo no predicativo. Si sujeto y objeto desaparecen, el discurso especulativo lo seguirá, porque no hay sujeto que juzgue. Podríamos decir que el aparecer en general surge desde lo que no aparece, que el discurso es posible desde el no discurso, que el sentido brota desde el no sentido, que el “es” surge desde el no “es”, en fin, que es impensable las condiciones de posibilidad de la referencia en general, aunque sepamos, por decirlo así, que es algo. Parecería que la pregunta respecto del aparecer en general nos lleva a algo que no es aparecer, no es ¿mejor callar o hacer metáforas para referirse a lo que aparece desde lo que no aparece?

La apuesta de Ricoeur radica en que el aparecer en general no lo concebimos como negatividad de toda atribución, sino como excedente de sentido. ¿Por qué no podemos hacer inteligible hasta el final el momento de la no incisión entre sujeto y objeto?, o en otras palabras, *Lo que no lo permite es la metáfora, en tanto que siempre es más que toda atribución.*

Aquí sólo veo dos caminos, los cuales me parece que no dejan el plano de la metáfora, es decir, de un excedente de sentido: El camino de la mistificación, como la escucha del silencio o el de la ontología militante. Esta última intentaría crear un espacio conceptual que no limitara el excedente de sentido y por supuesto que no fuera una metáfora, sino discurso regulado. A mi parecer el fracaso está asegurado, lo que no es precisamente malo, ya que la recuperación del sentido se vuelve una tarea interminable, recreando una nueva tensión o un discurso analógico jalado por los dos polos.

Sin ir más lejos el intento de Ricoeur inicia indicando que la explicitación de la referencia metafórica sería el ver las cosas como acto, pero agrega enseguida que sería verlas como demasiado humanas, como un artificio o una voluntad artística. Entonces, agrega, sería verlas como eclosiones naturales, como realización libre, que brotan desde sí y en este sentido no sólo como acto, sino también como potencia. Pero esta acepción implica entender esta referencia como producción de movimiento o reposo, digamos, que son atribuciones que la limitan. Así, la acepción más amplia sería “generación de lo que crece” o *physis*.

Sin duda es una metáfora, de ahí la consigna de que esto es lo que debe hacer el discurso especulativo, crear el espacio en donde la relación de la pertenencia con su manifestación no encuentre limitación, que signifique que el aparecer es un brotar íntegro desde sí. En general pensar un espacio en donde la especulación y la pertenencia no se confundan ni se eliminen.

Al fin y al cabo la relación de lo apofántico a lo no apofántico queda como una tarea. El discurso que intenta articular esta relación es un discurso mixto. Lo que tal vez señale la verdadera ontología implícita, que vuelve a una tensión entre la creación de sentido y la reflexión sobre esta creación.

Conclusiones

Esta obra que presenta Paul Ricoeur se ha destacado el intento de explicar la reflexión dentro del postulado hermenéutico de la pertenencia, es decir, desde el mundo que nos precede. La imaginación, la innovación semántica, la posibilidad de abrir mundo, etc., son solamente subsidiarios al esfuerzo de decirse a uno mismo y de sondear en el espesor de las significaciones que nos anteceden, con la promesa de una reconciliación que nunca llega a su término, nuestra propia participación en estas significaciones. Aquel que se le va su vida en preguntar por su ser encuentra, antes que respuestas, una vía para afirmarse. Así, la inclusión de la especulación es el movimiento de un discurso que debe justificarse a sí mismo, ante un mundo que le precede.

Tal vez esta obra representa uno de los últimos rastros de una pretensión de mayores proporciones. Ésta consiste en la articulación de los diferentes discursos de la humanidad, que Ricoeur vio diseminados. La doble estructura referencial de la metáfora viva representa la base común para toda interpretación y en esta medida su elucidación es un restablecimiento de esta diseminación. En este sentido la noción de filosofía que subyace es la de un discurso que vincula todos los discursos.

El propósito de esta tesis ha sido el de explicar, por medio de sus motivos y problemáticas, los tres principales movimientos que ligan este proyecto reflexivo. En última instancia la secuencia que articula Ricoeur desde las concepciones de la metáfora en el estructuralismo hasta la defensa del discurso especulativo, finaliza con la tarea de encontrar la forma de que la especulación racional y la pertenencia presentida por el discurso poético se vinculen sin anularse, aunque la realización de esta tarea se posterga.

Las conclusiones a las que ha llegado el seguimiento, desglose y selección efectuada en este trabajo, corresponden al esclarecimiento, en su nivel problemático, de la coherencia conceptual y del aspecto sintético de la obra, así como hacer específicas varias dudas que giran en torno a la obra.

Tres fueron las preguntas a las que se intentó encontrar respuestas, de las cuales resumo las principales características, y específico las dudas que muestran el límite de la investigación así como las tareas por realizar:

1.- En el apartado del estructuralismo (Capítulo 1. La metáfora fuera de la predicación) la pregunta que surge fue: ¿Cómo integrar a la lingüística con la intención significativa de la metáfora? Como vimos, la intención significativa en la nueva pertinencia es fundamental para llegar a la referencia desdoblada, pero ésta chocaba con el discurso de la lingüística que requiere acotar esta intención a la estructura semiótica. Por consiguiente, el intento fue subsumir este discurso a los márgenes de una teoría que maneja el lenguaje en su calidad de acontecimiento significativo

Para mostrar esta irreductibilidad se llevaron dos tipos de análisis. El primero expuso los supuestos que articulan a la metáfora dentro de una teoría de la sustitución, principalmente el grado cero del lenguaje. El segundo analizó las diferentes formas en que esta teoría intenta explicar la innovación semántica, entre ellas la polisemia y el análisis sémico. Bajo estos dos análisis Ricoeur concluye la discontinuidad entre semiótica y semántica, en donde si bien el nivel semiótico puede explicar la estructura de una lengua dada y su transformación a otro momento de la misma lengua ya lexicalizada, lo que motiva y significa este cambio es inexplicable desde el nivel semiótico.

Finalmente la crítica al estructuralismo consiste en que no se puede hacer inteligible un discurso sin la actualización del mismo sobre un significado que guie las interrelaciones estructurales. Al eliminar esta intención significativa los discursos humanos se vuelven simplemente insignificantes. De aquí surge el esfuerzo por coordinarlas, lo cual recae en la teoría de la reducción de la desviación y en que la estructura lingüística permite las variaciones del sistema según la motivación del habla.

Mi principal duda radica en la suficiencia de los criterios para decir que una metáfora siempre intenta significar algo. La división entre metáfora lexicalizada y metáfora viva sólo sirve para distinguir una intención activa y una olvidada. Pero la posibilidad de una actividad puramente lúdica de encadenar palabras en secuencias métricas y/o rítmicas, sin intentar provocar una emoción o atribuir algo, nunca se cancela. Si ante esto sumamos la hipótesis de que la metáfora crea los campos semánticos, que al final de cuentas indica que detrás de todo lenguaje hubo una intención significativa, vemos que si bien es posible adjudicar una intención a toda expresión, es posible que no tengan una significación y que sólo la suponemos. Al final no habría un cruce de horizontes ni una identidad de sentido para la interpretación. Entonces habría que considerar que la intención

significativa aplicada a la metáfora tiene sus límites y tal vez no puede ser principio para toda exégesis. Lo anterior puede justificar el paso a una estructura como la obra, en donde es más difícil negarle su sentido.

2.- Con el tema de la semejanza (Capítulo 2. La semejanza en la metáfora) nos preguntamos ¿De dónde surge la innovación semántica? Responder cómo se crea la innovación también implica responder cómo es que se regula. Esta regulación transitó la teoría de los lugares comunes de forma insatisfactoria para asentarse en una teoría de la semejanza. Si al fin de cuentas el residuo del estructuralismo en general es la intención significativa y en lo particular la innovación semántica, una se debe de entender por la otra. Así, la dilucidación de la intención significativa viene del postulado de la pertenencia, que a su vez posibilita la innovación semántica que es regida por la estructura de la semejanza, su lugar lógico, el esquematismo y el ver como.

La imaginación se gana su importancia por ser una actividad de inteligibilidad fuera del dominio del concepto. En la imaginación productiva hay una doble ambivalencia. Por un lado “siente” la atracción de la pertenencia y la desarrolla como sentido, gracias a la suspensión de la realidad aceptada. Por el otro lado al crear sentido, el esquema lingüístico le da forma al contenido sensible, las imágenes. La forma que eligió Ricoeur para expresar este doble carácter de la imaginación fue el ver como, que básicamente es el énfasis de que lo que se percibe se hace desde una interpretación. Finalmente, la posibilidad de síntesis entre sentido, en tanto lenguaje, y sensibilidad, en tanto imagen, implica que originalmente mantenían una unidad, la resonancia.

La respuesta a la pregunta planteada no es deducible hasta el capítulo tres. Ya aquí se ve que la innovación semántica surge desde donde surge cualquier sentido, desde el mundo que nos precede. Si bien su regulación implica el nivel ontológico ya planteado, en tanto que nos aproximamos a su sentido por medio del mundo que abre o su referencia, también tiene una normatividad en su nivel semántico, como es la regla del precedente, recuperada al fin y al cabo, en la teoría de los modelos, que indica que la interpretación se hace sobre otra interpretación.

Si bien ésta es mi propuesta para ordenar este apartado, sólo se puede hacer retrospectivamente, realmente el camino que lo fue conformando tenía partes oscuras. Considero que esta complicación corresponde al intento de Ricoeur de no

empezar sintetizando todos los elementos. Así, en un principio lenguaje y sentido no estaban unidos al igual que la intuición flotaba en su estatuto de anterioridad o posterioridad respecto del momento constructivo del lenguaje. De esta manera parecía que el elemento que les daba su unidad y su coordinación no se suponía, sino que se llegaba poco a poco y exigido por el mismo estudio. Esto le podemos llamar una primera tendencia.

Como ya se indicó el camino que va desde la pertenencia hasta la innovación semántica implica menos complicaciones que el camino que va en dirección opuesta. Si esa sección representa el paso del lenguaje como estructura al lenguaje en su nivel hermenéutico, el término que realiza la transición es el de la semejanza. Aunque Ricoeur es muy claro cuando dice que toda teoría tiene supuestos que no se pueden tematizar, habría que preguntarse, por ejemplo, si la semejanza y el esquematismo no son conceptos que de entrada ya reclaman una unidad que los antecede.

Si uno de los reclamos de Ricoeur a algunos autores fue el de llevar prejuicios ajenos al estudio de la metáfora, como la positivista, entonces indicamos que había que derivar las conclusiones únicamente desde el estudio de la metáfora. Aquí sería fácil concluir que el trabajo de Ricoeur es tan relativo como otros, pero puede que se intentara sortear este problema. Si suponemos que nada se estudia sin algún prejuicio, aún así Ricoeur podría intentar estructurar los discursos según el nivel que les corresponda, primero mostrando que su posición no es absoluta y después haciéndolos convivir. A esto le podemos llamar una segunda tendencia.

De esta manera podemos hacer la hipótesis de que hay algunos rasgos de estas dos tendencias y donde más se podría notar es en el paso que une el nivel de la frase con el nivel de la hermenéutica. La validación de esta propuesta queda como una indicación para futuros proyectos de investigación.

3-. La pregunta del último capítulo (Capítulo 3. Referencia y discurso especulativo) es ¿Cómo recuperamos el sentido? Lo que se concluye es que la intención significativa se recupera en el mundo que abre. Aquí incluimos la defensa de que lo extralingüístico no implica una cosa en sí, principalmente viéndolo como la intencionalidad del lenguaje, la cual nunca deja de ser sentido. Con la teoría general de la denotación y la teoría de modelos se defendió esta intencionalidad y su capacidad de re-describir la realidad, así como el derecho de lo connotativo a tener referencia con tanto derecho como lo denotativo. Esto

permitió la estructura de la referencia desdoblada, lo permitía llegar al mundo que nos precede.

La verdad tensional al final convirtió el momento crítico en crítica contra la creencia de que nuestras nociones de verdad y realidad son absolutas, es decir, el no implícito en la metáfora era al principio una crítica a esta noción de unidad, para después convertirse en crítica a una posición positivista. De esta manera toda posición de verdad y de realidad es derivada de la pertenencia.

Finalmente se mostró la defensa de que el discurso especulativo tenía independencia del poético y que era un paso necesario para recuperar el sentido. Lo importante de esto no es que podamos interpretar una metáfora, sino que al interpretarla no hagamos necesariamente metáforas, como si no llegáramos realmente a ningún sentido y este realmente se fuera multiplicando y dispersando con cada nueva interpretación. Realmente a partir de lo dado por la metáfora empieza la especulación de algo que tiene un sentido y que buscamos recuperar. Si bien puede haber muchas interpretaciones del mismo sentido es porque no podemos abarcarlo completamente, pero estas diferentes interpretaciones no dividen ni multiplican el sentido, ya que éste es uno. Como una indicación marginal, sería interesante que al haber un sentido las diferentes interpretaciones se fueran acercando, mientras existe el dialogo, en lo que sería una fusión de horizontes.

Otro motivo más general del discurso especulativo, es el de conceptualizar todo el proceso de creación de sentido, que es lo que en cierta forma intenta esta obra. Todo sentido surge desde un horizonte, que es lo que la pertenencia implica, y este surgir pasa por el lenguaje. Explicar la forma en que el sentido surge desde el horizonte, era explicarlo desde este medio que lo permitía. Así, se intentó mostrar cómo estos dos discursos se interrelacionan, uno mostrando sentidos mientras que el otro intenta recuperarlos. De esta manera se ensayó una noción de la pertenencia que no anulara esta interrelación, sino que la hiciera dinámica. Esta noción es la de generación de lo que crece y se deja como señal para construir un espacio conceptual que permita tanto la creación como la reflexión.

De las varias dudas que surgen de este apartado la primera radica en que el discurso especulativo queda muy exterior a la producción del sentido, por lo tanto no parece que esté sumido en la pertenencia, sino que es parte de su dinamismo, el de la distancia. Sería importante revisar como esta estructura fue cambiando, o fue sustituida,

para convertirse en el modelo de la triple mimesis, en donde parece que la especulación deja de ser tan exterior para formar parte de este triple movimiento.

Mi último comentario se dirige a la noción de generación de lo que crece, en tanto que significa que lo que surge lo hace en plenitud. ¿Acaso podría significar que todo sentido surge pleno? Todo lo que se puede entender o interpretar se hace porque es una intención significativa, por eso mismo se intenta entender. Pero el hecho de que todo se entienda, interprete o incluso perciba desde un horizonte de sentido ¿no implica que todo es sentido?, todo lo experimentable. Al decir esto ¿Qué tan cerca estamos de decir que todo es razón? Por supuesto que está la finitud, pero esto nos dice que no podemos aspirar a reconocernos en toda la plenitud del sentido, pero lo anterior no implica que no supongamos que todo es esta plenitud de sentido. ¿Cómo es que algo puede ser diferente al sentido?, y si existe algo de esta forma ¿lo experimentaríamos? En este sentido puede ser que la noción que propone Ricoeur implique la libertad de esta inmanencia que se genera desde sí mismo. Es muy curioso que esta noción de la generación de lo que crece y esta forma específica de tematizar la reflexión, entre discurso poético y especulativo, no vuelva a aparecer en la obra de Ricoeur. En lo que respecta al estudio de Ricoeur, sería importante rastrear los motivos y por qué se dio este cambio.

Bibliografía

Obra de Paul Ricoeur.

Ricoeur, Paul, *Autobiografía intelectual*, Buenos Aires, Nueva visión, 1995.

_____ *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, México, Siglo XXI, 1995.

_____ *La metáfora viva*, Madrid, Trotta, 2001.

_____ *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica*, Buenos Aires, FCE, 2003.

_____ *Caminos del reconocimiento*, México, FCE, 2006.

_____ *Sí mismo como otro*, Madrid, siglo XXI, 2006.

_____ *Hermenéutica y acción*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.

_____ *Del texto a la acción*, Buenos Aires, FCE, 2010.

_____ *Tiempo y narración III*, Madrid, Siglo XXI, 2009.

Bibliografía Básica

Aristóteles, *Poética*, Madrid, Gredos, 1972.

_____ *Retórica*, Versión descargable de internet. <http://ebiblioteca.org/?/ver/48559>

Aubenque, Pierre. *El problema del ser en Aristóteles*. Taurus, Madrid, 1974.

Beardsley, Monroe, *Astetic Problems in de philosophy pf criticism*, Indiana, Hackett, 1981.

Begué, Marie-France, *Paul Ricoeur, La poética del sí-mismo*, Buenos Aires, Biblos, 2002.

Black, Max *Models and Metaphors*, Itaca, 1962.

Benveniste, Émile, *Problemas de lingüística general I*, Madrid, Siglo XXI, 1997.

_____, *Problemas de lingüística general II*, Madrid, Siglo XXI, 1999.

Betancourt, Evodio, Escalante, “Lenguaje y ontología en Hegel, en: *Hegel. Ciencia, experiencia y fenomenología*, México, Unam, 2010.

Cohen, Jean, *Structures du langage poétique*, Paris, Flemmarion, 1966.

Díaz Guerra, María Jesús Ortiz, *La metáfora visual incorporada*, Universidad de Alicante.

Ferraris, Maurizio, *Historia de la hermenéutica*, siglo XXI, Buenos Aires, 2005.

Fontanier, Pierre, *Les Figures du discours*, Paris, 1968.

Gende, Carlos Emilio, *Lenguaje e interpretación en Paul Ricoeur*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

Genette, Gérard, *Figures I*, Paris, Du seul, 1966.

_____, *La rhétorique restreinte*, “Comunicación” 1970.

Goodman, Nelson, *Languages of Art. An approach to a Theory of Symbols*, Indianapolis, Bobbs-Marril, 1968.

Gottlob Frege, "Sobre sentido y referencia" en: *Estudios sobre semántica*. Texto descargable en línea.

<http://www.lup.com.ve/librietalia/Frege%20%20Sobre%20Sentido%20y%20Referencia.pdf>

Grondin, Jean. *Introducción a la hermenéutica filosófica*, Herder, Barcelona, 2002.

Grupo μ , *Retórica General*, Barcelona, Paidós, 1987.

Hegel, G. W. F, *Fe y Saber o filosofía de la reflexión de la subjetividad en la totalidad de sus formas como filosofía de Kant, Jacobi y Fichte*, México, Colofón, 2001.

Hegel, G. W. F, *Filosofía real*, México, FCE, 2006.

Martín Heidegger, *Ser y tiempo*, Traducción, Jorge Eduardo Rivera.

www.heideggeriana.com.ar/textos/textos.htm

Hester, Marcus B. *The Meaning of Poetic Metaphor*, La Haya, 1967.

Husserl, Edmund, *Investigaciones Lógicas 1 y 2*, Madrid, Alianza, 2006.

Jakobson, Roman, *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix Barral, 1975.

Kant, Immanuel *Crítica de la razón pura*, Buenos Aires, Losada, 2007.

Konrad, Hedwing *Étude sur métaphore*, París, 1939.

Ladrière, Jean, *Discours théologique et symboles. Revue des sciences religieuses*, 49, 1975.

Le Guern, M. *Sémantique de la métaphore et de la méthonimie*, Paris, 1973.

Richards, I. A. *The philosophy of Rhetoric*, Oxford, 1936.

Ryle, Gilbert, *The Concept of Mind*, London, Hutchinson, 1949.

Santos García, Miguel Ángel, “Mediación lingüística y mediación esquemática: la respuesta hegeliana al esquematismo kantiano de la imaginación en la "Enciclopedia,” en: *La controversia de Hegel con Kant*, Salamanca, Ediciones Universidad Salamanca, 2002.

Szilasi, Wilhelm, *Introducción a la fenomenología*, Buenos Aires, Amorrurtu, 2003.

Todorov, Tzvetan *Literatura y significación*, Barcelona, Planeta, 1974.

Turbayne, Colin Murray, *The Myth of Metaphor*, Yale, 1962.

Ullmann, Stephen, *Introducción a la semántica francesa*, Madrid, Instituto de Filología, 1986.

Wheelright, Philip, *Metaphor and Reality*, Indiana University Press, 1962, 1968.

Wittgenstein, Ludwig, *Investigaciones filosóficas*, Barcelona, Altaya, 1999.

Bibliografía secundaria.

Agís, Marcelino, *Del símbolo a la metáfora*, Universidad de Santiago de Compostela. 1995.

Corona, Edgardo, *Paul Ricoeur: lenguaje, texto y realidad*, Biblos, Buenos Aires, 2005.

Domingo Motaralla, *Lecturas de Paul Ricoeur*, Universidad Pontificia, Madrid, 1998.

Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método*, Sígueme, Salamanca, 1999.

González Valerio, María Antonia, *Gadamer y la ontologización del lenguaje*.

Versión descargable de internet.

<http://www.magonzalezvalerio.com/ontologizacion%20del%20lenguaje.pdf>

Grondin, Jean, *¿Qué es la hermenéutica?* Herder, Barcelona, 2008.

Maceiras, Manuel, “Una ontología militante” en *Paul Ricoeur: Los caminos de la interpretación*. Buenos Aires, Antrhopos, 1991.

Mayos, Gonzalo. *El abismo y el círculo hermenéutico*, Universidad de Barcelona. Versión descargable de internet. <http://www.ub.edu/histofilosofia/gmayos/0dissolucio.htm>

Rivara, Kamaji, Greta, *El problema lenguaje-realidad en Paul Ricoeur*. Versión descargable de internet. <https://textosontologia.files.wordpress.com/.../greta-rivara-paul-ricoeur.pdf>